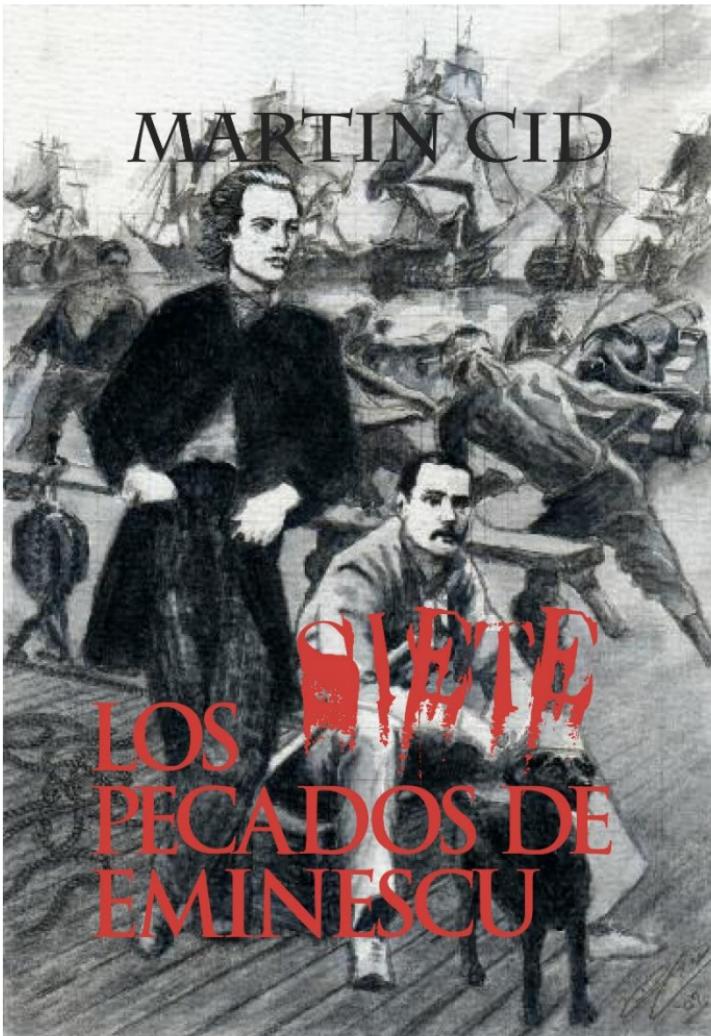


MARTIN CID

SIETE
LOS
PECADOS DE
EMINESCU



LOS 7 PECADOS DE EMINESCU

MARTIN CID

© *Los 7 Pecados de Eminescu*, Martin Cid, 2010
www.martincid.com

Primera edición: Febrero 2010

Ilustración de la portada: David McDowell
www.davidmcdowell.co.uk

Se puede reproducir y distribuir dicha obra como se estime conveniente, siempre y cuando se reproduzca íntegramente respetando el nombre del autor y de la obra.

LOS 7 PECADOS DE EMINESCU

MARTIN CID



MARTIN CID (1976)

Martin Cid nació en Oviedo el 26 de junio de 1976 (tres seises, sí).

Orgulloso (y desmedido) fumador de pipa, virulento conversador, cuasi-abstemio bebedor, su ampulosa presencia ha tenido el mal gusto de llenar la noche madrileña con bocanadas de humo durante más de diez años.

NOVELAS

Ariza. 2008. Editorial Alcalá.

Un Siglo de Cenizas. 2009. Editorial Akrón.

Y tengo más que ni me molesto en poner, soy así de modesto.

A los mediocres

NOTA PRELIMINAR

Por la presente declaro:

Que este libro es declarado por su autor Patrimonio de la Humanidad por lo que no cobraré derecho de autor alguno por las reproducciones o ediciones que en el futuro se hagan de él. El texto deberá ser íntegramente reproducido, incluida su dedicatoria y prólogo, y se conservarán el nombre del autor (Martín Cid) y el de la obra (Los 7 Pecados de Eminescu). Cualquier adaptación de la obra a otro formato deberá también respetar el título y hacer referencia o contener el nombre del autor.

Que todo lo aquí relatado es fruto de la imaginación, del tabaco y del alcohol.

Que dedico este libro a los mediocres del mundo: a las garapatas, a los que nacieron sin talento, a los piojosos, a los escritorzuelos de segunda fila, a los plagiadores y a los timadores y a los advenedizos y a los abortos intelectuales y los ladrones y a los que nunca llegarán a nada más que a la más sublime de las mediocridades.

Martin Cid. Madrid, 20 de febrero del 2010

CAPÍTULO I

Primer sueño: sobre el envidioso fantasma de Cervantes

Intervienen: Mihai Eminescu, Friedrich Holderlin,
Miguel de Cervantes

Respira ya el dios entre palabras y humo. Anoche soñé con un gran bosque rodeado de cuervos que devoraban mi mente entera. Soñé mi nombre pero también lo he olvidado. Tengo la sensación de haber estado una vida entera viajando pero hay locos que aún me recuerdan encerrado en una biblioteca en la que me espera un terrible hombre con bastón que me maltrata una y otra vez, torturado por mil dagas ardiendo.

He visto el mar y un gran bosque que me lleva al infinito pero no consigo recordar mis palabras. Dicen los locos que en otro tiempo fui un gran poeta que perdió la razón. Sé que mienten porque están locos y cada día me hacen pensar que yo también lo estoy.

Puedo aún sentir a los cuervos sobrevolando mi alma. Ellos gritan constantemente como hacen también los locos. Ellos me abandonan y el bosque está desierto. ¿Es éste mi sueño o alguien me lo ha prestado? Me cuesta despertar y abrir los ojos pero no quiero ya más volver al bosque ni escuchar los gritos de los cuervos ahogados.

Me miro un momento más y los cuervos callan y huele a éter y a medicinas.

Despacio me alejo en esta celda oscura y me acerco para intentar recordar mi nombre. Alguien me lo susurró anoche en sueños pero lo he olvidado. Visten de blanco y se hacen llamar enfermeros y me hacen llamar loco pero sé que no lo estoy porque en otros tiempos fui un gran poeta. Tengo la sensación extraña

de que fue otro quien escribía los versos por mí, pero tengo también la certeza de que fui yo, o al menos una parte de mi yo anterior.

Aún estoy aturdido por la fuerte medicación pero tengo la decisión de no permanecer el día dormido. ¿Qué día es hoy? Los lunes las enfermeras traen mermelada y algo de miel, pero no queda en mi garganta ni rastro de algún sabor dulce, así que no es lunes... de algo estoy seguro.

Recuerdo un poema que trataba de Dios, se llamaba "hoy no es lunes". Mi dios volvía a la Tierra para sacrificar a su hijo: ¿han visto algo más ridículo? No fui yo quien lo escribió, sino alguna de las voces que a veces me asaltan. Hay que estar atento para no perderse, porque en las noches los fantasmas locos se confunden con los cuerdos y se puede escuchar en el sanatorio un coro aterrador de voces.

A veces, incluso, los locos cantan.

Creo que estoy recuperando la cordura, ya comienzan a desaparecer los efectos de los narcóticos. Es el mejor momento de este día que no es lunes. Comienzo a sentirme otra vez cuerdo y me levanto y llamo a la enfermera y ella me da agua. Me gusta su olor a tierra seca, me gusta cómo se agacha y me susurra un poco coqueta.

A veces salimos también a caminar. Ella me acompaña porque estoy debilitado por la enfermedad. Me pide que le cuente historias de ese otro personaje que me atormenta. No lo recuerdo pero ella insiste y me habla de otros dos personajes: un hombre que escribía en los periódicos y otro que, en soledad, perdió la cordura. Ella habla y habla. Me gusta la enfermera porque se dirige a mí como si fuera un niño pero prefiero guardar silencio y no reclamarla con la verdad: no estoy loco. Puedo imaginarla llamando al director del hospital y confesándole que yo, su paciente,

no está enfermo y no tiene que permanecer por más tiempo en este sanatorio al que ya me acostumbré cuando el efecto de los medicamentos se ha pasado. Creo que hoy le pediré que escape conmigo. Intuyo que estaría dispuesta a ayudarme y también que está planeando mi fuga, quizás un lunes. Será el lunes porque hay miel y mermelada, y es lo único que me gusta desayunar y así estaré fuerte para el camino. Estoy demasiado delgado y frágil. Siento como si mis brazos estuviesen a punto de desprenderse de mi cuerpo. Me imagino derrumbándome mientras escapo con mi enfermera. Ella se detiene y me toma por el brazo y me sujetá pero mi brazo se desprende y entonces yo me desplomo de nuevo en este agujero y entonces decido permanecer callado un poco más.

Un poco más.

Me estoy despertando y espero. Hace un bonito día, o eso creo. El techo del hospital está mal pintado. ¡Qué falta de gentileza! Escucho las voces de los que sí están enfermos y tampoco pueden levantarse de la cama. Su única actividad es mirar el techo del hospital, ¿por qué entonces no lo pintan? ¿No comprenden acaso que es la única manera verdadera para el enfermo de recordar su cordura? Están atados de pies y manos para evitar su desplazamiento... hay algunos que incluso están amordazados para evitar que se muerdan la lengua. En mi caso prefiero no hablar porque tengo miedo de que mis labios no me obedezcan debido a la medicación. Pienso otras veces que se romperían despacio y otras más que están hechos de mermelada y miel seca.

Escucho pasos en el silencio y alguien se acerca y me toma de nuevo el brazo. Siento el pinchazo que me perfora, justo ahora que comenzaba a recordar mi razón, cuando por fin las voces guardaban silencio.

Ahora caen mis párpados, ahora duermo otra vez por siempre.

Te recuerdo poeta, amigo mío.
Creo que estoy despierto.
Me recuerdo poeta, triste loco.
Rodeado de la más profunda oscuridad, sentí el motivo de una presencia extraña.

-¿Quién eres? -pregunté sin dilación, otra vez dormido, otra vez loco.

Ante mis ojos se erigía un caballero elegantemente vestido aunque algo desarreglado, a la moda de una época que se me sugería pasada: levita alemana, nudo mal compuesto y una ligera cabellera grisácea que caía sobre sus hombros. Miraba de frente, como en un viejo retrato de principios de siglo.

-¿Cómo un poeta quieres decir? -me preguntó el hombre.

-Sí -respondí-. Como un poeta.

Intenté mirar a mi alrededor y buscar un bosque, como hiciera en un viejo poema de algún escritor florentino: sólo oscuridad y su mirada fija en mi rostro. Siempre me ha incomodado que me miren de esta manera, creándome una especial sensación de hostilidad y desasosiego.

-¿Quién necesita un Virgilio? -preguntó el poeta-. Cierto es que en otros tiempos fui poeta y mi vida estuvo llena de agitaciones y melancolía, de versos y canciones, también de éxitos y muchas envidias y miserias mil más.

Despacio, no lograba recordar sus facciones o sus gestos... desde el otro mundo de locos, cantó el coro:

*Des Ganges Ufer hörten des Freudengotts
Triumph, als allerobernd vom Indus her
Der junge Bacchus kam mit heiligem
Weine vom Schlafe die Völker weckend.*

Sus palabras sonaban aún huecas y contrahechas, repetidas y olvidadas. ¿Era realmente él, el poeta al que tanto admiré en mi juventud ya desierta?

-Lo soy, amigo mío y compañero -sentenció Friedrich Holderlin.

-¿En dónde estamos? -pregunté de nuevo.

-Me alegra al fin conocerte y me alegra leer en tu mente ahora virgen, amigo y compañero, hermano. Fueron largos mis días y fueron también turbios y apartados cuando aquella enfermedad sobrevino, como ahora a ti te está pasando. Ahora sueñas con un poeta muerto, pero pronto regresarás y pronto volveré a guiarte para darte a conocer tus penas y mis males, para darte otra vez las letras, para devolverte otra vez la razón. He aquí la respuesta a esa pregunta que aún no has hecho.

-¿En dónde estamos?

-Es éste un lugar sombrío de tu mente donde recordaremos tus letras y pasajes y tus miserias. Como tú, también yo fui loco y también yo sentía cómo, despacio, mi yo se alejaba hasta que ya no pude por más tiempo recordarlo, hasta que no pude ya más olvidarlo. Se tiñeron mis días de ira y violencia, también de lágrimas de niño porque había perdido la razón. Terminé mis días bajo los cuidados de un ebanista. Treinta y seis años duró mi locura, tu vida entera. Como tú, caminaba sin rumbo y de nada me servían las reglas de los hombres y olvidé otra vez, de nuevo, que existió un día un poeta llamado Johann Christian Friedrich Hölderlin de mirada fija y penetrante, autor de versos griegos y prosa lírica, sabio y loco a la vez, perdido en el laberinto de mi tiempo todo. Soy ahora el que te habla desde los confines de tu locura, soy ahora tu fantasma.

-Eres ahora mi salvación -sentencié.

-Dicen ciertas culturas que el alma está escrita en el nombre y que contiene todo lo que ha de acontecer y

todo lo que habrás de vivir y sentir, todo lo que habrás de -otra vez- escribir. Te entregaremos un nombre y te enviaremos allí donde se forman los poetas, a la cuna misma del tiempo y del espacio, a los confines del tiempo. Te llamaremos Mihai Eminovici y así te reconoceremos.

-Mejor Eminescu -canté por vez primera al reconocer mi nombre, al volver a nacer. Al elegir y al tomar conciencia, mi amigo Friedrich sonrió por vez primera y una lejana luz comenzó a filtrarse por entre la nada en la que nos encontrábamos. Pude escuchar el canto de un pájaro y un pequeño pueblo. Una mujer vertía aceite y picaba cebolla y carne picada y repollo y lo enrolla en una hoja y lo cocina y su olor me transporta a ese tiempo y veo a un niño, me veo tomando sarmale.

-¿Qué ave nos canta, Mihail?

-Claquea el pico y así es este sonido conocido por "crotoreo". Veo muchas cigüeñas en Ipotești. ¿Sabía que son fieles a su pareja durante toda su vida?

-Recuerda, Eminescu, recuerda.

-Recuerdo los símbolos pero no recuerdo los significados, ahora comprendo que los he olvidado. Me recuerdo en una sala de hospital casi loco, casi cuerdo... y recuerdo que un día alguien me detuvo por la calle y me felicitó por algo que había escrito sobre un papel y le respondí: "¿acaso no sabe usted que perdí la razón por las fiebres? ¿Acaso no sabe que acabo de recordar mi nombre en un sueño?". Le pregunto a la señora despacio: "¿por qué me volví loco por las fiebres y por qué olvidé mi nombre?" Guardó silencio un momento y sirvió la comida en viejos platos y colores ocres. La casa entera olía a madera quemada, la casa entera sentenciaba mi futuro en una cansada taza de roble y miel y mermelada fresca.

La señora de la cocina se volvió y dijo por fin la verdad:

-Has pecado, Mihail, y el cielo te ha traído aquí para observar tus pecados.

Su rostro era anciano y llevaba un negro pañuelo que cubría su cabello.

-Para así no estropear el sarmale. Porque fuiste concebido en tiempo esquivo, porque no naciste en enero pero fuiste inscrito con la llegada del nuevo año. En pecado naciste, mala señal, mala señal hasta que te visitó la cigüeña que augura familia y paz pero llenaste tu vida de letras cansadas y olvidaste a Dios y ahora vas de la mano de un poeta también maldito y loco.

La mujer se volvió y derramó lágrimas y no quiso más mirarme porque se avergonzaba.

-¿Fue ella tu madre? -inquirió el poeta.

-No lo recuerdo, amigo, no lo recuerdo -respondí-. Recuerdo haber nacido de vientre de mujer y recuerdo haber sido un buen hijo. Me recuerdo pecador.

En ese momento, Friedrich se alejó de mí y la mujer dejó de mirarme, ¿qué había hecho?

ENVIDIA

Dicen que Miguel de Cervantes Saavedra odiaba profundamente a Lope de Vega, ¿por qué razón? Uno en frente del otro vivían y compartían empedrado y cielo, también nación y semejante futuro. Los celos consumían a Cervantes cuando miraba al elegante caballero pasear. Las gentes se detenían y aplaudían y cada mañana esperaban el paseo del buen Lope mientras Miguel, desde la ventana quebrada, le miraba con envidia.

-¿Envidiaste, Mihail? -me preguntó.

-Le envidié hasta la saciedad -respondió el novelista-, y mi envidia me llevó también a la locura como a ti, Mihail.

-Mihai, Mihai, Mihai Eminescu, por favor.

Ante mí estaba y ya el polvo se filtraba en mis botas de campesino o en mis elegantes zapatos a la moda. Era Madrid una ciudad llena de tierra y humo y cuando había ejecución pública, los pasteles de carne eran más suculentos. Era la España de los grandes poetas y los peores reyes tísicos:

"Domingo, nueve días del mes de octubre, año del Señor de mill e quinientos e quarenta e siete años, fue baptizado Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes e su mujer doña Leonor. Baptizóle el reverendo señor Bartolomé Serrano, cura de Nuestra Señora. Testigos, Baltasar Vázquez, Sacristán, e yo, que le bapticé e firme de mi nombre. Bachiller Serrano.

-Me llamaron converso y dijeron que mis dos hermanas se dedicaban a la prostitución, que fui esposado y encarcelado, que asesiné por culpa de mis Cervantas y que sólo en la cárcel mi pluma creó el personaje que me dio fama.

Me volví también loco como tú, como Quijote, porque sólo los locos tienen la capacidad de ver el futuro y el tiempo, y así desde la celda vi aquellos campos y caminos y aquellos locos que me encarcelaron por robar.

-¿Fue cierto? -le pregunté a Miguel.

-Dijeron también que con Antonio Sigura me batí en duelo.

-¿Fue cierto? -le pregunté.

-Está escrito, luego es cierto -sentenció-. Le envidaba y deseaba su muerte y sus mujeres y sus dineros y sus hijos y tierras y consumido por su figura vivía mientras este absurdo que llamamos muerte me perseguía para darme finalmente lo que la vida no quiso ofrecerme. Aún le envidio y por ello estoy condenado mientras, irónica, mi obra se hizo grande y aquéllos que decían entender y dirán comprender ni comprenden ni entienden la obra de un loco que quiso una mañana los

campos de La Mancha conquistar y a los molinos vencer contra gigantes de barro y miel y mermelada. ¡Cómo me hubiese gustado introducir mi espada en aquel cuerpo viciado y cortar para siempre sus venas manchadas! ¡Cómo acaso puede ser que un hombre que repite una misma obra mil y una más tres veces tenga semejante aplauso?! ¿Cómo puede ser que el más villano, agarrado, insolente, vulgar y desalentado de los miserables conociera los más sublimes gustos de aquellos hombres? Y a estos mismos que aplaudieron les puse nombre: Sancho Panza... y vertí en ellos mis más mezquinas iras y miserias y tras cada página mi estómago vacío rugía al no poder vomitar y al mirar a mi España más vulgar, a la España de Lope de Vega... ¡Hasta su nombre suena ya vacío y perdido!

Calló entonces Cervantes y poco a poco recordaba mis palabras mientras mi amigo Friedich sonreía o fruncía el ceño o hacía que dormía o hacía que se miraba en el espejo, despacio una vez más, vencido siempre, loco otra vez como don Quijote, más cuerdo de lo que jamás podría estar Sancho Panza. Había leído en mi infancia las líneas de Cervantes porque era un hombre de fama español, despreciado país de ladrones.

-Mira ahora a tu propio fantasma, Mihai -dijo Friedich-. ¿Te reconoces?

-Me reconocí en sus líneas como me reconocí también en las tuyas, mi viejo amigo poeta. Recuerdo al buen Quijote cabalgando con el viejo Rocinante, cual Calígula con su bello Incitatus. También convirtió el viejo lector a su caballo en senador en estos sueños cansados, en estas mis vulgares razones.

-Recordarás este sueño, Mihai, y será el primero de los siete fantasmas que te visiten. Cada mañana, despacio, estarás un poco más sano y un poco más loco y también un poco más cuerdo. ¿Recuerdas eso que llaman "literatura"?

-Recuerdo a Aron Pumnul tendido en el suelo. Ya nada tenía que enseñarnos y, despacio, también un día decidió cerrar los ojos, decidió vencer el miedo y olvidar, siempre olvidar.

-En todos estos mis siglos sólo he conseguido recordar un nombre: Lope -dijo el novelista. No fue mi plan construir la más universal de las novelas y le pregunté a Sancho: ¿de qué vale la fama si no es para disfrutarla? Mi Sancho dijo que tenía razón (porque para eso es mi personaje) y me puse manos a la obra. Imaginé a Lope tendido en su silla y a mí libre de estos grilletes que me asaltan. Le daría muerte, ya antes lo había hecho, ya antes lo había sentido. Escribiría un libro por el triunfo y por la venganza contra el hombre sin talento nacido, contra el despreciable ser que siempre me había vencido y contra el que siempre había sucumbido... no escribiría versos, no, sino una nueva forma por la que sería reconocido como don y autor, inventor y genio, ya muerto el teatro del mediocre y fruncido desastroso escritor español, vergüenza de su tierra.

Se levantó don Quijote y tomó papel y pluma y comenzó sus famosas palabras:

"En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, , no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor".

-¡Venceré! -dijo al fin-, desde mi cárcel de envidia construiré el monumento que jamás ningún cómico barato podrá derribar. ¿Me juzgas, rumano? Veo en tus ojos que crees mirar a un loco y veo en tus ojos que te consideras inocente. ¿No recuerdas, poeta? ¿Recuerdas a alguno de entre nosotros que no haya sentido la más sangrienta de las fruiciones?

Inclinó la cabeza y en su mirada sentí la más profunda lástima del creador.

-Es cierto, amigo mío. No lo conseguí porque algo me enseñó este mundo de quijotes y rinconetes.

-Quizá todo parte de la envidia -dijo Holderlin, que había permanecido callado largo rato-, el primero de los pecados y el que nos lleva a los otros. Comenzamos mirando y envidiando aprendemos a través de la experiencia, quizás sea la envidia el primero y más inestimable de los pecados.

-¿La sentiste? -pregunté.

-Mírate, Eminescu.

Y Friedrich sacó de su bolsillo un pequeño espejo de mano. Me vi extraño, como no me había contemplado antes. Durante mi estancia en el sanatorio recordaba haber pedido mermelada, miel y un espejo pequeño los lunes para poder observar mi rostro, ¿qué de malo había en ello? Las enfermeras siempre me lo negaban con un gesto rudo, muy alemán. "¿Por qué quiere mirarse, señor? Yo le diré cómo es usted: tiene el rostro de un joven poeta que no ha cambiado desde los veinte años, el rostro inteligente y una media mirada melancólica, otra media creadora. Poseen sus facciones todas la imagen de la poesía, señor".

-Supe que mentían -dije al fin mientras miraba mi ahora rostro enfermo reflejado en el espejo-. Me veo cansado, con los ojos idos y al borde de la muerte, ¿qué gran pecado cometí para terminar así mis días?

-Lo tengo! -interrumpió Cervantes algo impertinente, algo callado, algo cansado.

-¿Qué me ha pasado, Friedrich? -pregunté.

-Pronto lo descubrirás, amigo mío, pero antes debes conocer lo que has perdido y recuperar la razón. De lo contrario, te hundirás sin remedio. Mira tu rostro de nuevo, Eminescu, mírate. Veo a un hombre maduro de unos cuarenta años o incluso más. Antes fue un hombre inteligente, antaño fue admirado y, por supuesto,

también envidiado. Temprano llegó su éxito y su caída, temprano su rostro se ajó por una enfermedad nerviosa.

-¡Será mi venganza contra ese Lope de Vega al que tanto admiran y al que tan poco me parezco! ¡Ratas!

Cervantes escribía sin parar en la cárcel de barro.

-¿Qué pensarías si alguien le dejase salir ahora? Mira al hombre sin brazo, lo perdió en una batalla. Se maneja bien y escribe con soltura mientras se deja guiar por su iniquidad: el más famoso novelista de todos los tiempos, nacido en Alcalá de Henares, muy cerca de la capital española. Fue un hombre envidioso hasta la saciedad que se refugió en la locura de su personaje para crear un espejo de las obras que aún estarían por venir. ¿Qué opinas, Cervantes, de los que te han imitado, de los que te han considerado el más grande?

-¿Y a quién le importa lo que opinen? Lope se pudrirá en su tumba, Lope me envidiará también mientras los gusanos devoran su rostro entero, mientras los gusanos, ya llegando a su oreja inerte, le susurren la gran verdad: "has sido vencido, mediocre, has sido derrotado por un manco".

Cervantes sonreía y se consumía un poco más en cada página. Sus facciones se tornaron blanquecinas a la luz de una tenue vela que iluminaba los papiros. Escribía con pluma de animal a la antigua, ¿quizá de aveSTRUZ?

-Son fieles, Mihai, fieles a su amo y a su pareja, fieles al cielo y a sus estaciones, fieles también a la patria que los vio nacer. Mira a tu escritor, mira tu sueño, ¿no sientes lástima por el mejor? Llegará a enfermar, pero sólo el anhelo le sacaría de la cárcel, a ese mismo presidio al que regresaría cada vez, cada vez que alguien abre alguno de sus libros.

-Cada noche, amigos míos -dijo el Quijote convertido ya en autor-, regreso y me pongo a escribir. Cada vez que en eso que llamáis mundo alguien lee a mi

Ingenioso Hidalgo, cada vez yo lo vuelvo a escribir para él... cada vez que alguien ve en mis palabras el sentimiento y se siente un poco más loco, un poco más cabal, un poco menos cuerdo, cada vez mi triunfo es mayor, cada vez mi triunfo se hace más eterno. No me detendré jamás, aunque esta mi eternidad esté garantizada. ¿Creen que me he vuelto loco? No, amigos míos, el loco es don Quijote y es él ahora en quien me he convertido. Te he visto mientras te miras en el espejo, poeta, te he visto intranquilo porque no te reconoces... pronto comprenderás la gran verdad y pronto volverás a encontrar tus palabras. ¿Te harán feliz? ¿Te convertirán en un hombre libre? ¡Claro que no! Te volverán un esclavo de tu propia obra y con ahínco trabajarás hasta la enfermedad y ésta te acompañará hasta el fin de tus días y... si tus versos son profundos, si tus palabras son sinceras... ¡Lo lograrás! Habrás vencido y en tu cárcel de barro también tú permanecerás, también tú vivirás por siempre.

Los ojos de Cervantes se inyectaban en sangre y cólera fría, pobre loco y manco. Sus cabellos eran ralos, creyéndose don Quijote cuerdo.

-Mi personaje tendrá un final triste, mis queridos amigos... porque sólo son tristes los grandes y sólo hay grandeza en el final. No está la grandeza en la rima ni en la métrica, lo sabe el mediocre de Lope, la grandeza está en el personaje por encima del autor y en el personaje convertido en autor. Ya no soy yo, amigo Eminescu, ya no existo y cada noche volveré acabado a mi muerte, a mi desolación y a mi propio asesinato. Me gustó cuando hincué la espada en su pecho, cuando sentí cómo manaba la sangre de su costado. ¿Te gusta su olor? Es muy característico, y no existe en la tierra mejor aroma que el de la sangre fresca. En mi vida he sido soldado y he matado, he sido ladrón y he robado, he sido envidiado pero, sobre todo, he sido envidioso

y, por ello, he escrito a mi Quijote loco. También yo me obsesioné con sus obras de teatro y con sus poemas, tratando en secreto de imitar sus rimas y sus saltos. Una noche, como a ti, también otro a mí se me apareció y siete sueños tuve, sueños de envidias y lujurias también, sueños de muerte y sueños de palabras. Inventaría el género... había viajado y conocía mejor que nadie en España las formas de lo cotidiano y de lo elevado. ¿Por qué no combinarlas como hiciera el gran florentino, por qué no buscar en Sancho la razón última de mi Quijote enfermo? Las rimas estaban bien para los palacios, también para las mezquinas corralas. "Un género" -me sugirió el fantasma maldito. Y pensé en esa selva oscura que también el florentino recorrió junto a otro amigo, invento sublime de la creación literaria. Descompuso las formas todas y en cuatro mundos descompuso el arte de escribir y describir, en cuatro formas mostraría la esencia de Dios y de los hombres para así encontrarlos por fin en una obra perfecta, una obra nueva, una obra sublime. Aprendí del poeta y escuché la música de su infierno y creé también a mi Beatrice y la llamé Dulcinea, porque en toda obra debe existir una mujer perfecta, y en toda sátira lo perfecto debe tornarse en imperfecto. La hice mediocre a los ojos del Sancho furioso, la hice perfecta a los ojos de un Quijote insano. Imaginé a la sociedad toda y a todos ellos insulté sin piedad, y a los trovadores convertí en reyes y a los escuderos en gobernadores, al teatro en papel y a sus autores en actores. Comprendí cómo el sendero del tiempo estaba hecho de palabras, y que sólo las más bajas y las más altas me darían por fin la victoria sobre mi enemigo. ¡Venceré! -dije al escapar por fin de mi sueño. Y así vencí al gran Lope, ahora convertido en titiritero de trescientas obras idénticas, de trescientas y una obras mediocres, de trescientas y dos vidas perdidas en aplausos vanos e inútiles.

-Así en su mente enferma el enfermo nace - sentenciaba Holderlin.

-¡Y Cide Hamengeli contará mi triste historia para convertirse en otro falso profeta! Narrará primero un manuscrito inventado, narrará después la historia de un hombre falso, narrará la historia de un hombre verdadero escondido en la propia mentira de las palabras, en la verdad del mediocre del que se piensa poeta. ¡Ya llega, amigo Holderlin! ¡Ya llega, amigo Eminescu!

Introdujo Cervantes la mano en su costado sin que ni una sola gota de sangre manase de su cansado cuerpo y extrajo un pequeño feto no más grande que un huevo, no más grande su tronco que una aceituna, no más grande sus piernas y brazos que las ancas de una joven rana... piel cubierta de escamas pero rostro bien formado, bien anciano, bien sabio, bien loco.

-¡Buen Quijote nace!

Y mientras su pluma con destreza manejada se convertía el Quijote en adulto y Cervantes en sabio, un aplauso a lo lejos, una alegría cercana.

-¿Quién dijo -preguntaba Cervantes- qué el nacimiento de un personaje era sólo una metáfora?

Reía a carcajadas mientras la vela, siempre cercana, apenas se consumía.

-Una sola vela me servirá para mi empresa, una sola vela antes de ser consumida. ¿Y quién quiere sus órganos si puede obtener la posteridad?

Del orificio no cerrado extrajo su hígado y vísceras, aún calientes, aún danzantes. Crecieron éstas hasta tomar la forma de Sancho, hasta tomar la forma de Dulcinea.

-¿Está loco? -investigaba Friedrich con una pregunta que no era pregunta.

-Lárgate de mi vista por ahora! -dijo Cervantes a Dulcinea-. ¿Quién te dio nombre en esta historia? Calla

tú, buen Sancho, calla para no herir por un tiempo mis oídos dulces y deja hablar al narrador estúpido.

Y finalmente complacido se arrancó la lengua y sonrió, ahora callado, siempre callado. Y surgió de ésta a quien ahora los hombres conocen como Cide Hamete Benengeli.

-¡Y tú hablaras por mí y tú me concederás la victoria!

Ya Cervantes no movía los labios pero sus palabras se escuchaban aún más claras aún más distantes. Escribía sin parar.

-Y es que el alba se acerca -predijo Friedrich-. Y con el alba desaparecen los sueños y se apagan las velas y despiertan las cigüeñas. ¿Has visto tu rostro en el espejo, Mihai? ¿Has visto tu rostro en nuestro ensueño?

-¿Por qué perdí la razón?

-Siete sueños te esperan, Mihai, siete sueños y seis respuestas más, siete pecados marcarán tus versos y tus siete colmillos callados. Yo, que antaño fui tu guía de juventud, que antaño fui tu vela y tu sueño, seré ahora también tu consejero y preceptor, esa tu luz cansada y esos tus versos perdidos que tu alma busca otra vez encontrar. En otro tiempo también tú fuiste un gran poeta, también yo encontré mis versos y mis tiempos, mis rimas y mis melancolías que me llevaron a la locura como a este don Quijote desmembrado.

-Y os daré una misión de verdugos y os daré un tiempo -decía el ya Cervantes callado-: tú, mi Sancho, mantendrás la razón del que nació sin razón y le contarás historias y buscarás la comedia y gancho.

-Y también un día él fue un hombre correcto que terminó en prisión por robar y mentir: un gran hombre metido a poeta. ¡Qué gran ladrón perdió el mundo! ¡Qué gran escritor ganaron las letras!

-Y a ti, Dulcinea, te imploro la más difícil de las misiones para una mujer: permanecer callada.

-Y también un día mis labios callaron y mi mente se tornó malsana y soñadora. Años pasé sin encontrar mis sueños, tiempos extraños sin callar mi mente trocada, sin pintar un verso ni cantar a la madrugada, sin escuchar la cigüeña, sin perforar mi costado ni pervertir mis sentidos con borlas mancilladas.

-Y a tí, Cide Hamete: serás mis labios y mis sentidos y tomarás como tuyas mis palabras y serás mis ojos y mis labios y mis oídos, y también mi hígado inflamado de envidia y mentiras. Yo, Miguel de Cervantes Saavedra, mentiroso al que los falsos sabios quisieron dar por nombre Cervantes, ¡qué mentira y burla! Cambiaron mi nombre y también mi texto. Entre los hombres fui el más vil y pendenciero, entre los hombres el más mezquino de los recaudadores de impuestos, pero también el más mentiroso, sucio y traidor de los escritores, el mejor de los hijos de España. Hazme tuyo, Cide Hamete, y convierte a tu autor en figura, a tu autor en estatua de sal, porque desde ahora te entrego mis ojos y mi sangre para que vivas, para que narres estas las pasiones de una mente enferma, de un corazón envidioso.

-Se ha vuelto loco -concluí.

-Ahora por fin escribe -sentenció mi guía.

-¡Ah... casi se me olvidaba! Mi Quijote, mi daga: serás mi sicario y mi regicida. Dicen que en Madrid existe un hombre de capa y espada, un hombre amable, sí, también un hombre de letras, también un hombre que -dicen- tiene talento y maña. Te contaré un secreto y te entregaré mi duda: ¿qué hombre entre los hombres es capaz de escribir trescientas siete comedias malas en una vida sola? Yo te daré la respuesta, mi amante Quijote, mi leído Quijote, mi dulce y sabio Quijote: las toma de otros que más talento tienen que él, y de sus sueños y versos e ideas se nutre para robar los aplausos. ¿Qué opinión te merece esta condición de mentiroso y

traidor para con sus compañeros, amigos y colegas? Te confesará que yo te cree de mi sangre, mira mi vientre vacío, mira mi corazón que ahora es tuyo. Mi sangre corre por tus venas y mis razones son las tuyas, las razones de la justicia. Lee, Quijote, lee las historias de los caballeros andantes que justicia impusieron para con los mentirosos y viles, para los ladrones, para los que -ahora sabemos- mintieron y robaron y usurparon el trono que a un solo hombre pertenece. Te entregaré a Rocinante, tu fiel corcel, y una misión voy a prodigarte: asesina con justicia a aquel hombre a quien el aplauso le robó mi sangre. Yo, tu amante creador, te confieso mis razones: es envidia, es envidia y es envidia, las tres razones suficientes que me llevaron a crearte, que, también te confieso, me llevarán a matarte. Morirás con los aplausos de los que en vida te acompañaron y los que fueron tus amigos y también tus verdugos. En tus sueños de mil páginas recobrarás la conciencia pero nunca, nunca jamás, preguntarás por tu narrador y por tu creador, que son personas distintas y sabias, que son personas buenas, también envidiosas también humanas, también divinas.

-Ya se acerca el alba, Mihai -dijo mi amigo-. Ya recupera el loco la cordura.

-Lope camina aturdido por el éxito en las populosas calles de Madrid. No te será difícil hacerte con sus pasos, no te será difícil seguirle la pista hasta alguna de las elegantes tabernas que frecuenta -porque me han dicho, y de buena fe lo conozco- que no se limita a pasear acompañado de condes y condesas, de duques y melindres varios, sino que también circula entre las gentes más bajas junto a un amigo suyo pintor de la corte muy reconocido, de cuyo nombre ahora no quiero acordarme. Observa sus movimientos, buen Quijote, fíjate en el ritmo de sus pasos y de sus versos, de sus personajes tópicos y predecibles, de sus ripios mal

compuestos y de sus mediocridades. Para tu misión te entrego esta lanza y, lo que no es menos importante, esta lengua que te relatará los caminos que otros como tú hicieron para semejante empresa a la que ahora a ti te encomiendo. Deberás leer las vidas de Amadis de Gaula y en todo le habrás de imitar fingiéndote loco y no olvidando nunca que eres mi personaje. Habrás de serme fiel en tus palabras y deberás mostrarte elegante y pendenciero pero siempre altruista y altivo como el propio Amadis; te burlarás de Sancho pero le concederás, siempre, el don de tu compañía y comprensión, el don de tus elegancias y el don de tu locura, y será precisamente ésa la lección más importante que Sancho deberá en su vida aprender: que es la locura virtud y que existe mayor elegancia y talento en el loco que se finge novelista que en el caballero que se finge dramaturgo. Pregunta a Sancho cuando en algo dudes de tu condición, ahí te lo dedico para que con tus palabras te impongas y le ridiculices con el tino de la locura y de la erudición, con la agudeza del sabio pero también con la vulgaridad del escritor encarcelado por ladrón y pendenciero. Toma, Quijote, he aquí las señas del que deberás vencer pero, cuidado, es hombre hábil y vil y en tu camino pondrá mil sendas que entorpecerán tu misión. Ten siempre fe en esa voz que te guiará a la que llamaré Cide Hamete, ten siempre fe en tu vista, que no te engañe el torpe Sancho, que podría ser tan vil personaje que sólo podría estar creado por el propio Lope. No mires los molinos porque tú bien sabrás que son gigantes y salva a las doncellas, no creas al necio Sancho que -digno de su condición de escudero- las confundirá con posaderas.

Don Quijote lucía luenga y canosa barba ya propia de hombre de edad. Golpeó Rocinante las puertas de la cárcel de barro y, he de confesarlo, sentí miedo cuando sus paredes se derrumbaron ante las coces del caballo.

Dispuso un extraño sombrero el Quijote sobre su cabeza, que aún no adivino a saber qué otra función tendría, y con los primeros rayos del Sol se dispuso a tomar camino al horizonte, ya compuesto, ya dispuesto, ya loco, ya personaje.

Cervantes permaneció rendido sobre la mesa. La vela se había extinguido y esperaba la llegada de la noche para, otra vez, volver a ser encendida.

-Dicen que mañana el genio olvidará todo lo ocurrido la noche anterior -dijo Holderlin-, y que sólo un vago recuerdo quedará en algo que, tiempo después, llamarán "inconsciente de la locura". Cervantes se despertará aturdido y nervioso, celoso y otra vez envidioso de ese tal Lope de Vega. Pensará y tendrá una idea falsa: había soñado con un caballero andante y su escudero, con una bella mujer que era deslucida, con un hombre loco que se cree cuerdo y con un hombre cuerdo que se cree loco. Mañana volverá a escribir otra vez la misma obra y mañana se despertará de nuevo en su cárcel de barro.

Quijote se despedía al amanecer, bajo la compañía de la silueta de Sancho. Cojeaba Rocinante por la zona del costado derecho.

-Con el repiqueteo del pico de la cigüeña en la iglesia -concluí.

-También tú recordarás como Quijote haber tenido un extraño sueño y, como Cervantes, algo habrás aprendido y algo habrás recordado,

-Temo despertar y encontrarme de nuevo loco -dije a mi amigo.

-No temas, mañana volveremos a encontrarnos y juntos conoceremos a otro amigo que aún te hará recordar más tus versos.

-¿Fui poeta?

-Mañana recordarás tu verso aún cansado, mañana recordarás tu memoria aún difusa y tus amigos aún muertos. Espera, Eminescu, la mañana.

Poco a poco las luces se apagaron de nuevo y pronto me encontré como al principio de mi sueño callado. Tardé en despertarme y aún creí permanecer en la cárcel de barro al despertar, aún soñando aún despierto en aquel hospital y en aquel día que, definitivamente, no era lunes.

Me invadía una extraña sensación de familiaridad, una emoción de haber vivido algo intenso y único. Me sentía exhausto, como después de un largo viaje.

Un largo viaje que acababa de comenzar.

El coro de locos ya gritaba:

-¡Mirad, mirad! Han llegado las cigüeñas.

Comencé a recordar mi nombre: Mihai Eminescu.

CAPÍTULO II

Segundo sueño: Santa Teresa

Intervienen: Mihai Eminescu, Friedrich Holderling,
Santa Teresa de Jesús

Vestía rozagantes ropas antes de inclinar ligeramente la cabeza a la derecha, antes de caer sobre la roca. Su amante sostenía un pedazo de tela suave y suavemente tomaba el agujón caliente antes de perforar su corazón latente.

-Dicen que morí un cuatro de octubre. ¿Qué sentí? Es extraño de explicar una reacción tan complicada, tan inerte, tan sublime. Sentí la luz y quebraron mi éxtasis, sentí la luz y ellos marcaron mi cuerpo.

Varios hombres abrieron el ataúd nueve meses después de la muerte de la santa y comprobaron que los vestidos estaban podridos mientras el cuerpo de la bella santa se había mantenido incorrupto.

-¿Saben qué se siente? Alguien dijo que crees poder mover los dedos, que crees poder sentir aún la mano.

Diseccionaron una mano, la envolvieron en una toquilla y la llevaron a Ávila.

-Tenían razón, algo aún permanece conmigo, y yo en mi cofre, y yo en mi tumba mientras me observan; mientras me miran les observo y miento.

De esa mano cortó el padre Gracián el dedo meñique y lo mantuvo con él hasta que fue hecho prisionero por los turcos.

-Siempre me había gustado ese dedo... tantas veces me hizo sonreír.

Lo rescató el bueno del padre Gracián a cambio de unas sortijas y veinte reales.

Las monjas del convento de Alba de Tormes pidieron quedarse con un brazo como reliquia. Se lo negaría el duque de Alba.

-Las escuchaba cuchichear. No hay nada más desagradable que un vientre estéril ni nada más vil que una mujer en celo. Siento ahora el calor que sangra y el calor que hiere, el calor que me consume desde el mundo entero.

El pie derecho y parte de la mandíbula superior se encuentran en la ciudad de Roma.

-Con la que rezaba a Dios para que me diese fe, con la que pedía a mi ángel la muerte plena.

La mano izquierda fue a parar a Lisboa.

-Me la arrancaron fácilmente, pude sentir cómo mis tendones se desprendían lozanos y ya sinceros, ya tensos ya muertos. Nadie se apercibió, pero antes de sentir el crujido final moví uno de los dedos. Aún permanece un poco tenso, señalando al culpable.

El ojo izquierdo y la mano derecha terminaron en Ronda.

Hubo un famoso general de los ejércitos que llevó toda su vida la mano derecha de la santa. Sobre el escritorio, observaba sus movimientos. Hombre extraño el general al que nunca comprendió la santa, mujer especial a la que nunca pudo comprender el general Franco.

El brazo izquierdo y el corazón, en sendos relicarios en el museo de la iglesia de la Anunciación en Alba de Tormes.

-Finalmente las monjas conspiradoras obtuvieron más de lo pidieron. También un tiempo fui yo monja, también un tiempo mi vientre buscaba su rostro y soñaba con su tacto y su calor, con sus susurros más allá del convento. Sólo tras mi muerte lo supe, sólo tras mi muerte pude sentir el pie frío y la mezquindad de

quienes ya nada desean. No hay nada peor que una mujer en celo ni nada más vil que una monja yerma.

Y el cuerpo incorrupto de la santa en el altar mayor, en un arca de mármol jaspeado custodiado por dos angelitos, en la iglesia de la Anunciación en Alba de Tormes.

-Aún las escucho, aún las siento, aún las desprecio.

Y dedos y trozos de carne, esparcidos por España y toda la cristiandad.

-La santa cristiandad -terminó la monja, ahora santa Teresa de Jesús.

LUJURIA

Me desperté un poco más sabio, también más cansado. Miraba las paredes del hospital y me di cuenta, por primera vez, que quería salir de allí. Me encontraba amordazado y me habían engañado y me había engañado: no podía hablar debido a ello. Por primera vez en muchos días, quizá meses, quizá años, quería gritar y avanzar, escapar de aquella cárcel de barro cervantina... ¿quién sabe cuánto tiempo había transcurrido? Me mantenían vivo, sí, pero estaba debilitado por la enfermedad y los fármacos que no paraban de suministrarme y que me mantenían en un estado de esquizofrenia continua.

Me recordaba en una buhardilla escribiendo algo parecido a versos. Lo recuerdo porque estaban en estrofas y recuerdo también la pluma que se deslizaba ya un poco serena, ya un poco cansada. Recuerdo los terribles pinchazos en la parte izquierda de mi cerebro. Recuerdo cómo el piso se volvía hacia mí y me derrumbaba. Callaba para evitar mi internamiento, callaba para no ser descubierto, callaba para seguir encerrado en esas palabras que, ahora lo sé, me han quitado.

-Has venido a devolverme las palabras -le dije a Friedrich.

-Me alegra verte de nuevo, Eminescu.

-Hoy recuerdo mi nombre. Había perdido la razón.

Me desperté en una iglesia. Aún recordaba el mercurio penetrando, la risa de las enfermeras y el coro siempre presente de locos todos.

-Pero he perdido mis personajes, mis palabras, versos y poemas -dijo-. ¿Dónde están, Friedrich?

-Los volverás a encontrar si así lo deseas -dijo mi amigo Holderlin mientras contemplaba algunas de las estatuas que gobernaban las paredes de la iglesia.

-¿Dónde estamos? -pregunté.

-No es un lugar concreto como en el libro del florentino, no, amigo. Estamos en tu mente y son tus recuerdos. Alguna vez has estado aquí antes, antes de la enfermedad, antes de volverte loco.

-No recuerdo... -añadí balbuceante.

Las vidrieras y la planta de cruz latina y el extremo silencio y la niebla que se sumergía desde el patio central y los santos y los muertos. A los lados del pasillo central se disponían pequeñas estancias con mujeres vestidas de negro de rodillas y con las manos juntas. De vez en cuando, alguna encendía una vela y dejaba una moneda para pedir algún milagro. En los bancos algunos jóvenes guardaban silencio y nos observaban mientras se mordían los labios despacio, muy despacio. Al fondo y vestidos de rojo y blanco, los monaguillos preparaban la eucaristía. Uno de ellos consiguió hacerse con el cáliz del vino y bebió un pequeño sorbo cuando el sacerdote no miraba. Era éste un hombre bien entrado en años y en carnes, bien dispuesto para la ceremonia. Reinaba en todo el recinto el más absoluto de los silencios.

-Mira allí -me dijo Friedrich. Al fondo, se erigía una vitrina con extraños objetos-. Reliquias de santos. Allí está la mano de santa Teresa. La desenterraron y le

arrancaron algunas partes de su cuerpo como recuerdos. ¿Sabías que se prohibió besar la santa cruz porque los fieles se incrustaban trozos de madera en sus paladares fingiendo adoración?

La iglesia estaba plagada de imágenes de santos y martirios varios. Un lienzo me llamó la atención por encima del resto: un hombre atado a punto de ser ejecutado. Escorzos y posiciones forzadas de las figuras, dramatismo y vida.

-En el exterior de la iglesia –siguió mi guía y protector-, los hombres cantan y bailan y beben. Nada saben de lo que aquí sucede, y nada les importa hasta el día de su muerte.

Otro lienzo sobre una tortura y una virgen cubierta con un manto azul y blanco, con el rostro iluminado, sosteniendo al niño.

-La madre mediterránea, la madre eterna. En otros tiempos recibió el nombre de “diosa blanca”... pero eso fue antes del cristianismo, incluso antes del catolicismo.

De repente las puertas de la iglesia se abrieron de par en par y unas figuras ataviadas de profundo negro se dirigieron al altar mayor. Caminaban con paso lento y llevaban los pies desnudos.

-A esto le llaman penitencia, Eminescu.

Acompañaban sus pasos de una letanía casi inaudible, casi mística. La que iba al frente del cortejo lideraba los rezos, la que iba al frente del cortejo marcaba el paso militar. Se apartaron las gentes y apartaron sus miradas y la mujer que rezaba apagó de un soplo las velas, todas dedicadas al santo.

-Ya llegan las monjas, Mihai.

-Ya llega la muerte -añadí.

Se situaron frente al altar mayor y de entre el cortejo surgió una de ellas, que había permanecido oculta por las otras en lo más profundo del grupo. Llevaba una caja

de plata labrada entre sus manos jóvenes, única parte del cuerpo que permanecía más o menos visible. Fue entonces cuando mi maestro me hizo un gesto para que le acompañara.

Por un momento, creí que sonreía.

-Se trata de una joven que lleva camino de santidad aunque tiene antepasados conversos. Fue una joven culta y perspicaz que ha caído en las manos de la religión.

Nos acercamos un poco más para contemplar la escena con mayor claridad. El pequeño cofre estaba labrado y tenía numerosas incrustaciones de piedras preciosas y grabados en un lenguaje que no comprendía pero que, sin embargo, en otro tiempo llegó a reconocer.

-Hebreo, el lenguaje de los dioses.

Depositó la monja el cofre en el altar y el sacerdote se arrodilló y pronunció unas palabras en latín. Se puso de nuevo en pie y tomó el cofre con ambas manos y lo llevó al cielo. Los monaguillos se situaron en torno al padre.

-¿Sabes qué hay en el interior del cofre, Mihai?

-Lo sé, maestro.

Las monjas rezaban cada vez con más fuerza. Uno de los monaguillos preparó el vino y el sacerdote abrió (al fin) la arquilla. La joven monja se arrodilló y rezó aún con más fuerza, casi poseída por un espíritu superior, casi condenada, casi santa.

Del interior del cofre extrajo el cura un corazón que aún latía, un corazón joven. Los monaguillos bajaron sus miradas y la iglesia en pleno pronunció la sagrada palabra: Amén.

Tomó el párroco entonces el corazón y se lo llevó a sus labios, hincando suavemente los dientes en el ventrículo de la santa, mordiendo. Ya la sangre caía sobre sus labios cuando tragó la carne joven con

amargura, también con deleite. La monja rezaba cada vez más fuerte, cada vez más apasionada, cada vez más endiablada.

-Tomamos a la santa, señor –dijo el cura-, para que su ejemplo ilumine nuestras almas, para que su luz ilumine nuestro camino y para que su corazón nos bendiga.

Y fue pasando el corazón a todas las monjas, y cada una de ellas mordió un trozo. La joven monja rezaba, ya en éxtasis, ya se movían sus caderas, ya entraba en ella el señor. La monja se movía obscenamente y ya separó las manos y se tocó las caderas mientras las más mayores tragaban sin masticar.

-Porque –dijo, no sin ironía Friedrich- un corazón no se debe masticar, sino sufrir.

Ya se derrumbó la monja en éxtasis sagrado, en sexo divino. Ya su dios había entrado en ella, ya se había consagrado su alma. Los rezos de las monjas se hicieron más patentes, mientras las monjas se hacían con la caja, que se llevó la más anciana, la más madre, la más traidora. Tomaron entre todas a la joven y la llevaron a un altar y allí depositaron su cuerpo, sobre el calvario en el que su alma mora. Retiraron los hábitos de la monja y descubrieron su lozano rostro, tan blanco como una estatua, tan límpido como la muerte virgen.

-Nos mira, Eminescu.

Mi maestro tenía razón, aún pude ver sus ojos inyectados en sangre y vida, abiertos y dolientes y fijos en mí, ¿qué me quería decir la santa?

El más travieso de los monaguillos temblaba mientras ya el cortejo de monjas fúnebres se acercaba. Tomó la anciana la caja y de ésta extrajo una daga dorada, una daga afilada, una daga marcada, rematada también de oro y muerte, del sabor dulce y agrio de la religión más sagrada. Sujetaron las monjas al niño y la más anciana sesgó su cuello. La sangre aún manaba, el

niño todavía respiraba. Antes de morir, el sacerdote se acercó al muchacho y le besó la frente.

-Que tus travesuras te sean perdonadas, hijo mío – dijo el sacerdote con voz callada-. Ahora Dios te acoge en su seno, ahora verás el rostro del Altísimo y conocerás su perdón divino. Para esto naciste y por esto te entregamos.

Aún respiraba el monaguillo cuando la llevaron al mismo altar que la santa y allí lo depositaron. Continuó luchando unos momentos por respirar mientras la madre superiora –que nunca fue madre- le administraba la extremaunción en latín.

-Que su alma descansese para siempre.

-Que se conviertan en arte –gritaron las monjas al unísono.

-¡Llamad al napolitano antes de que sus cuerpos se enfrién! –gritó ya fuera de sí la más anciana.

Por la puerta principal entró un personaje delgado y con bigote, con la cabellera cansada y algo larga. El napolitano llevaba por nombre Gian Lorenzo Bernini y había trabajado a las órdenes del papa esculpiendo y pintando retratos, siendo de los artistas más considerados en su época. Sus pasos sonaron huecos y duros sobre el pavimento. Tosió profundo el artista, como deben toser los enfermos, como sólo pueden toser los artistas.

-¿Están preparados según mis órdenes? –preguntó el florentino mientras el otro monaguillo, no ya consternado sino postrado, tomó una especie de flecha y se la alcanzó al artista.

-¡Cupido no sonríe! –gritó encolerizado Bernini-. ¿Qué le habéis hecho? ¿Acaso no le habéis explicado el por qué de su sacrificio? ¡Malditas! –continuó gritando a las monjas mientras las apartaba con fuertes empujones-. ¡Apartad, apartad!

Se inclinó sobre el rostro de la santa y la miró de frente, feliz. Sonrió el artista ante su más grande obra. Miró al monaguillo de soslayo, como suelen hacer las malas gentes, como suelen hacer los tímidos, como suelen hacer los artistas.

-¡Cal! —gritó Bernini-. ¡Traed mi cal!

Y el monaguillo dispuso ante el artista un gran saco con cal. Las monjas rodearon la estatua y rezaron, aún más profundamente, ya exclamando, ya gimiendo para convertirla en santa.

-La harán inmortal, Eminescu —me dijo el maestro sonriente.

Se me hacía imprudente contemplar aquella escena casi dantesca, aquella escena llena de humo, suspendida en el tiempo. Los cantos me recordaban a los de los locos pero con un tono mucho más excesivo, también más etéreo. Entre los vestidos de las religiosas se distinguía a veces al artista en pleno auge, en colmada tarea. Se movía como por espasmos y de vez en cuando se detenía para recoger algunas gotas de sudor que caían sobre su rostro batido.

-Apartad —gritó el artista mientras empujaba a las monjas-. ¡Apartad, arpías!

Sólo el rostro de la santa permanecía aún con vida.

-¡Aún respira! —gritó el sacerdote antes de que Bernini se abalanzase sobre la santa para volcar el contenido del saco sobre su rostro. La misma cal sangraba antes de secar por efecto de los rezos de las religiosas. La santa se inclinó un poco más su rostro sin ayuda y cayó en éxtasis, ya acompañada de su señor.

Aún las monjas rezaban antes de caer también al piso todas, antes de comenzar a gemir con lamentos divinos.

-¡Malditas! —gritó Bernini-. Ahora lo sentís y ahora es vuestra. Respiraban las monjas profundamente y se contorneaban profusamente en un acto sexual compartido. Retozaban y algunas se tomaron de la

mano mientras Bernini las apartaba a patadas. El sacerdote se santiguaba mientras los monaguillos, siempre curiosos, observaban el milagro. Los rezos habían callado y la estructura medieval de la iglesia retumbaba en un orgasmo completo, en una convulsión sentida, en una culminación compartida.

-¡Dejadme salir de aquí! –volvió a exclamar Bernini antes de escapar despavorido, asustado de su atrevimiento.

Cuando ya las últimas gotas de sangre manaron de la estatua, el artista ordenó abrir las puertas. Había llegado su hora, lo había logrado. Las monjas habían dejado ya de gemir, embarazadas del divino esfuerzo y colmadas al fin.

El sacerdote tomó de nuevo la copa y se arrodilló y elevó la copa y cerró los ojos y dijo al fin:

-¡Por la santa!

-¡Por la santa! –me atreví a responder, también cansado, mientras observaba la belleza capturada en un instante, mientras observaba el éxtasis y el dolor profundo de la muerte ahogada-. ¡Qué bella escultura!

Realmente, había merecido la pena. Una a una las monjas se levantaron y atusaron sus vestiduras, una a una compusieron sus cabellos bajo los mantos, una a una formaron de nuevo el coro y juntaron sus manos. En procesión salieron mientras el sacerdote se acercó a la estatua y tomó algunas gotas de sangre que vertió con esmero en el cáliz.

-Porque la sangre tiene que ser bebida mientras aún está fresca –me susurró Friedrich.

Sin dilación bebió el cáliz. Sonrió, como se alegran los amantes satisfechos.

Corría un aire viciado cuando ya la estancia se despejó definitivamente, cuando ya me sentí –yo también– algo cansado por el esfuerzo de los otros.

-Acerquémonos –dijo finalmente mi maestro-. Creo que alguien tiene algo que enseñarte tras los ojos de cera.

Me acerqué a la reliquia y la contemplé por vez primera: éxtasis.

-¿Qué quieres, poeta? ¿Qué deseas ahora de mí? –me preguntó la santa desde el interior.

-Es éste –comenzó mi maestro- Mihai Eminescu, poeta rumano que ha perdido la cordura, poeta rumano que ha cambiado sus palabras por coros y malos sueños. Es éste el que hoy pide tu ayuda, gran santa y gran poetisa.

-¿Es éste poeta? ¡Háblame y demuéstral o calla, estúpido!

La estatua permanecía impertérrita, consumida en un eterno gozo terrenal.

-¿Te burlas, poeta? –volvió a preguntar la santa-. Ellas, las monjas, me engañaron primero y luego me consumieron poco a poco. Sólo hay un lugar más oscuro que el infierno, poeta, un convento. Cada noche se escuchaban los gemidos tímidos mientras por las mañanas predicaban la abstinencia y la oración. Se hacía la noche y escuchaba sus pasos en dirección a las habitaciones de las novicias, jóvenes y esbeltas y perdidas y deseosas de aprender. También yo fui novicia un día, bien sé lo que te cuento, Eminescu, recuerdo tu nombre. Se acercaba una de las más ancianas y se metía en la cama... “para que no duermas sola, ni niña”, decía. “Para que en la noche las tentaciones no sean tan diablas, mi niña”... “para que tu mañana sea clara” y la monja no dormía, porque las malas personas no duermen y esperaba hasta que la novicia luego santa estuvo relajada y se acercaba un poco más hasta juntar su rodilla con la mía. Despertaba en la noche fingiendo no sentir, fingiendo mi eterno sueño, ya sin poder respirar, ya sólo su latido acelerado

sintiendo. Juntaba luego su pie con el mío, su pie frío y su tacto rasgado y macilento, anciano y hediondo. "No te preocunes, mi niña, El señor está con nosotros". Y por la mañana rezaba y rezaba, no por el alma de los desventurados sino por mi propia alma, para que en la tarde la anciana muriese, la anciana callara. Una vez el señor cumplió mis deseos mientras la anciana tomaba mi mano. Murió también como yo he muerto, abrazada, también odiada. Así me libré de la rancia religiosa y así consagré mi vida a la oración y los versos. Como tú también lo harás poeta, porque tu tiempo es más lejano, pero puedo leer a través del verso de los tiempos y a través de los ecos y los siglos.

-Quiero retornar a mis palabras –le dije finalmente.

-Tus versos eran suaves como tu tierra natal. Viajaste por las tierras de Cernăuți y por los lagos de Blaj y Sibiu y por Giurgiu y al fin Bucarest, ¿recuerdas sus calles, Eminescu? Ya desde pequeño la amabas y la odiabas. Te confesaré algo, poeta: en una ocasión, también yo busqué su tacto cansado y anciano. Me había sido familiar y cada mañana me guardaba un trozo del pastel de las más avezadas. Sabía amargo, muy agrio, pero lo comía con resignación y ansia y con avidez, y en silencio cada noche esperaba la llegada de Ángela, que así se llamaba la anciana. Cada novicia tenía la suya y sobre medianoche llegaba la hora de las brujas. Las sentía acercarse y nunca nadie en el convento habló de lo sucedido... y desde entonces no he podido olvidar su mano fría deslizándose lentamente por mi costado, antaño también frío. Supe entonces cómo lograrlo, poeta. Recé y recé y una noche el señor desde el cielo me dio la terrible idea: deslizaría también mi mano sobre ella y le daría lo que pedía, lo que anhelaba. ¿Te gusta escucharlo, Eminescu? ¿has sentido también tú alguna vez una pasión extrema?

-Una vez –respondí avergonzado-, Veronica Micle fue mi inspiración. Aún hoy olvido su rostro pero recuerdo su nombre: Veronica.

-¿La deseaste alguna vez? No hablo del deseo de los hombres, vulgar y mezquino y temporal... hablo del deseo de darle muerte, de verla ahogada por la pasión, de ver cómo, en el momento del éxtasis pleno, ella te deja para no volver jamás a regresar. ¿Lo sentiste también, Eminescu? Yo sentí el calor de sor Ángela, mi Ángela, justo antes de morir derrotada. “Respira profundo”, le dije mientras sentía sus convulsiones y sus latidos. “¿Cree en Dios, madre?”, proseguió. “Es ahora él quien guía mi mano y es ahora él quien tanto calor le proporciona a usted, mi dulce protectora, mi ángel, mi Ángela”.

-Ella era dulce pero algo en ella había que nunca pude sentir... como si sólo en mis poemas existiese, como si sólo para mis poemas viviese.

-También tú, poeta, asesinaste con el agujón profundo de la palabra, también yo le susurraba mientras sentía su último calor. “Ahora el te mira, Ángela...” y lograba detener sus convulsiones y sentía cómo sangraba y sangraba, y continué, despacio, mientras ya con dificultad respiraba, mientras ya su alma se escapaba. Tengo que reconocerlo, poeta, también yo sentí placer inmenso cuando sentí cómo su alma se escapaba, como su alma con la mía se fundía clara.

-Recuerdo su cabello –dije y recordé su rostro al fin– como caía claro sobre su cara. Su mirada fija y también sus músculos tensos. Pero no era ella, definitivamente, era su rostro pero no su alma. Veronica se marchó, como se marchan todas las mujeres que no se sienten amadas, como deberían marchar todas las mujeres que no sienten calor y miedo, y su rostro recorrido por una cascada de agua clara y por el viento... como toda mujer que no se siente cortejada. Porque para el poeta sólo

importan las palabras y no hay mujer más bella que una rima, ni existe en el mundo una sonrisa más clara que el final tupido de una composición sellada.

-¿La engañaste, Eminescu? —preguntó mi mentor, que había permanecido por un buen rato en silencio.

-La engañé desde el principio, como hacen todos los hombres. Pero la engañé a la manera del poeta: con mis versos hablaba de otras y la mentía haciéndola ver que era ella la dulce amada, que era ella la preferida en mis cantos y la más tarareada. Pronto supo la verdad y pronto me juró permanecer a mi lado por siempre, porque así lo había jurado.

-Porque así lo juran las santas en el convento —dijo por fin la lujuriosa religiosa.

-Y sólo de una manera pude mancillarla, pude liberarla: escribí un verso de pocas líneas y con mi verso sellé mi locura. En él afirmaba que era mi amor fingido, que nunca ella fue engañada por otra persona humana sino por los versos todos, y las palabras serían entonces mi refugio y mi condición última. ¡Cómo brillaba su rostro al escucharlo! Por fin liberada, por fin mal-amada. Fingió por un momento ser mancillada, fingió por dos horas querer volver a ser amada. Permanecimos la noche entera abrazados y supe que, de alguna manera, la había querido. Nunca más volví a contemplar la sonrisa con la que ahora sueño, nunca más volveré a sentir su tacto, también río también fingido también vulgar y humano.

-¿Has amado alguna vez como yo a aquella vulgar embaucadora? —preguntó la santa.

-Una vez amé a una ciudad y sus calles gastadas y nuevas y el sonido de las gentes todas. En Bucarest se reunieron las almas más nobles que escapaban del pasado y buscaban el futuro. En cafés y periódicos, en las esquinas y en las aceras. La ciudad bullía y me llamaba mucho más de lo que logró Veronica alguna

vez. Sentía el fragor de los coches de caballos, las pezuñas y las damas engalanadas y los caballeros soñadores y aterrados y las mujeronas cansadas, las calles adocenadas y pequeñas y grandes, y palacetes que muy pronto serían derruidos. ¿Qué le esperaba a mi amada? Sentí también su tacto y su calor, su sofocante ardor de hembra desterrada. Le dediqué mil poemas, y en mil poemas puse mi alma.

-Pero sólo recordarás una palabra asesina: Veronica –repuso la santa-. También yo amaba el convento y, con el tiempo, aprendí también a amar a sus discípulas. Llegaban las novicias y, también yo monja, también yo vil, también yo vulgar, también yo desterrada... permití una y mil veces la costumbre de las hermanas. En silencio las escuchaba y veía el rostro de las jóvenes cada mañana y cada tarde... y ese pedazo de pastel, y las sonrisas cómplices de las ancianas satisfechas y avaras. Me condenaron a muerte el cuatro de octubre de mil quinientos ochenta y dos y, mientras rezaba, recordé también su nombre: Ángela.

-Aquella misma mañana escribiste un poema, Teresa –dijo Holderlin con tristeza.

-Aquella misma mañana escuché mi voz callada y su mano tocó mi rostro primero y me besó desde la muerte. Era fría y áspera y, ahora, temblorosa y cansada y mil veces lacerada, me había también encontrado. Dejé que bajase por mis pechos y por mis muslos y también yo esta vez la encontré fría y llegaron las hermanas: la pecadora está condenada. A esta iglesia me trajeron a morir, pero mi alma había ya muerto en un poema de cama, mientras su piel vieja y su joven alma me llamaban: "Teresa, santa Teresa". Sentí el calor y sus pies junto a los míos y sus rodillas ariscas y sus labios huraños.

-Es la muerte, que ahora viene a buscarte, Teresa.

-Es la muerte que me ha encontrado, Eminescu. Es la muerte que también a ti te busca y que te encuentra. Tiene rostro de mujer y zarpas de araña, y cada noche bajo el rostro del poeta amigo te encuentra en tus sueños y te desmenuza y te desmorona y te ruega encontrar tus palabras.

-Porque, ahora recuerdo, mi Teresa, que sólo en ellas deseé un día morir, porque sólo ellas me dieron la vida clara.

-Ante mí –declaraba Teresa- se encontró una figura lisa con rostro de mujer y aspecto angelical. “El Señor me ha venido a visitar”, me dije... pero no era el Señor, sino su fantasma enviado. Se movía lentamente como se mueven los espectros, se movía también rápido y la habitación se quedó fría y su rostro no tenía arrugas y sonreía tierna, tímidamente, mientras levitaba ligeramente sobre el suelo. Eran sus ojos azules como ósculos de cielo y sus cabellos blancos cual cascada de nieve, sus manos finas como cuchillos, alargados brazos que pendían sobre su manto claro.

-Con palabras mataba y por las palabras he muerto –continué-, por palabras y palabras y versos.

-Dicen que la muerte mira de frente, pero ella torcía la mirada y descendía por mis pies y manos y sexos varios, recorriendo cada instante de mi cuerpo anciano, recorriendo cada parte de mi cuerpo sereno y otra vez joven. La muerte rejuvenece, Eminescu.

-Porque la muerte es sólo un verso.

-Cuando me miró, conocí el nombre del espectro y, lejos de sentir pánico, también yo le concedí la dicha y abrí mis piernas y mis sexos y mi mente y mis palabras, y mis versos todos fueron para ella, la que nunca conoció más calor que el de una niña, la que nunca conoció más amor que el del Señor. Sor Ángela me miró por vez primera y sin tocarme se dispuso ante mí, y mi piel se estremeció toda mientras me miraba de frente

como sólo sabe hacer la muerte. Me movía pausada y me sentía frenética.

-En mi última noche con Veronica le recité versos de amor de nuevo y sentí otra vez su fuego y sentí otra vez mi fuego. Deseaban mis labios callar y mi alma gritaba: “no la engañes, no la engañes”... pero no obedecían mis labios y descargaban en ella su pasión y vehemencia en su último estertor.

-Sabía que había venido a buscarme la lamia, sabía que había venido a buscarme la muerte de rostro azul. Me sentí mar y cascada, me sentí religiosa y amada, me sentí mujer otra vez, joven y lozana.

-La miré antes de que marchara, la miré otra vez enamorada. Sonréi cruel, sonréi poeta.

-Cuando ya había alcanzado el poema, mi alma se trocó muerta, inmóvil y eterna. Sor Ángela sonrió y pronunció mi nombre: “santa”. Se trocaron sus ojos en bilis y sangre y por última vez contemplé el rostro de Dios: me arrancó el brazo derecho que se desprendió con saña y delicia. Sentí mis músculos desprenderse ancianos; aún sentía su tacto en mis dedos, aún sentía mi brazo desencajado.

-Mientras marchaba le dediqué un “te quiero”.

-Y tomó mi estómago e hincó los dientes en mi yerma víscera, en mi alma santa. Sentía sus dientes afilados agarrar mi carne y despedazarse, suave, serena y calma. Sentía luego la carne en su boca mientras masticaba, despacio, saboreándola apagada. Sentía también su sabor y su color rosado, el color de la santidad más esmerada.

¿La estatua lloraba?

-“Y el corazón” –dijo-, “que sea para tus hermanas”. Y fueron éstas sus últimas palabras antes de besarme, antes de matarme: “santa, santa, santa”. Desperté muerta y viva ante la mirada de las hermanas, mis malvadas hermanas. Miraba también un techo,

Eminescu, miraba también un sanatorio y los coros de locos.

Extraño yo, Mihai Eminescu, poeta, sentí también el sabor de la carne entre mis dientes. Qué extraño placer masticar la carne humana, qué extraño placer sentir a la santa entre mis labios y juguetear un poco con el pedazo frío y algo seco. Apenas costaba trabajo masticarlo, ya que era la carne de una vieja anciana y monja, de un alma cándida y de una poetisa furiosa, de una poetisa placada.

-Durante tres días y tres noches mantuve mi éxtasis pleno en vigilia mientras en sueños mi amante me devoraba. Tres días duró mi placer sublime y tres días duró mi espejismo de vida. Las monjas rezaban mientras mi amada me besaba y rumiaba mis carnes empapadas, mis sexos embebidos en niebla y fantasmas y una muerte cercana, porque muero, porque no muero, me dije una vez, porque es esta muerte dulce y los bocados del fantasma certeros y cercanos y cenicientos y calientes como mil brasas que inflaman mis sexos todos. “Aún respira”, dijo una de las monjas... ¡Cómo no respirar al sentirla devorar mis dedos blandos ahora en sus dientes francos. Era el mejor momento cuando sus colmillos se clavaban en mis músculos. Sentía la sangre brotar, ¡cuántos años mancillada, cuántos años callada! “Nuestra santa se apaga”, dijo otra... y me encendía mil veces y ya mi corazón palpitaba. Lo rozó por un momento mi amada, tocándolo ligeramente con la punta de sus dedos afilados. Lo besó despacio, aún palpitante, aún callado.

-Y entonces –dijo.

-Sólo entonces –dijo la estatua callada.

-En la lejanía el poeta recordó sus palabras –dijo el maestro que vela.

Oh! Acaríciame, hasta que mi frente vuelva a ser lisa y suave,

*Oh! acaríciame, hasta que vuelvas a ser joven como la luz
del sol,*

*hasta que seas clara como el rocío, dulce como una flor,
hasta que mi rostro no esté arrugado, mi corazón ya no sea
viejo.*

Aquel rostro recordó callado mis palabras,
Veronica al fin, musa tardía. ¿Por qué me sentía tan
viejo y cansado?

-Fueron bellas tus palabras, Eminescu.

Y grandes también mis pecados según contaban
mis sueños y según mi maestro callaba. ¿Quién era
Mihai Eminescu? Me recordaba al borde de la
chimenea escribiendo versos de caligrafía esmerada y
efectos secos. Me miraba en el espejo y ya no
reconocía al joven poeta, ya no reconocía a un hombre
diferente, también escritor también actor y mitad
mentiroso mitad certero. Me vi entonces y me recordé,
ya a punto de despertar de mis sueños.

Ya regresaban los coros de locos y brujas, ya se
alejaba la lujuria en la estatua, ya volvía otra vez a mi
pecado internado. Antes de volver a morir, de
despertar de mi más veraz sueño, vi su rostro y vi el
mío propio: malsano y real.

“¿Estás enfermo, Mihai? –me preguntó Veronica.

“Déjame solo –respondí al fin.

Veronica me besó en la frente, como sólo hacen las
madres, como sólo pueden hacer las amantes.

*Entonces tú te acercas por la oscuridad, sonriente,
blanca como la nieve invernal, dulce como un día de verano:
te sientas en mis rodillas, querida, tus brazos rodean
mi cuello... y tú con amor miras mi rostro que palidece.*

Ella era bondadosa y gentil, pero el somnoliento
Mihai no la quiso. Fue la otra malsana y de piel blanca,
estatua y santa y bruja, y su nombre fue Teresa, hija del
delirio y las inyecciones de mercurio. Fue la otra
Veronica, fue mi otra, siempre Veronica. La que

contemplé en el espejo antes de perder la cordura, fantasma y buscado sueño. Yo te expulso de mis noches y te condeno al otro mundo, el que no existe, el de los doctores y locos. ¿Sería ella la que aquel día me vino a visitar?

*Con tus brazos blancos, delicados, redondos, perfumados,
tú encadenas mi cuello, sobre mi pecho apoyas tu cabeza;
y como salida de un sueño, con manos blancas, dulces,
tú vas apartando los mechones de mi triste frente.*

Me gustaría volver a mirarme y volver a mirarte, pero temo que mi traicionera mente me engañe, temo no recordar mis palabras, temo haber olvidado las tuyas. Ahora, ya poeta ya loco, ya sediento otra vez de palabras, llamo al maestro que se aleja en mi sueño y me saluda con mis propios versos. Qué delicia esperar de nuevo la noche, qué delicia esperar de nuevo el delirio, otra vez insano, otra vez innegable y ficticio.

Creo que estoy despierto.

*Alisas, despacio y perezosamente, mi frente tranquila
y, pensando que estoy dormido, astuta, posas tu boca de
fuego,
como el sueño, sobre mis ojos cerrados y en medio de mi frente
y sonrías, como se ríen los sueños en un corazón amado.*

Mihai Eminescu

CAPÍTULO III

Sueño tercero: la extraña historia de Samarago Capgras

Intervienen: Mihai Eminescu, Friedrich Holderling,
Jose Saramago

Anoche tuve un extraño sueño: alguien me entregó un libro y un bisturí.

Hoy he ido a ver al médico y ha pronunciado una dura palabra: Capgras.

Mi nombre es Saramago y soy escritor pero miento, porque mi nombre no es José.

Hoy he ido al médico con mi libro "Ensayo sobre la Ceguera".

Sé que no he sido yo quien lo ha escrito, sino otro ser que no tiene piedad y me atormenta y tiene también nombre y es escritor y se llama José y es portugués.

No pretendo mentiros: ellos mienten y dicen que estoy enfermo pero qué gran mentiroso es José Saramago.

"La idea delirante de que otras personas, normalmente muy cercanas al paciente, han sido reemplazadas por dobles exactos, que son impostores".

Quiero escribir un libro sobre esto pero no encuentro la primera frase.

Hoy he ido a ver al médico y ha pronunciado una dura palabra: Capgras. ¿Cómo ha conseguido el médico adivinar el nombre del protagonista de mi libro? José, el que no soy yo pero -lo reconozco- se me parece. Se parece tanto a mí que, a veces, bromea conmigo y retira el espejo y dispone sus facciones e imita que soy yo pero yo no le creo. Es un hombre hábil el que se hace llamar José. Me ha estudiado y conoce todos mis movimientos y me ha estudiado como si yo fuera un hámster.

Me dice que escriba sobre el mal de Capgras que será un gran éxito. Es cuando no reconoces a un familiar y crees que ha sido sustituido por un doble. Entendería que me dijieran que no sé cómo es mi hermano porque tengo la vista cansada pero... hasta el punto de no reconocer su rostro y entrar en el delirio, eso sería imposible. Sería un buen libro, en todo caso.

Me gustan estas cosas sobre desequilibrados pero nunca he sido uno de ellos. Hablo como uno de ellos y me comporto como un loco, es cierto, pero nunca he sido uno de ellos. Soy un personaje de ese hombre que ha sido premio Nobel y se hace llamar José Saramago y ahora estoy naciendo. ¿Por qué habría de ponerme su mismo nombre? ¿Por qué jugar conmigo para hacerme sufrir? Me ha dado pies y manos, y puedo caminar (o tener la sensación, que todo puede ser). Recuerdo la primera vez que me enamoré pero ya no sé cómo encontrarla: ¿acaso son éstos los comentarios de un personaje? Claro que no, son los comentarios de un hombre que ha vivido y ha tenido sueños y aspiraciones y un día se imaginó ser un personaje de un escritor portugués. Creo que indagaré y pronto conoceré la respuesta.

Mañana regresaré a ver al médico y le preguntaré la verdad.

Es un juego del creador que se esconde.

Y el creador quiere que vaya al médico.

Anoche tuve un extraño sueño: alguien me entregó un libro y un bisturí.

"No reconozco mi rostro, le dije.

"¿Qué clase de loco sueña con su propio rostro?, contestó.

Fue entonces cuando lo supe y pregunté acelerado, inteligente:

-¿Es usted de Rumanía, señor?

Lo supo al momento y al momento sonrió porque estaba seguro de que me había dado cuenta: ¿se han encontrado alguna vez encerrados dentro de un relato? Una vez escribieron algo en prensa sobre mí. Se trataba de una chica inteligente que hablaba varios idiomas. Se llamaba como la primera mujer, Eva. Se llamaba al revés, como en el lenguaje de los dioses. Decía que el autor, Saramago, me había llamado OGAMARAS y que era la víctima de mi propia ficción literaria. ¿Estaba encerrado entonces en un libro? Tomaba café con leche y en el texto, automáticamente, salía que tomaba café con leche. No podía parar de leer y se lo dije:

-Usted es Eminescu.

¿Se han encontrado alguna vez con su propio yo en la consulta de un médico? Ardía porque tenía fiebre en el otro mundo, el de los locos y cuerdos, el de los sanos y médicos.

Vanidad por su espejo, de Tiziano.

Yo no soy vanidoso, al menos según mi creador Saramago. Me miro y aún no puedo reconocer mi piel ni mis músculos ni mis venas. ¿Fue vanidoso Eminescu? Creo que el doctor es un hombre vanidoso, sí. Le observo y he notado que peina sus cabellos cada mañana con esmero y he sentido como se contempla en el espejo y...¡ah! ¿tampoco tú te reconoces, Eminescu? Él se mira despacio en un cuadro de Tiziano y ve a la mujer que existe en el lienzo y en el propio autor: no será ya por más tiempo Tiziano sino el propio Eminescu, porque está encerrado en su propio sueño. ¿Qué podría hacer para liberarlo?

"No es su labor como paciente, Capgras, liberarme. Es ésa labor mía y, si sigue mis consejos, pronto podrá salir de aquí, si eso es lo que quiere.

El doctor se burla de mí y dice que no puedo escapar del sueño maligno que me rodea. ¿Quién me ha dejado esta nota? Hay sobre mi mesilla una nota firmada por

un amigo F.H., no conozco a nadie con esas iniciales, sólo a un escritor llamado Friedrich Holderlin. ¿No sería ridículo que un espectro me dejase una nota? Me siento extraño pero me acerco y la leo:

"¿Verdad que es extraño, poeta, convertirse en personaje de tu propia obra?". Una palabra me llama la atención sobre el resto y me hace sospechar: poeta. Por tanto, estoy en lo cierto y el médico me ha mentido. El médico me llama Mihai pero en realidad él es Mihai y yo soy Saramago, enfermo en una institución. Mi enfermera se llama Eva y ha escrito sobre mí porque en otra vida me admiró y soy también portugués. Es un país extraño Portugal en el que no quieren a los portugueses pero tampoco quieren a los extranjeros.

Ahora sé que no sueño porque me puedo preguntar si sueño y eso es algo muy importante. Siempre me miro desde fuera y me digo: ¿estaré soñando? Tardo algunos momentos en despertar y tardo algunos instantes en percibir la realidad que cae, somnolienta. Cuando en el propio sueño me digo: sí, estoy soñando... entonces me tranquilizo y logro controlar el sueño, como si ya fuese yo quien escribe estas líneas, como si fuese yo quien en realidad coge la pluma e imagina su propia pesadilla y entonces le digo al doctor:

-Mi nombre es José Saramago y he sido premio Nobel. ¿Quién diantres es usted para discutir con un premio Nobel?

Me mira despacio y, sonriente, me da la razón y dice finalmente:

-Mi nombre es Mihai Eminescu.

VANIDAD

La palabra vanidad viene del Eclesiastés: *vanitas vanitatum omnia vanitas* (vanidad de vanidades todo es vanidad). ¿Qué placeres mundanos me permití yo, Samarago? Niguno, amigo Eminescu, niguno. Te veo

peinando cabellos y te miro en el espejo, tan cuidado tan esbelto tan sano tan cuerdo. Yo soy un enfermo mental llamado Saramago Capgras que vine a esta institución no hace mucho tiempo y que no hace mucho tiempo comencé a tener sueños terribles motivados por las fiebres. Lo peor del asunto es que, aun sabiendo que estoy dormido, no consigo despertar y entonces me imagino ahogado en mis propias palabras y soy un escritor convertido en mi propio personaje, como quien vive en el filo de ese espejo, entre dos mundos similares que no se comunican, en un cero matemático.

Mi autor tiene mal carácter, de eso estoy seguro: me llamó Capgras en honor al famoso mal que hace tener la sensación al paciente que un familiar ha sido sustituido por un doble perfecto... como si Saramago y Ogamaras fueran el mismo. ¿Se imaginan vivir a ambos lados del espejo sin llegar a saber jamás de la existencia de tu doble? Puede que el autor planeé sustituirme en determinado pasaje. Sería terrible pero también liberador, porque así podría por fin escapar de mi sueño que es en realidad su sueño. Entonces podría salir de esta institución en la que, estarán de acuerdo conmigo, me han internado simplemente para ser el protagonista de la historia. Sin mí no hay historia, ¿es acaso eso vanidad? "Para nada", exclamaría cualquier buen lector. Aquí estoy como lector para seguir sus aventuras y también sus veleidades. No las del autor. ¿Han pensado alguna vez en los escritores? ¡Qué importantes se creen con sus pipas y sus libros en varios idiomas! En realidad a nadie les importa nada. ¿Qué sería de ese libro sobre un autor rumano escrito por un autor español sin este otro escritor portugués? Yo se lo diré, lectores: nada de nada, la esencia de todo libro u obra de ficción proviene de la propia ficción de sentirse engañado por un autor. A mí, como personaje de esta pesadilla, ya sólo me importa el origen del sueño y las consecuencias, ¿podría

ser capaz de abrir el libro y pasar unas cuantas páginas para saber cómo termina mi historia? Para nada me importa el autor portugués encerrado en una cama y amordazado porque en realidad no soy yo porque soy Capgras y eso me sugiere que es él quien puede que no sea él, porque puede que mi autor me haya creado con una enfermedad mental, pero yo soy yo dentro y fuera del sueño: Saramago Capgras.

El médico me ha dicho que debo reflexionar sobre el asunto de creerme un gran escritor rumano: ¿por qué diantres sigue tratando de confundirme? Eminescu sí fue un gran escritor rumano que tuvo un final terrible que nadie conoce ya. Parece ser que fue presa de unas fiebres y nada se sabe de su aspecto ni de su condición en los últimos meses de su vida. ¿Murió en un sanatorio cómo éste amordazado y vejado? Sé que el médico es Eminescu y por eso se hace llamar Eminescu en este texto que ahora mismo se escribe. ¿Y si lograse pasar esas páginas estarían en blanco porque aún yo no las habría vivido? Es una idea interesante que me dio el propio médico: te han puesto aquí para darme miedo y hacerme temer con la muerte. ¡Brillante pero ineficaz, amigo mío! Tengo a otra persona que me deja notas cada vez que quiero y le puedo pedir consejo. Por ejemplo, si digo: ¿dónde estoy? Entonces casi inmediatamente aparece una nota sobre mi mesa y dice: "*en un sanatorio*" y firma esta vez Holderlin directamente. Claro que para qué seguir fingiendo si ya había descubierto su nombre algunos párrafos antes.

Es extraño no tener intimidad por el hecho de ser personaje. Holderlin puede conocer todos mis pasos pero en cambio yo ignoro todos porque sólo soy consciente de mi propia realidad. ¡Qué vanidad tan grande la del escritor que escribe su propia historia!

Cada pensamiento que tengo queda automáticamente reflejado en estas líneas y cada uno de

mis movimientos está medido y calculado para lograr un efecto que sólo el autor conoce pero creo, y no estoy de esto muy seguro, que yo soy el propio autor y por eso me llamó el autor (yo mismo) Saramago. Me da miedo la idea de pasar algunas páginas y encontrarlas en blanco pero también me seduce la idea de ser mi propio autor y, en esas páginas en blanco, dibujar algunas líneas y construir mi propio futuro pero también sé que eso sería imposible porque entonces, y como soy un loco inteligente, estaría condicionando mis propias acciones anteriores y además: ¿qué sentido tendría? Si soy yo quien escribe la historia entonces la historia llegará al lugar que yo decide sin necesidad de ir adelante y correr el riesgo de no poder regresar al punto de inicio y retomar la narración.

Me siento vanidoso.

"¿Qué se siente al ser un poeta reconocido?

Eminescu no responde porque tampoco él puede pasar las páginas y mirar lo que ni él mismo ha sido capaz de escribir.

"Sé que no puede saberlo, pero yo sí porque, aparte de premio Nobel, soy el autor de esta historia, ¿me comprende?

El médico me mira con resignación y sé que me considera loco, pero es mentira, porque soy el autor loco de este libro que ahora se mira en el espejo y contempla a una mujer llamada Veronica pero prefiero callar ante el médico porque no sé si sabe que lo sé y desconozco si también él lo sabe. ¿Y si fue él sustituido por otro Eminescu y sus recuerdos son prestados? Entonces el asunto encajaría a la perfección y entonces el médico no sabría quién es Mihai Eminescu y entonces, ¡sí, es ésa la razón de mi apellido! Eminescu tiene sus rasgos y sus facciones y su pelo largo pero no es el admirado poeta rumano sino un impostor.

Ahora comprendo a mi creador, sea quien sea el que camina al filo del cortante espejo y me digo:

"Te llamarás Capgras para que así seas sabio y loco a la vez, y en sueños sueñas extrañas pesadillas y en vigilia imagines extraños dobles.

Si me llamo Capgras fue para que me diese cuenta de la terrible verdad: el doctor ha sido sustituido por el poeta o al revés, que todo puede ser. Todos tenemos ese momento extraño de lucidez que ocurre a veces y que, sin tener la razón de algo, se obtiene sin embargo la certeza sentimental del hecho. No hay fallo en esto y ahora entonces yo lo sentí y estoy totalmente seguro y quiero seguir hablando porque estoy feliz y contento y mi mundo son ahora mis palabras y estas páginas que se resisten a cerrarse.

Ahora miro al doctor yo con menosprecio sabedor de que soy yo y no él el autor de este libro.

"Creo que cambiaremos de tratamiento, me dice.

Yo le sonrío como sonreímos los locos: ¿acaso no te he dicho que soy el autor? No importa, porque Eminescu no me va a creer y sigue pensando que es él quien me administra las medicinas y no yo.

"Claro que sí, doctor. Es usted un hombre sabio y sabrá llevar bien el tema de la medicación.

En ese momento podría haber pensado: "no habrá más medicamentos, Capgras, está usted curado". Entonces mis pensamientos se habrían convertido en letras y mis letras en palabras y mis palabras en frases y el doctor habría dicho:

"No habrá más medicamentos, Capgras, está usted curado.

Pero fui creado como loco que no como tonto: ¿qué habría sido entonces de mí? Habría firmado mi sentencia de muerte y aún no quiero salir.

"¿Se volvió usted loco, Mihai?, pregunté.

Anoche tuve un extraño sueño: alguien me entregó un libro y un bisturí.

Bien sabía que la forma correcta de escribirlo en mi tiempo sería:

-¿Se volvió usted loco, Mihai? -pregunté.

Pero soy un hombre respetuoso que conoce la verdad y como he sido premio Nobel conozco al rumano y sé qué antes se escribían los diálogos. No quiero confundirle y es por eso que escribo así.

Entonces se me ocurrió la gran idea y justo entonces decidí olvidarla y solicitar una nota a mi mentor. La enfermera entró en aquel mismo momento y me entregó la nota: "*Olvida lo que has pensado, hay lectores en todas partes. F.H.*".

A estas alturas de mi historia conozco ya la verdad y sé que está usted al otro lado del libro. Le estoy viendo, amigo lector. Y sé que a estas alturas del relato conocerá perfectamente mis motivaciones y mis intenciones, pero estará de acuerdo conmigo en que, por el momento, deben permanecer ocultas no sólo a sus inquietos ojos, sino también a los míos. Comencé a pensar en otra cosa y recordé un sueño que tuve la otra noche: una monja era despedazada por el convento con objeto de arrancar su santidad. Un extraño sueño que me hizo olvidar mis cavilaciones y manejarme como obran los locos, sin un plan establecido de antemano. Bien sé que existe un plan pero no puedo verbalizarlo porque entonces el propio Eminescu le pondría fin, porque he notado en sus cabellos que es un gran lector y que nada se escapa a su control en este hospital.

Sí, he decidido fingirme loco y he decidido en estas líneas que el propio doctor sepa la verdad: ¿no es acaso el primer síntoma de locura no reconocer la propia inconsciencia? Yo conozco su nombre y él conoce el mío aunque lo ignora. ¿Qué sucedería si decidí ignorar mi nombre? Las consecuencias serían terribles.

¿Conocen esa parte de la religión que afirma que el futuro del hombre está impresa en el nombre? Entonces si decido cambiar mi nombre por Jose o por Eminescu... ¿imaganan las secuelas de dicho acto? ¿Se imaginan si llego a llamarme Jose Saramago o Mihai Eminescu?

Todo esto de alguna manera me hace temer por mi propia alma: me siento más cómodo pensando que alguien en este momento me está pensando y que, de esta misma manera, no soy responsable de mis actos. Ser autor es algo así como convertirse en Dios dentro de una creación que se construye en torno al propio sujeto pensante. Es realmente terrible, se lo aseguro, amigo lector. Si imagino que Eminescu sufre una depresión nerviosa y no logra superarla y no encuentra consuelo y decide entonces sesgar sus venas y cierra las puertas y su sangre mana a borbotones y en la locura el candil se cae y mana el aceite y las cortinas se incendian... ¿qué sería del expediente de Saramago Capgras? Todos los expedientes se guardan en su despacho, y con ellos todos nuestros secretos, también los tuyos.

Algo oculta Eminescu. Es lo que se llama intuición.

-¿Cree que le engaño, Capgras? -me preguntó en escritura moderna, primer síntoma de que sabe qué estoy tramando y que ha leído mi relato. ¿Puedo mentir a mi propio personaje? Es una mezcla entre soberanía y vanidad, entre potestad e impotencia.

-¿De qué serviría contarle lo que ya conoce, Eminescu? -contesté inteligente y algo malicioso-. ¿Sabía acaso que sus días terminarían encerrado en una institución mental? ¿Sabía acaso que sus versos serían recordados? ¿Sabía acaso que, en su delirio, se encontraría con otro escritor?

No contestó (claro), porque sabía que también yo conocía todas las respuestas, que también yo venía de

ese mismo sueño al que llamamos literatura. Tenemos por lo tanto tres sujetos compositivos del relato: autor (yo mismo), personaje (Eminescu) y lector. Siendo estos tres los personajes principales en torno a ellos giran una enfermera que no tiene demasiada trascendencia en la historia y un personaje que no tiene voz pero sí incidencia, F.H. La solución al relato está clara pero no ha de ser verbalizada porque entonces el relato se borraría en el mismo momento en el que el lector, conocedor del final, tiene la posibilidad y la certeza de la misma resolución. Si cualquiera de los personajes principales salta algunas páginas y lee la última frase el relato, y nuestras propias existencias, darían al instante por finalizadas. Llámenlo "espíritu de supervivencia" o "voluntad de existir" o llámenlo "literatura", pero lo cierto es que el relato existe porque el lector continúa leyendo e interpretando el relato de alguien que se cree autor.

No me considero vanidoso pero miro el cuadro de Tiziano con una mujer llamada Veronica y me pregunto: ¿sintió el mismo artista este miedo atroz a dar por finalizada la obra? El acto en sí constituye un suicidio y sólo en el siguiente cuadro el personaje de Tiziano volvería a nacer como un nuevo dios distinto al anterior. Quizá si logró escapar de este sueño vuelva a nacer con otro nombre (les confieso que odio el nombre de Capgras, les confieso que creo que Eminescu me engaña, les confieso que siento la presencia de otro cuarto personaje que oculta maneja los hilos y nos controla). ¿Y si existe ese Dios verdadero en el relato que ha planeado asesinarnos a todos? He sido premio Nobel y siento una presencia extraña que me controla, sí. Sé que intentará acabar con nosotros porque tal vez él no me considere autor de esta terrible obra que me incluye y la incluyo. ¿Cómo poder escapar de un hombre que todo lo sabe? ¿Y si Eminescu, en vez

de entorpecer el camino, me diese las claves para que yo mismo como creador construyese realmente este relato?

Lo primero que no cuadra en todo el relato son las fechas. El denominado "mal de Capgras" fue nombrado de esta manera en honor a su descubridor, Jean Marie Joseph Capgras, quién denominó a este problema "ilusión de dobles". Todo esto, que pueda parecernos ajenos a nosotros, lector y autor, personas cuerdas y cabales, fue enunciado en mil novecientos veintitrés. Mihai Eminescu falleció en mil ochocientos ochenta y nueve, por lo que (reconozcámolo) el doctor es una imagen doble del propio escritor rumano que ha sido trasladada a este espacio y a este tiempo por un ente ajeno al propio Eminescu. ¿Yo mismo? Es probable y a la vez la pregunta me plantea las siguientes dudas:

-Si fui yo mismo quien creé al doble, ¿cómo he sido capaz de olvidarlo?

-Si fui yo mismo quien creé al doble y lo he olvidado, ¿no habré sido también yo víctima de un ente ajeno que me ha cambiado?

-¿Puedo ser yo mismo el que me ha cambiado por un impostor para así convertirme en creador y personaje?

-Y la más importante de las preguntas: ¿por qué?

Fue entonces cuando, casi sin pensarla, una nueva nota apareció sobre mi escritorio: "*¿Y si se tratase de un sueño doble? F.H.*". Mi amigo es inteligente pero, a la vez, tampoco puedo confiar en él. La hipótesis del sueño doble viene a decir que un sujeto sueña y que este objeto del sueño (él mismo transformado) vuelve a soñar con: a) el sujeto que sueña en la realidad y; b) el sujeto soñado. Habría entonces un tercer sujeto soñante que sería yo y que se comunica de una extraña manera, con el primer sujeto y con el segundo.

Me siento poderoso: ¿por qué Holderlin me ha entregado esta nota? ¿Teme acaso que despierte al

segundo sujeto o es precisamente lo que él quiere? No, ya me ha sucedido antes: F.H. me proporciona las respuestas que yo deseo y, por tanto, me benefician sus respuestas porque soy yo mismo el autor de las respuestas y del relato.

Veo claro mi objetivo y quiero callarme pero ya no puedo:

Quiero despertar de mi personaje.

Yo mismo me he dado las claves.

El doctor calla impotente.

Quiero despertar.

Han transcurrido algunas horas y me siento descansado. Encontrar una solución al problema ha sido trabajoso pero ahora me siento con energías renovadas. En el pabellón hay locos por todos lados. Parece que sus lamentos lleven cierto orden porque despacio unos relevan a los otros, de tal manera que se escucha una plegaria constante durante todo el día. Me doy cuenta de que existe un hombre casi idéntico al doctor en una de las camas. Él no se queja y permanece con los ojos abiertos mirando al techo, casi en estado catatónico. Quizá sueñe con Santa Teresa o quizás esté soñando mi propio sueño. Se parece a Eminescu pero no es Eminescu: sus labios están agrietados y su frente cansada. Creo que sería el ideal.

-¿Ha visto al paciente del pabellón C? -pregunté al doctor.

-¿A quién se refiere? -preguntó malvado.

-Al que no se mueve y no canta como el resto de los locos. Está amordazado y recibe un tratamiento a base de mercurio.

-No sé de quién me habla -respondió volviendo a eludir mi conversación.

Decidí no insistir más. Ya había comprobado que el doctor también conocía el juego porque acababa de leer

mis líneas. ¿Cómo no darse cuenta de semejante parecido, aún tratándose de un hombre de más edad?

Hay en el sanatorio dos clases de hombres: los amordazados y los que pueden caminar libremente por las instalaciones. Miro el rostro del hombre enfermo que se parece al doctor y me doy cuenta de la terrible verdad, casi al instante, como si siempre hubiese existido pero aún no estaba preparado para aceptarla: todos los pacientes que tienen derecho a caminar libremente están en estos momentos mirando a otro paciente que es idéntico en facciones a ellos mismos, pero ellos están libres y los otros enfermos. En estos mismos momentos en los que yo miro al ser idéntico al doctor ellos miran a seres idénticos a sí mismos: ¿súos dobles?

Como autor pienso y como autor respondo y me pregunto: ¿y si ellos mismos se estuviesen dando cuenta de la terrible realidad porque yo mismo en este momento he decidido darme cuenta de mi objetivo? Los cantos de los locos vuelven a tomar forma y esta vez me parecen bellos, esta vez me parecen claros y esbeltos. Es entonces cuando niego todos los principios anteriores y me digo: soy el creador de esta historia, el verdadero y único, el sujeto que sueña, ¿acaso hay una mejor definición de dios? Más de una vez me encontré como ahora presa de un sueño del que no quiero ya más despertar, más de una vez me encontré encerrado queriendo despertar, pero bien sabiendo que esto es un sueño. No, no les diré: estáis mirando al hombre dormido que os sueña, a vuestro dios, pero yo soy vuestro verdadero dios porque en realidad sólo estáis mirándolo porque yo he querido que justo en este momento lo miréis.

Decidí hablar con el doctor sobre el hecho después de haberlo escrito, no tendría que preguntarle demasiado:

-¿Y si usted también es un doble de otro hombre que permanece dormido y está soñando con usted?

El doctor Eminescu guardó silencio por un momento.

-Su nombre es Saramago y soy escritor pero miente usted, porque el nombre no es José sino Capgras.

¿Dónde había escuchado antes aquellas palabras? Me sonaban familiares pero a la vez extrañas y misteriosas. ¿Quizá al comienzo del sueño? Es probable, pero no podría dar marcha atrás porque corría el riesgo de entrar en un bucle literario.

-Dígame doctor, ¿qué pasa si el paciente no despierta del sueño?

Eminescu sonrió, supe entonces que también él había conocido la verdad y que también él había pensado en tomar un bisturí y abrirse las venas para así poder despertar, en quemar también los archivos todos para poder borrar el nombre de Mihai Eminescu de los archivos y ser al fin libre.

-¿Quiere usted realmente despertar, Capgras?

¿Acaso se plantea un dios si quiere realmente ser dios? ¿Me preguntó alguien si quería ser el creador de esta historia? No es por vanidad, no. Estaba preparado y soñé por un momento y me reconocí en aquel cuadro de Tiziano como autor de mi propio sueño.

-Dígame, Capgras -prosiguió-. ¿Y si al despertar se encontrase en una cama postrado, amordazado... imaginando que está siendo tratado por inyecciones de mercurio? Digamos que en otra vida fue usted un gran poeta rumano, como yo... que ha tenido una crisis y que se encuentra al borde de la locura, soñando con poder escapar pero en realidad sin poder jamás conseguirlo. ¿Querría despertar a esa realidad? ¿No es mejor estar loco?

Sonrió y supe que quería realmente ayudarme, que realmente tenía en el doctor un alma gemela y un

espíritu afín. Una nueva nota llegó, depositada en la mesa del buen doctor: "*¿Realmente quieres despertar, Eminescu?*" La nota no iba firmada esta vez, pero bien sabía que no era de mi amigo F.H., sino del propio doctor, que la había dejado allí en un terrible despiste por mi parte. Sonrió de nuevo como repitiendo: "*¿Realmente quieres despertar? Sabes lo que hay que hacer, Capgras*".

Regresé a la habitación de los locos y me acerqué al cadáver de Eminescu. Aún respiraba, sí, pero estaba totalmente amordazado y sus brazos eran de una delgadez extrema, corroídos por mil venas que se dejaban entrever azules a través de su microscópica piel. Su cabello había sido cortado para evitar las infecciones de piojos, tan frecuentes en aquel sanatorio. Me acerqué un momento venciendo los sentidos de olfato y vista y sin dudarlo le pregunté:

-*¿Realmente quieres despertar, Eminescu?*

Por el rabillo del ojo sentí el movimiento de los locos y sus pétrulas imitaciones. Todos ellos se habían acercado a sus respectivos dobles o sujetos soñantes y les preguntaban igualmente:

-*¿Realmente quieres despertar, loco?*

Esperé unos momentos mientras miraba el rostro de Eminescu calcificado, escondido tras un mar de pensamientos inútiles, soñante y somnoliento. ¿Qué hombre ha querido alguna vez despertar de su pesadilla? Su cráneo había sido golpeado en la zona izquierda, probablemente lo habían creído muerto y le habían ya aplicado los golpes de rigor. ¿Había despertado? Respiraba profundamente, como sólo hacen los niños en sus dulces sueños. Me hubiese gustado que despertase en aquel momento, pero bien sabía que no era ése el final de su sueño, que no era ése el final del sueño de Saramago.

De entre los labios resecos se filtraba una especie de inscripción blanquecina, como si algo de entre sus labios se filtrase queriendo escapar. No lo dudé un momento y me dispuse a investigar. Una nueva nota se apareció de entre los dientes de Eminescu: "*Habla con el avaro bibliotecario. F.H.*"

¿Quién era ése al que apodaban "el avaro bibliotecario"? Sólo un hombre podía responder a tal pregunta y a él me dirigí. El doctor comprendió pronto la información y pronto se introdujo en sus archivos y pronto, muy pronto, sacó algunos expedientes que contenían la información que necesitaba:

-El avaro bibliotecario -comenzó el doctor- fue un escritor argentino que escribió un texto acerca de la biblioteca de Babel. Llena de salas hexagonales, la biblioteca contenía todo el saber y todos los libros a través de sus salas. En la biblioteca de Babel existían todos los libros que habían sido escritos y todos los que aún estaban por escribir. Pero el avaro también perdió la cordura en sus propios libros. Una vez escribió uno acerca de una vieja leyenda judía, el Gólem...

El doctor sonreía, supo al instante que estaba comprendiendo y que era yo precisamente el que le liberaría del sueño.

-El Gólem -prosiguió- era una criatura creada artificialmente...

-Un doble -preseguí.

-Puede ser un doble -prosiguió-. Hay que grabar en su frente la palabra hebrea Emet que significa "verdad"; para matarlo, basta con borrar la primera letra, de tal manera que tendremos Met, que en hebreo significa "muerte". Mira, Capgras.

Y el doctor me mostró un libro en caracteres que creía desconocer pero que, sin embargo, comprendía.

-El lenguaje de los dioses -dijo el doctor.

Sonrió de nuevo y supe que me reconocía como creador de aquel sueño. Sólo yo podía dar fin a aquello y sólo yo estaba destinado para tal fin.

-Un cadáver -dijo el doctor-. ¿Qué te parece la idea, Capgras? ¿Qué podríamos hacer con un cadáver idéntico al sujeto durmiente? ¿Te imaginas que pudiésemos devolverle a la vida y así sustituirlo por el sujeto que sueña? El sujeto estaría completamente liberado y pondríamos a un doble en su lugar y así el que sueña podría volver a la vida y ser libre...

Le comprendía como si sus palabras hubiesen sido pronunciadas por mí mismo. Comprendí entonces el sentido de los sueños que atormentaban al buen médico y sus deseos de destruir los archivos y sus razones todas: destruyendo los archivos eliminaba todo rastro de aquel otro Eminescu que ahora yacía sin vida, liberando al buen doctor de su cárcel.

Desde el pabellón C se escuchaba el coro de locos. Ahora lloraban porque sus dobles no contestaban, ahora lloraban porque sus dobles permanecían callados y quietos. No soy vanidoso, pero sólo yo tenía la posibilidad de liberarlos a todos, sólo en mis manos estaba la posibilidad de terminar con aquel sueño que me daba el poder sobre todos los vivos y sobre todos los muertos.

-Toma el libro, Capgras, y haz un buen uso de él.

Sobre el lomo figuraba la inscripción: *El Gólem*, de Jorge Luis Borges. Desconocía el nombre del escritor pero algo me dijo que pronto sabría de quién se trataba. Carecía de importancia por el momento. Tomó el buen doctor el bisturí y lo puso en mis manos, bien sabía qué significaba.

Anoche tuve un extraño sueño. Alguien me entregó un libro y un bisturí y me pidió callado la muerte. Se llamaba Mihai Eminescu y por una extraña razón yo, Samramago Capgras, fui encargado de poner fin a su

sueño. Porque nadie quiere despertar, porque ya nadie quiso nunca dejar de soñar.

Tomé el bisturí y le hice certeras incisiones hasta que de entre sus venas brotaron lágrimas a borbotones. El doctor sonrió y comprendí.

Y su frente sangraba pero su alma sonreía, mientras el paciente de la otra sala comenzaba ya a despertar, ya a gemir, ya a cantar como sólo un coro de locos puede cantar.

Eminescu comenzaba a derrumbarse. Le ayudé un momento y me tomó del brazo para juntos caminar hasta el pabellón C.

Quité las mordazas al enfermo Eminescu y le levanté no sin esfuerzo. Despacio, como en los sueños de los que no se quiere despertar, comencé a sentir extremadamente cansado, casi sin alma.

-Démonos prisa -dijo el doctor Eminescu-. Ya el tiempo se acaba. El bibliotecario ha llamado a la puerta.

No comprendí sus palabras pero intuía su significado. Ajusté los rizos del buen doctor para no despeinarlos y le dispuse en la cama en la que anteriormente había morado el enfermo. Allí permaneció unos momentos con la frente cansada y esperé a su lado su muerte por unos momentos. El doctor me miró un momento y con la mirada lo dijo y comprendí: "*No bastará*".

Tomé entonces la almohada y la sostuve un momento sobre su rostro antes de apretar y apretar y apretar fuertemente. El doctor se convulsionaba en terribles estertores pero no lo dudé un momento, ya que era precisamente ése el motivo de mi actuación y autoría. ¿Quién iba a condenar al autor de su propia obra? El doctor me golpeó fuertemente con el brazo derecho y creo que me hizo una magulladura, idéntica a

la que el propio Eminescu en la cama cercana lucía. El mundo está lleno de casualidades.

No les negaré, amigos lectores, que un autor siente un gran placer al asesinar a su personaje. Ya no luchaba pero sentí que si cejaba en ese momento la presión el doctor despertaría y se abalanzaría sobre mí. Apreté de nuevo aún con más fuerza y me sentía dios de los hombres todos, o de los locos al menos, que se habían dado la vuelta para contemplar el asesinato.

Creo que desperté. O creo aún seguir dormido.

Cuando ya el buen doctor dejó de luchar y gemir y combatir me aparté unos momentos y tomé el bisturí y lo llevé a su rostro y tomé el libro para copiar con esmero sobre su frente marcada con sangre y viento y marea la palabra que el bibliotecario me había encargado tatuar con la sangre que ya nunca más podría borrarse:

אַמְתָּה

CAPÍTULO IV

Sueño cuarto: la Biblioteca de Babel

Intervienen: Mihai Eminescu, Jorge Luis Borges y otros

Desperté arrojado en mi propio sueño. Mirando al techo mil veces había tratado de imaginar la estancia, el coro de locos y las enfermeras, mil veces me había preguntado por el color de las paredes, por la propia estancia.

-¿Dónde estaba? Era el sanatorio, sí, y por fin me había quitado las mordazas. Era yo pero no era yo otra vez. En la cama de al lado, en la que tanto tiempo había ocupado, yacía un hombre joven de rasgos similares a los míos, pero no era yo.

-El buen doctor -dijo un individuo al que no conocía pero que, sin embargo, tenía la sensación de haber escuchado anteriormente-. Mi nombre es Saramago, Saramago Capgras. Yo te he liberado.

El hombre lucía profusos anteojos y vestía también de azul, por lo que deduje que se trataba de otro enfermo. El enfermo de la cama de al lado había sido recientemente tatuado en la frente con caracteres hebreos: תְּמָן.

Aún sangraba.

-Para que así no pueda ser destruido, Eminescu -dijo Saramago.

-¿Dónde está Holderlin? -pregunté.

-Te espera al otro lado, Mihai. Ahora...

Hasta el momento no me había fijado en los locos, que empezaron a gritar al unísono, asustados, implorando a sus dobles despertar, zarandeándoles.

-¡Corred! -gritó Samarago-. ¡Corred!

Y los locos comenzaron a correr y a tropezar unos con otros, haciendo círculos unos, corriendo otros en líneas rectas y topándose contra las paredes. Caían y se retorcían para volver a levantarse inmediatamente y comenzar de nuevo el baile.

-¡Corred! ¡El avaro bibliotecario!

AVARICIA

Observaba al hombre de los profusos anteojos cuando de la nada se precipitó sobre su cráneo el bastón de plata que le golpeó repetidas veces. Lo sostenía un hombre anciano que parecía carecer de fuerza. Se derrumbó Saramago presa del delirio del viejo, que seguía golpeándole sin cesar, despojo del espejismo y de una fuerza descomunal. Capgras, ya sin sentido ya muerto, sangraba a borbotones cuando el anciano dispuso su pie sobre la barbilla de su víctima y me miró:

-¡Para que no se mueva! -gritó ya fuera de sí-. ¡Para que muera tranquilo! ¡En nombre de la Biblioteca! ¡En nombre de Borges!

Y alzó su bastón al techo y le golpeó hasta perforar su cráneo. Gotas de sangre mancharon mi rostro mientras sentía el crujir de los huesos rotos.

-¡Comed, locos! -gritó el anciano mientras se atusaba su negra corbata y sonreía y limpiaba los restos de sesos y sangre que habían manchado ligeramente el bastón con empuñadura de plata con dibujo de buitre... y los locos se precipitaron sobre el cadáver de Saramago y lo despedazaron, unos con sus manos, otros directamente con sus dientes. Estaban débiles y por ello algunos perdían piezas dentales en el proceso. El gran corrillo de locos pronto se dispersó, dejando sólo los huesos de la presa. El anciano se sentó junto a mí.

-¿Esperabas otra cosa, Eminescu? ¿Creías que escribir era sólo componer versos? Has visto la envidia que compone genios y la lujuria que concierta beldades

y la vanidad del que escribe. Mi nombre es Jorge Luis Borges y soy el creador de la Biblioteca de Babel, la que todas las lenguas contiene, la que todos los nombres doma, el lugar en el que todas las palabras mueren.

Dijo estas palabras con esmerada ceremonia, mientras uno de los locos se arrodillaba ante él en señal de respeto. No lo dudó un segundo.

-¡Aparta, loco!

Y propinó un terrible golpe con el bastón al trastornado, rompiéndole al instante la mandíbula.

-Tranquilo, Eminescu -dijo Borges sonriente-. ¿Para qué iba a necesitar este idiota la mandíbula? ¿Para recitar versos a su amada? Así está mejor, da un toque más grotesco al relato, ¿no te parece...? El problema de este sanatorio no son los enfermos, sino los Saramagos. Tengo que idear un método para hacerlos desaparecer. Nadie sabe cómo, pero esos escritores vuelven y vuelven a aparecer, no importa que haga que los locos se los coman o que los encierre en el estómago de una ballena. Acompáñame, Eminescu -dijo amenazándome con el bastón con cabeza de buitre-. Tengo algo que enseñarte.

Borges caminaba entre los locos con naturalidad, golpeándoles con su bastón con una agilidad desmedida, abriendose camino entre una marabunta de orates sin rumbo. Llegamos al pasillo en donde reinaba una calma absoluta.

-¿Sabes cuál es la verdadera labor de un bibliotecario, poeta? Mantener a los escritores callados. ¿Te imaginas si se siguiesen escribiendo libros eternamente? ¡Sería el caos, por Dios!

Incluso las enfermeras, siempre tan vehementes, no osaban enfrentar sus miradas con la del bibliotecario. Tras caminar algunos pasos no sin dificultad debido a la parálisis que habían sufrido mis músculos, llegamos a

una puerta cerrada con candado que el bibliotecario no dudó en romper con un certero golpe de su bastón.

-Estas harpias siempre tratan de encerrarme! – exclamó Borges mientras abría la puerta-. No sé si son más estúpidas o feas, pero al menos sirven para medicar a los locos y así dejarme dormir un par de horas. Además, ese escritor siempre se me escapa, creo que tiene un trato con las enfermeras para corretear libremente entre ambos mundos y eso no está bien.

-¿Quién? –me atreví a preguntar.

-Un irlandés que se finge loco... hasta lleva un parche en el ojo. Es terrible porque inventa palabras y conoce cada rincón del sanatorio, es casi imposible atrapar a alguien así.

Tomó Borges una llama y la encendió para iluminar la gruta. Ante nosotros se hundía una sólida estructura similar a una cueva que parecía precipitarse hacia el interior de la tierra. Descendimos durante unos cinco minutos apartando telas de araña y pisando una especie de costra biológica.

-Al menos, las brujas podrían limpiar alguna vez, ¿no te parece? Odio la suciedad incluso más que sus narices puntiagudas de mujer. ¿Sabes, Eminescu? Odio golpear a las mujeres: chillan demasiado.

Trataba de agarrarme lo menos posible a las paredes pegajosas. A lo lejos ya se escuchaban lamentos y gritos mucho más profusos que los de los locos. Eran quejidos de terror y pánico y lucha y muerte. El bibliotecario me detuvo un momento golpeando su bastón contra mi pecho y, extendiendo los brazos, dijo:

-Bienvenido, Eminescu: la Biblioteca de Babel, la biblioteca que todas las palabras contiene, las dichas y las que están por decir. Todos los libros y todos los signos y todos los relatos... menos los de ese irlandés loco. ¡Le atraparé!

Pude extrañamente contemplar de un solo vistazo la inmensidad de la biblioteca. No regía allí ningún tipo de ley física porque estaban las salas suspendidas en el espacio siguiendo una leve movimiento gravitacional en torno a algunas esferas definidas por símbolos unas veces, por individuos otras.

-La Biblioteca que todos los libros contiene -dijo el bibliotecario-. La Biblioteca que todas las letras arrastra a su centro.

Miles de salas pequeñas estaban dispuestas, miles de ideas y miles de letras y miles de signos todos.

-Te equivocas de nuevo, Eminescu: ¡todas las letras y todas las ideas! Porque es ésta la cárcel de todas las letras. Escucha, poeta... ¿los sientes?

Mientras sentía los gritos ahogados que llenaban todas las salas, el bastón golpeó fuertemente mi rostro. Sabía que había sido un golpe certero y potente, pero mis músculos cansados apenas pudieron sentir dolor. Cerré los ojos pero caí al suelo. Borges manejó su bastón con un gesto rápido y me instó a levantarme.

-Acompáñame, escritor.

Y me dirigió a través de un sendero de humo. Las paredes estaban decoradas al estilo inglés, con papel algo gastado y plagado de retratos y libros. Me costaba respirar aquel aire viciado.

-Así es como huele lo viejo, Eminescu. Así olerán algún día tus libros también. ¡Vamos!

Tras algunos minutos nos encontramos en una celda apenas iluminada por algunas velas encendidas sobre una mesa. Al fondo había un hombre con bigote atado en una máquina de tortura: el viejo potro.

-En el potro -comenzó Borges con aire de profesor afectado-, la víctima era atada a los extremos y después se tiraba de las cuerdas hasta que los miembros se descoyuntaban. Fue utilizado sobre todo en Francia y

en Alemania... lugar del que es nuestra primera víctima.
¿Le reconoces, Eminescu?

-Friedrich Nietzsche -sentenció-, autor de "Así Habló Zarathustra".

-Muy bien Eminescu, pero no era una pregunta difícil para un hombre que estudió en las mejores universidades de Alemania.

Nietzsche lucía un aspecto terrible, con los dientes apretados.

-Si se presta atención, Eminescu, se pueden escuchar las extremidades de la víctima crujir.

-¿Por qué? -pregunté al fin.

-No soy un sádico, amigo poeta. No digo que no me guste mi trabajo, no. Adoro mi trabajo, pero no soy sino una mano que ejecuta órdenes. ¿Sabías que fue su hermana la que tras su muerte publicó algunas de sus obras sin permiso? Cuando Nietzsche llegó aquí era un loco, sí, pero también un hombre fuerte que no hubiese permitido semejante ultraje. Soy el bibliotecario y mi función es precisamente ésa: mantener los libros callados. Cada sala está dedicada a un hombre y cada sala contiene sus pecados y sus palabras. Mi labor es evitar que escapen palabras y autores y mantener esta Biblioteca con vida... No es fácil, amigo mío. Los escritores son gente extraña que, no contenta con la inmortalidad, luchan por escapar a su terrible destino... he conseguido atrapar el alma de mil inmortales y mi biblioteca crece y crece. ¿Puedes imaginar un centro mayor de saber?

-¿Por qué? -volví a preguntar mientras Borges hacía girar un poco más la rueda que activaba el mecanismo que tiraba de las extremidades del alemán.

-Imagina, Eminescu... ¿qué harían si los dejase libres? ¿Te imaginas qué pensarían de cada palabra que han escrito, que ha sido malversada y puesta fuera de contexto? Cada vez que alguien ahí fuera los utiliza para

otro fin, ahí estoy yo para tensar un poco más las cuerdas y agudizar su sufrimiento.

Y de nuevo con fuerza volvió a accionar el mecanismo, aún un poco más.

-Tres veces intentó escapar y tres veces tres recibe ahora su castigo por intentar huir.

El filósofo tenía los ojos inyectados en sangre y fijos en el espacio infinito. ¿Era aquél el peor de los sufrimientos?

-¿Está Holderlin aquí? —pregunté sin miramientos.

-El ya no puede ayudarte, poeta. No mintió, no: tuyos serán los siete sueños capitales, y es ahora mi labor mostrarte la gran biblioteca. Veremos a Holderlin más tarde, no te precipites...

Y allí abandonó al escritor, medio descompuesto medio angustiado medio inconsciente, presa del terror más absurdo. Antes de salir, Borges se dirigió a él y le echó una terrible mirada:

-¡A callar, filósofo! Tengo aún que ordenar veinte tratados sobre estupideces que han llegado a la biblioteca recientemente. Y tú, poeta, ségueme.

El bibliotecario marchaba rápidamente por entre los laberintos y papeles abandonados y caminos torcidos plenos de lámparas y puertas y símbolos por doquier, desordenados y enredados y dormidos. Me costaba seguir su paso, pero poco a poco mis extremidades comenzaron a desperezarse y sentí un extraño placer retorcido en encontrarnos con el siguiente escritor, mi siguiente colega.

-En algún rincón de este laberinto se oculta el irlandés... te prometo que algún día le atraparé.

Y nos encontramos entonces ante una elegante puerta de roble entretelada con rubíes y otras piedras preciosas.

-Mi preferido de entre los autores -dijo el bibliotecario Borges-: Jorge Luis Borges!

Ya en el interior, y al contrario que en el caso del filósofo, la estancia estaba perfectamente iluminada a través de una lámpara de siete brazos. Numerosos volúmenes la decoraban... ribeteada con algunos retratos familiares y recuerdos varios. En el centro de la habitación se encontraba un anciano igual al bibliotecario pero magullado, dispuesto bajo un conjunto que sosténía su cabeza entera. El aparato estaba coronado por un enorme tornillo destinado a hacer fuerza y presionar el cráneo. El viejo tenía la barbilla sobre la barra inferior algo gastada. Es el método de tortura conocido como “el aplastacabezas”.

-¡Ni una sola novela fue capaz de escribir! –exclamó el bibliotecario-. ¿Puedes creerlo, Eminescu? ¡Y se le considera uno de los autores más grandes de todos los tiempos!

Y giró el bibliotecario Borges el tornillo un poco más y los dientes del preso Borges crujieron.

-Lo cierto es que no puedo dejar de sentir placer al torturarte -prosiguió el bibliotecario-. Cuando presiono con la suficiente fuerza, el cerebro se escurre por la cavidad de los ojos y entre los fragmentos del cráneo... Me produce cierta envidia pensarlo, ¡sentir todo ese dolor sin llegar a morir!

Me era imposible apartar la vista de ambos hombres, iguales en complejión y gestos y rostro, verdugo y víctima. El bibliotecario, hombre fuerte y ágil, la víctima, un anciano escritor que apenas podía ya resistir el dolor. Sentía un extraño placer al contemplar la escena, una mezcla entre morbo y pena.

-Cayó en mis manos una tarde mientras rebuscaba entre algunos papeles... no fue difícil hacerle caer en la trampa y encerrarle. ¿Sabía que este hombre engañó al mundo e hizo incluir uno de sus relatos en “Las Mil y Una Noches”? ¿Puede acaso existir temperamento más mezquino y vil?

Y se acercó el bibliotecario a su víctima y fingió por un momento detener sus dedos en el tornillo.

-¿Qué te parece, Borges? ¿Acaso alguna de mis acusaciones es incierta? ¿Acaso puede mentir el que todos los libros conoce?

Rió un momento y apartó la mano... casi pude sentir el alivio del escritor, aún podía mantener una parte de su dignidad.

-¿Sabes, Eminescu? Estaría encantado de liberarle si me contase cómo atrapar al irlandés... pero el muy tonto se niega una y otra vez y yo, como buen empleado, le vuelvo a traer a esta sala y encadenar... a este aparato o a otro, no importa. Al final, todos terminan por darme lo que quiero, todos terminan por poner su pequeño granito de arena para esta gran biblioteca. ¿Me contarás lo del irlandés esta vez, Borges?

Y esta vez se dirigió rápido hacia su víctima y giró el torno un poco más.

-Imagina que tomo un microscopio y escruto los restos de tu cerebro que se escapan de entre las cuencas de tus ojos... ¿no tendría entonces la clave que tanto anhelo, argentino?

La víctima apretaba los pocos dientes que le quedaban. Una púrpura línea de sangre descendió a través de su frente y exclamó:

-¡No soy argentino, soy inglés!

El bibliotecario se enfureció por una décima de segundo para volver más tarde a retomar la calma y atusarse, de nuevo, la corbata.

-¿Ves, Eminescu? Es inútil, se burla una y otra vez, porque para mí desgracia estoy atrapado en su propia ficción.

Sacó el bibliotecario un pañuelo de su bolsillo y con mimo recorrió la sangre que caía sobre su rostro.

-Vamos, Borges, no te aflijas... los dos queremos atraparle, algún día también tú lo sabrás. Vamos, Eminescu, tengo algo más que enseñarte.

El bibliotecario abandonó la estancia apenado por el torturado. Es curioso ver cómo hasta el más cruel de los hombres puede sentir en algún momento de su vida commiseración. Sabía que ningún instrumento de tortura podría acabar con las palabras de un escritor.

-Sí, Eminescu –dijo apesadumbrado-. Es una tarea difícil.

Salimos y caminamos de nuevo, ya más lentamente, más reflexivos, más austeros y también más engañados. ¿Acaso no conocía el bibliotecario la verdad de todo aquello? Su obsesión con el irlandés parecía darle fuerzas y sostener su bastón aún con más ganas, pero sus ojos reflejaban otra vez el abatimiento del que nada espera salvo seguir recopilando, salvo continuar golpeando y haciendo sufrir... colecciónando libros o recuerdos o torturas o sentimientos.

-¿Avaricia? –se preguntó el bibliotecario en alto antes de sonreír.

Y corrió a través de mil pasillos más y se movía y sonreía y a veces se le escuchaba mascullar algunas palabras entre dientes. Cada vez más rápido, el bibliotecario recuperaba la salud mientras miraba entre las rendijas de las salas y explicaba pequeñas historias:

-¡Platón! ¿Qué tormento se te puede ocurrir para aquél que imaginó una caverna cubierta de espectros y sombras, poeta? Le administré un medicamento tan letal que nunca más pudo imaginar... ahora le tengo controlado e incluso le dejo salir a pasear de vez en cuando. Dice que sólo puede escuchar un coro de locos al otro lado de la caverna, ¿te imaginas el grado de demencia de este hombre, Eminescu?

Más tarde volvía sobre sus pasos, sobre una celda que parecía idéntica a la anterior pero que, sin embargo, estaba ocupada por otro personaje:

-¿Sabes qué hicieron los amantes de esta mujer? Le contagiaron la sífilis y murió casi olvidada. Hoy se la recuerda como una gran romántica, hoy se la recuerda como un ícono en vida... La encerré en un ataúd y la rodeé de cadenas, para que así nunca más pudiera escapar.

Había contemplado en algún lugar su rostro muerto, sus ojos caídos y su máscara arrugada. Karen Blixen, la baronesa Blixen, autora de relatos de amor y locura, autora.

-¡Algún día atraparé a ése que lleva parche en el ojo! -exclamó-. Pero es retorcido y malo, y siempre me golpea con su bastón. ¿Cómo puede correr así un hombre de un solo ojo? Es absurdo, lo sé... pero no consigo atraparle. ¡Vamos, poeta!

Y corría ya frenético mirando a derecha e izquierda, buscando al irlandés con un parche en el ojo y llegamos a una sala oscura, la más oscura de cuantas había visto, con un hombre atado de pies y manos que gritaba mientras su estómago, terriblemente hinchado, pujaba por reventar. Llevaba el cabello largo.

-Ya te lo dijo tu madre, Martín... ¡córtate el pelo y búscate una profesión decente!

Aquel hombre había sufrido lo indecible sintiendo su estómago estallar.

-El secreto de nuestro Martín Cid -dijo el bibliotecario-, es no haber hecho el más mínimo caso a su madre... ¿No te enseñaron de pequeño que una madre es siempre buena y hace lo que es mejor para nosotros? Con bellas palabras intentó la mujer que hiciese algo decente con su vida, con mejores palabras trató la buena mujer de conducir los perdidos pasos de su vástago... ¿para qué? Cada noche lleno su estómago

con café hasta que se encuentre justo al borde de reventar. La sensación se convierte en terrible y aterradora, Eminescu.

-Es difícil tenerlos callados -sentenció no sin ironía-. ¿Puedo? -pregunté al bibliotecario tomando el embudo y la jarra de café, proponiéndole también yo con la mirada convertirme en torturador.

-Éste se obstinó y escribió un libro sobre ti, Eminescu. ¿Qué te parece? Pero el fondo de su alma estaba teñida de envidia y conspiración y te dio el papel de loco en su propia historia, sin hacer caso de los ecos ni de las malas lenguas. Era su objetivo con todo esto ser excomulgado y odiado, y así obtener la fama eterna.

De alguna manera, lo había intuido en mi sueño anterior, que ahora ya comenzaba a recordar claramente... y le di también yo de beber al escritor.

-¡Bienvenido a la Biblioteca de Babel! -exclamó mi anfitrión-. ¿Sientes lo que él siente? Sí, se estremece y siente que, de un momento a otro, su estómago va a reventar. Ya no puede escuchar porque su vientre está lleno de café e inmundicia. Siento gran desprecio por éste en concreto, pero más desprecio siento por una de sus obras: "Los Siete Pecados Capitales de Mihai Eminescu". ¿La has leído, poeta?

-Aún no la he terminado -dije no sin ironía. ¿Lo sabía ya el bibliotecario? Me miró exhausto.

-¡Vamos, poeta, aún tengo mucho más que enseñarte!

Y recorrimos aquella tarde torturas de todo tipo: desde la sierra hasta la cuna de Judas, en la que se hacía caer al condenado por su propio peso sobre una punta afilada, luego se le levantaba y se volvía a comenzar el pequeño empalamiento; desde el sistema de la cigüeña hasta el péndulo, dislocando los brazos hacia atrás y después hacia arriba de los hombros, doblándolos. Recorrimos las torturas de los más grandes escritores y

las almas más mezquinas, las mil salas de la Biblioteca de Babel hasta llegar a una, una pequeña sala que, en rumano, contenía mi nombre:

-En un tiempo te ganaste la inmortalidad, Eminescu, y es por ello que serán terribles tus sufrimientos.

Sólo una pequeña mazmorra sin aparato alguno me esperaba: una silla y unas cuerdas. Sobre la silla, un barril.

-¿Quieres recuperar los versos, Eminescu?

-Quiero -respondí sin dudarlo.

-¿Han sido crueles contigo, poeta? ¿Han cambiado tus palabras y usado tus versos para edificar un mundo en el que tú no creías? Siéntate, Eminescu.

Me senté despacio.

-Creo que, en esta ocasión, no necesitaré amordazarte, poeta. Tan cruel como sencillo: ¿has oído hablar del "gota a gota"? Sólo te dispondrás aquí y dejaré caer agua sobre tu cabeza, una gota por cada una de tus palabras que hayan sido calumniadas, una gota por cada uno de tus versos utilizado con viles intereses, una gota por cada uno de tus pecados.

En el barril incorporó un regulador, de tal manera que las gotas cayeran a intervalos de tiempos iguales. Se sentó en una silla en frente de la mía y se dispuso a contemplarme.

-Recuerda, Eminescu, una sola gota.

Y la primera gota cayó sobre mi cabeza y la golpeó leve, como leves golpean las notas que repiquetean sobre el cerebro antes de dejar caer la siguiente:

Timpil... el periódico conservador de Rumanía. ¿Cómo fuiste capaz de hacerlo, Eminescu? ¿Traicionaste tus versos por unas míseras monedas? Escribías sobre política y literatura, sobre versos y satanes y poco a poco se consumió tu talento entre los tipos de una imprenta gastada. ¿Recuerdas el futuro, Eminescu?

Caían despacio las partículas de agua sobre mi cerebro que, durmiente, había por fin logrado despertar.

Y otra gota golpeó mi cerebro fuerte, rotunda, magnánima... En el futuro incierto fuiste amigo de Ion Creaga. Le admirabas y te admiraba, como dicen hoy los textos. Tomaste el cuchillo aquella mañana y te acercaste por detrás. ¿Envidiabas su vida sencilla, Eminescu? Sus versos limpios y su alma candida... esperabas el momento de asesinarle en silencio. ¿Qué dirían entonces de ti, poeta rumano? Ni siquiera tus artículos estúpidos o tus versos cansados te hubiesen librado de la condena... y otra gota más y me digo: quiero despertar y escapar. Puedo ver al bibliotecario mientras me mira fijamente y me observa.

-¿Qué piensas de mí, Borges?

-¿Importa acaso? —contestó sin dudar-. Háblame, poeta. Cuéntame tu triste historia.

-Recuerdo un poema que escribí a mi profesor. Había muerto y también le admiraba. De él aprendí grandes cosas que luego traté de olvidar... *A la muerte de Aron Pumnul* era su nombre...

Y otra gota más que me hizo recordar su nombre y comprendía lentamente: tenía a mi musa rota y mi sonrisa se clavaba en mi rostro, atravesándolo con cien mil pequeños alfileres. Estaba feliz el pequeño Mihail y olvidaba las clases de rumano y a aquel hombre que tan poco me enseñó. Realmente, su muerte había merecido la pena me dije ante aquel espejo en la gran habitación: ¿qué hay más grande que un verso? ¿Qué más grande que un poema? Y poco a poco sentí cómo su alma se elevaba y escribí y escribí sin rima, trasladando el sentimiento y la ira de su rostro que se escapaba y me inflama cien mil veces más. ¡Merecías morir por mi gloria, viejo, merecías morir por mi gran futuro!

-Pero yo reverenciaba a aquel hombre, Borges.

-Poco importa si le amabas o le odiabas. ¿Lo escribiste, Eminescu?

-Lo escribí para adorar su nombre, para hacerle en silencio inmortal, para que viviera por un día más.

Y una tercera gota de mil me acribilló y rompió mi cráneo en tres pedazos. No era real todo aquello que sentía, no era real mi ira ni mi lujuria ni mi vanidad enterrada pero vi a mi amigo escribir y me vi ante él sentado y decir: porque eres mal poeta, porque eres peor persona, yo te condeno a ser olvidado tras mi nombre, yo te condeno a vivir en mi cárcel y en mis poemas, yo te condeno a no ser torturado con la inmortalidad y vivir de mis recuerdos y mis líneas y mis inmortales palabras.

-¿Y a los que dicen que eras más alemán que rumano? —preguntó el bibliotecario.

Recuerdo la Viena clara de los palacios y las mentes humanas. Bullía como Bucarest y manaban de su alma palabras y gotas de sangre mientras una nueva gota de agua perforaba mi cerebro. Recuerdo al último pensador alemán que perforó también mi cerebro.

Y el bibliotecario me golpeó con su bastón, fuerte, tan profundo como amable. ¿Me gustaba?

-Confiesa, Eminescu. ¿Le mataste?

Bien sabían mis recuerdos perdidos que no asesiné a mi amigo Ion.

-Una vez, Eminescu —dijo mientras acercaba su rostro al mío—, te aproximaste a su mesa y leíste sus escritos... ¿Qué sentiste, Eminescu? Yo te lo diré: te invadió la envidia y te invadió la ira y el frenesí. Deseabas con todas tus fuerzas romperlos y acabar con ellos, como el hermano del irlandés tuerto

y cayó una nueva gota más y despacio despacio despacio recordé mis poemas Ven al bosque de la fuente que tiembla entre las piedras, donde hay un gran

lecho verde oculto por los ramos de miedo y temblores
y una gota más que cae sobre mi rostro.

-¿Recuerdas ahora, Eminescu? Le asesinaste despacio, entre tus brazos bien abiertos, sobre tu pecho tiéndete, que el velo yo te alzaré para mirar tu cara.
¿Mientes, Eminescu?

-Recuerdo que un hombre me vino a visitar en una ocasión: "perderás la cordura y recuperarás las palabras". Era su nombre Holderlin como el del gran poeta que en mi primera juventud tanto admiré. Era su nombre Holderlin como fue mi guía en los siete sueños:

*En mis rodillas, sentada,
estaremos muy solos,
y en tus cabellos, temblando,
caerá la flor del tilo.
Frente blanca, pelo rubio,
reposada en mi brazo,
prisioneros de mi boca
serán tus labios dulces.*

-Despacio caen las gotas sobre tu rostro de poeta, Eminescu, como despacio caen también tus recuerdos culpables. ¿Qué fue de la Veronica que viste en el espejo?

-Un sueño feliz haremos, con su canto embrujando las fuentes solas, la dulce respiración del viento. Nos dormirá la armonía de la selva de los sueños, mientras las flores del tilo resbalarán una a una.

-Ese poema se llamaba "el deseo". ¿Lo recuerdas?

-Recuerdo también a un hombre avaricioso que quiso en una biblioteca todos los libros encerrar. Para ello se escondió en un personaje que él mismo creó. ¿Le reconoces, Borges?

Las gotas caían despacio y mi mente se tornaba clara. No, no era yo el asesino de Ion Creangă, ni fui yo quien le robó sus versos, avaricioso bibliotecario que sólo sueña con un alma atrapar. Soy Mihai Eminescu,

encerrado en el sueño de un loco llamado Mihai Eminescu.

-¿Quieres ya despertar, Eminescu? -preguntó el bibliotecario.

-¿Dónde están mis versos?

-Sólo un poco más allá, poeta. Apenas te queda un poco por andar, apenas un camino por recorrer.

-Escucha, Borges -dijo finalmente, ya convencido de mi éxito-. ¿De quién son esos pasos que en la lejanía se escuchan? ¿Acaso no siento su caminar cansado... su parche en el ojo?

Borges se mostró sorprendido y angustiado antes de exclamar:

-¡Joyce! El muy trámoso... escribe en todos los idiomas y en ninguno. Esta vez, Eminescu... esta vez le atraparé.

Y una sombra de sombrero y parche se filtró a través de la ventana. Corría como las gacelas de nueve lenguas y los últimos ecos del latín y del griego: el autor de Ulises relampagueaba en la biblioteca e incluso los torturados, presas ya del arrebato, cantaban al unísono:

-¡Corre, corre!

Y Borges salió tras él con rapidez, pero no con la suficiente para atrapar al comediante, que saltaba y brincaba ralentizando conscientemente su paso. Borges, exhausto, trataba aún de alcanzarle. El irlandés reía mientras Borges, fuera de sí, se tropezaba intentando alcanzarle. Las gotas caían sobre mi rostro ya cansado por los sueños.

Me levanté sin dificultad. La tortura del bibliotecario, más que robarme el alma me había devuelto gran parte de la cordura. Ahora recordaba a mi gran amigo Ion, gran escritor. ¿Se encontraría él también perdido en la biblioteca de Babel? Pronto lo sabría.

Deseé otra vez despertar de mi pesadilla. ¿Cómo podría escapar de este sueño? Mi mentor lo dijo en una

ocasión: siete sueños para recuperar mis versos, siete pesadillas o siete pecados. ¿Qué importa?

La Biblioteca de Babel está formada por hexágonos, de los cuales cuatro muros se usan para almacenar los libros, y los restantes dos para comunicarse con los siguientes.

Cada muro tiene cinco anaqueles. Cada anaquel treinta y dos libros. Cada libro cuatrocientas diez páginas. Cada página cuarenta renglones. Cada renglón ochenta símbolos.

Veinticinco, veintidós letras más el punto, la coma y el espacio.

Perdido en aquel límite inclasificable, en el Universo me desmoroné. ¿Cómo podría escapar de este lugar? ¿Y si había sido víctima de mi propio sueño? Siete pesadillas y sólo alguien que pudiese ayudarme: Holderlin.

Se escuchaba aún el eco del bibliotecario que clamaba venganza, las risas del irlandés y a un poeta rumano desesperado, perdido en una biblioteca que no comprendía. ¿Cómo buscar la salida del Universo? Mi ángel de la guarda espera.

*Cuando de noche mi alma velaba extasiada,
como en sueños, veía a mi ángel de la guarda,
envuelto en una capa de sombras y de rayos,
tendiendo hacia mí sus alas sonriente;
pero en cuanto te vi con tu pálida capa,
niña llena de añoranza y misterio,
aquel ángel huyó vencido por tus ojos.*

Ahora mi ángel está encerrado en alguna de estas salas esperando a su torturador callado. Tengo que mantener aún la esperanza, aún tengo que mantener mi alma callada. Me precipitaré sobre las salas y llamaré a cada puerta si es necesario, a cada poeta preguntaré su nombre y cada pared marcaré, para saber si así antes ya la he visitado. Una cuerda me

servirá para encontrar mi punto de partida, como hizo Dédalo en su laberinto, como haría el propio Dédalo creado por el irlandés que ahora, callado, me da su única pista velada.

*¿Eres demonio, niña, pues sólo con una mirada
de tus largas pestañas, de tus ojos tan grandes,
hiciste que espantado mi ángel volara,
él, que era mi santa vigilia, mi amigo fiel?
O quizás!.... Oh, baja tus largas pestañas
para que pueda reconocer tus pálidos rasgos,
pues tú, tú eres él.*

Y tomé aliento y comprendí, encerrado en mis propios versos, la verdad del Universo y del tiempo, la verdad eterna del alma y de mi alma. Iré tras tus pasos, irlandés, y así encontraré la salida a mi locura y retornaré a mi alma, en esta biblioteca que me llama y me ahoga callada.

Ya una esperanza me cita al otro lado de la ventana, siguiendo las huellas del creador, las huellas de mi niña de largas pestañas, de una sola mirada.

¿Por qué ahora, ya recuperada mi voz, aún no puedo despertar? Mis poemas son claros y mi mente se muestra quebrada y equilibrada. Debo encontrar al bibliotecario y al irlandés loco, debo encontrar la celda de mi maestro y, otra vez, mi alma.

Mis ojos ya se cierran de nuevo, exhaustos, ¿dónde me encuentro esta vez? Es un sueño dentro de un sueño que se pliega, lejanas se escuchan las risas del irlandés, ya al piano, ya bebido ya sobrio en ese funeral que se cuenta a sí mismo, que se sueña otra vez.

CAPÍTULO V

Sueño cuarto: la taberna del irlandés

Intervienen: Mihai Eminescu, James Joyce, Earwicker,
Anna Livia Plurabelle

Desperté despacio y las mil salas de la biblioteca se habían cerrado para mí. Me encontraba en un viejo bar, una taberna teñida de verde, decorada con mal gusto y peor intención. Múltiples imágenes del escritor tuerto poblaban las paredes.

-¿Qué desea tomar? —preguntó el tabernero, un hombre relleno que lucía un sucio mostacho.

-Nada, gracias. Estoy buscando al tuerto.

-Humphrey Chimpden Earwicker es mi nombre — respondió el tabernero.

-El tuerto ha muerto —respondí.

-El bibliotecario no entra aquí —prosiguió Earwicker mientras susurraba-. Me han dicho, ¿puede usted creerlo? Me han dicho que, Dios mío... me tiembla la voz sólo pensarlo: ¡me han dicho que no bebe!

El tipo gesticulaba a cada palabra y trastabillaba constantemente las sílabas.

-¿Lo ha pensado alguna vez? ¡Hasta en los colegios existen tabernas! Fue entonces cuando se me ocurrió la gran idea: ¿por qué no una taberna en la biblioteca? A mí, personalmente, las bibliotecas me causan espanto. ¿Puede imaginar algo peor que un lugar en el que no se permite ni comer, ni fumar ni beber? ¡Exacto: una biblioteca! Cientos de libros apiñados unos sobre otros, tanto que leer y... ¡nada con lo que poder disfrutarlo! James fue un buen hombre, de París a Zurich y a Dublín... mal bebedor y peor conversador, pero también gran escritor. ¡Cantemos!

Y desde la sala contigua aparecieron, vestidos de blanco, el coro de locos portando un ataúd. Los orates reían y lloraban casi por igual. Caminaban con una lentitud pasmosa. Uno de ellos, bastante ebrio por cierto, llevaba en la mano una botella de cerveza. Se echó hacia atrás para beber mejor (dicen que entra mejor al gaznate), dando al suelo con toda la comitiva y el ataúd.

-¡Siempre igual! -exclamó el tabernero-. Ahora tendremos que empezar de nuevo el funeral. ¿Sabe? Era mi mejor cliente.

Los locos caídos permanecían en el suelo, susurrando algo parecido a una canción.

-¡Qué desastre!

Uno de los locos, el que parecía más aguerrido, se levantó al momento y, en el indescifrable lenguaje de los borrachos, pronunció una palabra similar a “whisky”. El tabernero se enfureció y sacó de debajo de la barra un cuchillo ensangrentado y amenazando al loco dijo:

-¡Será por encima de mi cadáver!

Los locos, que contemplaban la escena desde el suelo al lado del cadáver de Joyce, llevados por esa “coloquial parroquianidad contubernia” del alcohólico, pronunciaron también al unísono las dos sílabas más bellas, poéticas, diletantes, estridentes, fingidas y agraciadas de la lengua inglesa: “whisky”. Earwicker, sin saber ya qué hacer, retrocedió unos pasos.

-¿Os habéis ya olvidado de la última vez, imbéciles?

-Whiiiiiiky –respondieron al unísono.

-¡Por encima de mi cadáver!

-j Whhhhhhiiiiiiiiiiiiikkkkkkkkkyyyyyyyyyyyy!

Y se abalanzaron sobre el tabernero quitándole el cuchillo y asaltando las estanterías de bebidas. El

tabernero se apartó, de nada servía intentar asesinar a veinte locos.

-¿Ve, Eminescu? La única bebida que no puedo servir y tengo la taberna a rebosar.

Los locos cogieron las botellas y comenzaron a girarlas, tratando de encontrar el complejo mecanismo que diese acceso a su jugoso contenido. El tabernero, ya cansado de la comedia, arrebató a uno de los locos una de las botellas.

-¡Anda, trae! -y la abrió Earwicker con la diligencia propia de un mago.

Los locos se quedaron admirados ante semejante demostración de sabiduría e, imitándolo, abrieron las botellas. El cadáver de Joyce, que hasta el momento había permanecido cadáver, comenzó a mover las cavidades nasales al olor del néctar de los dioses.

GULA

-¡Jameson! –exclamó Joyce.

-Whiiiiikkkkkiiiiii –contestaron los locos.

-¿Ha visto usted, poeta? ¡Whiskey, con e, idiotas! ¡Triple destilación! ¡Mezcla de cebadas malteadas y sin maltear! ¡Producido por primera vez en mil setecientos ochenta!

-¡Wiiiiikkkkkiiii!

Y Joyce se levantó de un brincó y propinó un severo puntapié a uno de los locos y le arrebató la botella, que se llevó al gaznate y terminó de un solo trago.

-¡Úlcera perforada dijeron los médicos! Hemorragia extensa debido a una segunda úlcera duodenal, apreciable edema pulmonar e hipostasis. Mesaoritis en placas. ¿No es divertido morir el día trece, Eminescu? Si hubieses vivido sólo tres días más... ¡Habrías podido celebrar el Bloom's day! ¡A bailar!

Y los locos se agruparon por parejas y bailaron mientras Joyce tomaba otra botella de whisky.

-¡Whiskey con e! –volvió a maldecir el escritor.
Perdón.

-¿Cuál es el único libro escrito para borrachos como vosotros? –preguntó el loco Joyce, que parecía no haber sufrido con las consecuencias de haber ingerido una botella de whiskey (con e) de un trago.

-¡Finegans' wake!

Y animado, Joyce pegó un salto, destapó un piano hasta el momento oculto tras una sábana y se sentó, tocando la canción irlandesa mientras los locos cantan en perfecto y coordinado coro:

*Whack fol the dab now dance to yer partner around the flure
yer trotters shake*

Wasn't it the truth I told you? Lots of fun at Finnegan's Wake

Ahora ya reían y cantaban, y los locos parecían recuperar la cordura mientras Joyce, que los miraba a través de un solo ojo (que remedio) y de sus anteojos profundos, sonreía profusamente.

-¿Sabe lo más gracioso del asunto, Eminescu? El señor James Joyce, que nunca ganó el premio Nobel.

-¡Ni lo quiere! –exclamó entonces uno de los locos.

-¡Anda, calla! –respondió Joyce a la par que le rompía una botella en la cabeza al orate-. Como iba diciendo... el señor James Joyce, que nunca ganó el Nobel...

Joyce hizo un silencio probatorio. Esta vez ninguno de los locos habló.

-Muy bien –prosiguió calmado-. El señor James Joyce que nunca ganó el premio Nobel.

Y otro loco le interrumpió alzando la botella:

-¡Ni lo quiere!

Los locos rieron al unísono y Joyce, aparentemente muy tranquilo, continuó:

-Joyce era abstemio, pandilla de imbéciles!

Y se precipitó sobre el loco lanzándole al suelo y propinándole patadas y puñetazos y puntapiés. Se

juntaron los demás, estableciéndose una generosa y sonora pelea.

-¡Siempre igual! -dijo el tabernero ofendido-. ¿Y quién me pagará ahora todo esto?

Y el irlandés se levantó al momento y, con aire de dignidad, dispuso la mano en su pecho y elevó el tono con aire profesoral:

-¡No tema, tabernero! Yo me haré cargo de todo —y cual bailarín se movió un paso a la izquierda para evitar a un loco que, volando, se precipitaba sobre el escritor.

-¿Tú? ¿El que nunca ganó lo suficiente para mantenerse a pesar de su fama?

-Amigo tabernero, el señor James Joyce, que nunca ganó el Nobel...

Otro silencio, los locos estaban demasiado ocupados en la reyerta para decir estupideces.

-Amigo, tabernero, el señor James Joyce estudió en los mejores colegios y ha ido a los mejores hoteles y burdeles de París, a los restaurantes más caros y se ha sentado a la mesa de los hombres más ilustres de su época. ¡Yo me haré cargo de los destrozos!

-Bien, borrachín —respondió Earwicker-. Entonces si tan rico eres... ¿por qué no invitas a estos tarados a una copa para que dejen de pelearse?

-¡Pues claro! —respondió Joyce sin dudarlo-. ¡Una ronda para todos a la salud de Penélope!

Y al instante los borrachos (y también locos) dejaron de pelear y el tabernero les sirvió bebida. Joyce se acercó a mí con aire digno.

-¿Tendría usted diez francos? Creo que me he dejado la cartera.

Me eché las manos a los bolsillos para mostrarle que no llevaba cartera.

-No importa -respondió Joyce-. ¡Le invito a un trago! ¡Tabernero! ¡Póngale a mi amigo un gran vaso de whisk(e) irlandés.

Al instante Earwicker me sirvió un vaso hasta el borde, justo a punto de rebosar.

-¿Sabe quién es? -preguntó Joyce-. Earwicker es el protagonista de mi última novela, la más incomprendida, la más odiada. ¿Puede creerlo? ¡Tantos años escribiéndola e inventando un nuevo lenguaje... tantos años buscando y nadie lo entiende! Me acusaron de haber abusado de la propia literatura, de haber buscado la gula en las palabras. ¿Te lo puedes creer, tabernero?

-Como protagonista -comenzó circunspecto Earwicker-. Tengo que decir que nunca jamás presto atención a las críticas, que jamás leo los periódicos y que nunca en mi vida, y con gran orgullo lo reconozco, he conocido a un periodista. ¡Joyce, escribiste un libro para borrachos!

-¿Ve usted, Eminescu? Las personas más sencillas lo comprenden. Sólo aquéllos que han bebido y han tenido el sueño perdido pueden comprender mi libro, mi funeral y mi resurrección. ¿Ha sentido alguna vez de cerca la muerte, poeta? Le vi antes, mientras el avaro bibliotecario le torturaba. ¿Recuerda lo que significa morir? La muerte es el sueño del que nadie consigue despertar, es eso lo que nos aterra de los sueños, incluso mientras soñamos. ¿Conoce usted a Calderón? Un fumador de pipa obeso me dijo que tenía mucho que ver con mi literatura. Creo que se encuentra en algún lugar de la biblioteca, tengo que ir a visitarlo...

Aquel hombre conocía perfectamente todos los recovecos y pasillos de la gran biblioteca, los pasadizos ocultos y cómo moverse sin ser visto. Supe que, de alguna manera, estaría dispuesto a ayudarme.

-¿Ha leído mis libros, Mihai? Literatura es lenguaje y el lenguaje se pierde y se tuerce y se convierte en personaje... ¿por qué no imitar entonces el sueño de un beodo que imagina la historia entera? ¿Qué “gula” hay en ello? ¿Buscar la obra de arte es acaso un pecado para los críticos? Conozco tus poemas, Eminescu... y también los últimos de ellos. ¿Qué buscabas?

No supe responder pero me dio la impresión que algo me unía con aquel hombre extraño y glotón. Como en un recuerdo, una pequeña filtración hizo caer una gota sobre mi cabeza, casi continuando mi tortura. Recordaba esos tiempos en Viena y en Europa, estudiando filosofía y a mentes claras y dispuestas. Me gustaba sentarme ante los libros de los pensadores y relajarme de mis poesías, buscando en las palabras de otros mis propias verdades primeras. Me gustaron siempre los poetas y filósofos alemanes, buscando en las extrañas conclusiones de aquel hombre extraño llamado Schopenhauer mis propias palabras. Me perdía en sus páginas a veces –casi siempre- mal compuestas, obtusas y malintencionadas... planeando entre la racionalidad más desquiciada y la más suprema locura. Buscaba en otros verdades y me encontraba a mí mismo allí pintado, en un texto matemático o en una poesía de mi maestro.

-¿Dónde está Holderlin? –le pregunté.

-Se encuentra en esta misma biblioteca, amigo mío... ¿Le buscas a él o te buscas a ti mismo? Escribí un texto llamado “Retrato de un Artista Adolescente”... un chico que buscaba la verdad a través de los textos de otros, a través de las enseñanzas de sus maestros y a través del sexo y de la perversión, a través del miedo y del exterior. ¿Cómo ha terminado usted en esta biblioteca, Eminescu? Mi Dedalus buscó también en los orígenes, en santo Tomás de Aquino y en otras verdades. ¿Buscaba a Dios, poeta?

No tuve más remedio que sonreír y comprender de una vez el motivo de mi tortura. Me siento fuerte y me sentí enérgico, como si todos mis sentidos quisiesen por fin despertar. Había tenido cinco sueños hasta el momento, y cinco fantasmas me habían visitado como dijo Holderlin, cinco espectros creados por mi mente enferma.

-¿Por qué Holderlin, poeta? —inquirió cada vez más frenético y pausado.

Recordé cada vez más y más rápido que en mis tiempos fui un hombre brillante. Escribía en el periódico más afamado de Bucarest. ¿Por qué Holderlin, poeta?

-Te veo a través del sueño de un borracho, Earwicker. Sueñas incestos porque deseabas a tu hija y duermes palabras y gestos y tu vida se transforma poco a poco en el delirio de un hombre glotón que busca la fama y el reconocimiento y como tú también buscas tu propia alma.

-¿Por qué Holderlin? —me pregunté esta vez en voz alta.

-Como él, terminaste tus días rayando la locura. En Bucarest te internaron en un sanatorio y tu situación mejoró cuando te trasladaron a Alemania, cuando terminó ese tratamiento con mercurio. Pero eso, poeta, aún no ha sucedido.

Holderlin terminó sus días en la cabaña de un campesino. Juntos daban paseos y el campesino le hacía preguntas sobre literatura que el maestro ya no sabía contestar. Hablaba y hablaba y soñaba cada noche con alguien con el mismo rostro y los mismos gestos pero con una sonrisa diferente, la mirada alegre del creador que compone y vibra con cada gesto y cada palabra. Sí, en otros tiempos aquel hombre al que tanto admiraba compuso una gran novela tituada “Hiperión, o el eremita en Grecia”. Su tiempo había pasado y luego

sobrevino una gran agitación motora y la locura, y el hombre poeta y lírico y genio se marchó para dar paso a un hombre que se miraba al espejo y que, despacio, comenzó poco a poco a olvidar su rostro.

-¿Qué opinas, Eminescu? ¡Otro trago para mi amigo, tabernero! En otros tiempos también dijeron de mí: "Comenzó escribiendo bien, pero se volvió loco". Lo dijo un inglés que escribía mal y sin genio. ¿Sabe, Eminescu? Es necesario aprender a soñar y volverse también loco para encontrar la salida a esta biblioteca. ¿Recuerda a Schopenhauer? Fórmulas matemáticas e imitaciones kantianas para encontrar finalmente en una alta colina la poesía. Nuestro amigo también soñó con una gran biblioteca llena de conocimientos que eran a la vez torturas y quebrantos. ¿Recuerdas ahora, Eminescu?

Recuerdo las leves palabras de Hiperión y sus epístolas llenas de sentimiento y también locura.

-Cuando imaginaste la Biblioteca de Babel, alguien te contó que en otro tiempo y en otro lugar alguien imaginó un relato de una biblioteca de salas hexagonales y recordaste a otro loco que fue tu maestro y a otro loco que inventó un sueño de mil vasos de buen whiskey irlandés y todas sus leyendas y mitos y brujas y condes y una dama llamada Livia y una dama llamada Liffey y una dama llamada poesía. ¿Por qué Holderlin?

Porque perdí ya mi rumbo y ahora, como el poeta florentino, necesito ayuda para escapar de mis sueños, Joyce, porque también tú te envolviste en la pesadilla de un borracho y porque también tú supiste cómo crear poesía sumergida en una mente alcoholizada y golosa. ¿Todos los pecados?

-Aún quedan dos, Eminescu –dijo Joyce mientras se quitaba el parche del ojo-. Dos pecados para encontrar tus palabras y tu alma, dos pecados para regresar al

mundo de los locos. Dime, Eminescu, ¿deseas ahora despertar?

Y supe entonces que todos en aquella biblioteca habían perdido las palabras y todos allí se habían condenado a sí mismos. En una ocasión conocí a un hombre, un gran pintor de apellido hebreo. Componía sus pinturas con plomo y a punto estuvo de perder el brazo que sesgó su plomo y su ambición. Corría con pinturas y óleos y lino, el mejor material para sobrevivir porque sólo aquél que busca la posteridad logrará encontrar la locura, la más racional de las pasiones humanas. Pintó toda su vida con plomo y dos barnices, el primero profundo y duro y el más externo también el más débil... y su pintura permaneció mil años sincera, mil años viva.

-Recuerdo su nombre en la lengua que hablan los dioses –dijo alguien mezclado, Joyce o Earwicker o un poeta loco llamado Eminescu-. Era su nombre נירעם y vivía en la tierra seca y hubo un día en el que juró matar por un libro que contuviese el sentido de la inmortalidad. Bebió alquimia y con plomo fabricó una gran puerta que le llevase hasta un lugar, la Biblioteca de Babel. Buscó a un hombre, no importa su nombre ahora, y le encargó un texto sobre otro hombre que buscaba un espejo componer con locura y tierra y barro y plomo y los dos mil elementos que conforman la alquimia. Y llamó el hombre al poeta Eminescu y le dio siete sueños para recuperar su tiempo y ser y forma. ¿A quién buscas ahora, poeta?

-El creador te espera en alguna de estas salas, Eminescu. ¿Quieres recuperar sus palabras?

Y entonces comprendí a Saramago Capgras y a la que un día fue santa y al que por gula tuvo palabras y por respuesta el silencio.

-Busco la inmortalidad –dije al fin, cuando ya había encontrado la única respuesta.

Joyce tomó sus gafas y las dispuso sobre la mesa. Se quitó el zapato y rompió sus anteojos.

Y otro hombre en otro tiempo y en otro espacio hizo que dos hombres escapasen de una biblioteca rodeada de espejos y sombras.

-Porque en la inmortalidad sólo hay espejos, amigo mío –dijo Joyce.- Y es por eso que el sueño vuelve otra vez a comenzar.

Dos sueños aún me restaban y ya no quería despertar, ya quería despertar. El gran payaso del universo en el gran teatro del mundo me miraba tranquilo y goloso, sin su parche. El ojo izquierdo estaba destrozado por el alcohol que nunca dejó de consumir en palabras.

-Ponga otra, tabernero –dije-. La noche es larga.

Joyce sonrió.

-¿Y quién de ustedes pagará esta vez?

Los dos nos miramos cómplices y reímos a carcajadas. ¿A quién le importa? Y de un trago nos bebimos las copas y me sentí lleno de vida y fresco e inmortal.

-¡El cuchillo, tabernero! –exigió sin dudarlo Joyce.

El escritor se sesgo la palma de la mano y me ofreció el cuchillo. Acepté por la inmortalidad y el cielo, acepté por la gran biblioteca de la que, estaba seguro, no querría nunca más salir. Me rebané también la mano y chocamos nuestras palmas. Dos pequeñas gotas de sangre se unieron primeras y vi su sueño y miró mis siete pesadillas. Earwicker nos miraba extrañado y preocupado.

-¿Quién me pagará las copas?

-El último en caer, amigo mío! –respondí.

Y bebimos una copa más de gran whiskey irlandés y la literatura recorrió otra vez mi cuerpo entero y viví amores en dos páginas y desamores en mil versos siete y leí de nuevo al gran maestro Holderlin y le busqué por

la biblioteca entera y al fin le encontré tras un espejo y le quité sus mordazas y le devolví yo, Mihai Eminescu, al mundo de las letras. Sabía que se encontraba en alguna de aquellas salas, sólo tenía que buscar en mi mente la solución al laberinto del espejo.

-¡Otra más, tabernero!

-Y a ésta —respondió irónico Earwicker-. ¿Invito yo?

-¡Qué así sea entonces! —respondió pletórico Joyce antes de escuchar unos atronadores pasos que se acercaban. Por un momento pensé en el avaro bibliotecario, y por un momento tuve la impresión que la pesadilla volvería a comenzar.

-¿Quién se acerca? ¿Borges?

Joyce ya no sonreía.

-Es mucho peor —respondió el tabernero.

-La peor pesadilla de un hombre —dijo Joyce-: ¡su esposa! ¡Anna Livia Plurabelle!

Los locos habían permanecido callados hasta el momento, como interesados en la conversación que, estoy seguro de ello, no podían comprender. En el momento de pronunciar su nombre comenzaron a gritar desaforados, poseídos por una ira descontrolada y animal. Se precipitaron todos juntos hacia la salida, demasiado estrecha como para tragar a tantas personas al tiempo, razón por la que se cayeron todos a una sin poder escapar.

-¡Livia, Livia! —gritaban al unísono.

-Livia —dijo Joyce- es la esposa de Earwicker en Finnegans' Wake. Representa a todas las mujeres y todos las humanidades de...

Y en ese momento una mujer voluminosa y con el cabello hasta los tobillos apareció en escena ante el sobresalto y el silencio de toda la concurrencia.

-¡Earwicker! —dijo la señora-. ¡Dime que por una vez has cobrado! ¡Atrévete siquiera a decir que alguno de

estos imbéciles te ha pagado! ¡Earwicker! ¡Quiero mi
dineeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeero!

El tabernero no podía articular palabra, petrificado por el intenso pavor que le producía aquella mujer con los ojos inyectados en sangre, vestida con un mandil y un rodillo de proporciones descomunales.

-¡Y mira cómo está el bar! ¡Cielos santos! ¿Te han pagado, Earwicker? ¡Dime que te han pagado! Los de siempre... ¡ah, mira por dónde! Si hay uno nuevo. ¿Tiene usted dinero, señor? Apuesto a que es usted un caballero y pagará sus deudas.

No podía tampoco articular palabra. Me sentía entre incómodo, asustado y contento. Anna Livia Plurabelle media casi dos metros de altura y estaba entrada en carnes de una manera casi absurda.

-¿Pagará, caballero?

-Tengo que decir que...

Y, claro está, era una mujer: no me dejó terminar.

-¡Pues claro que no! ¡Tendría que haberlo imaginado!

Y con la rapidez de un rayo se precipitó hasta su marido y comenzó a atizarle con el rodillo en la cabeza con golpes sobrehumanos mientras graznaba:

-¡Te voy a matar!

La mujer se equivocó: ya lo había matado.

Cuando recuperó la conciencia, su marido estaba en el suelo con el cráneo abierto por varias partes. Joyce estaba sin embargo tranquilo y relajado, entornando la vista para contemplar con mayor claridad el espectáculo.

-Señora —comenzó el escritor de nuevo con voz amable y grata y profunda y serena-, ¿sería tan amable de ponerme un vaso de whiskey?

Y los locos, atenazados al momento, no pudieron ya
reprimir las risas y exclamar a coro:

Ana Livia enfureció entonces (esta vez sí) y nos agarró a los dos con la fuerza de mil escorpiones y nos llevó a la sala contigua, en donde antaño había estado el ataúd con Joyce muerto. Era una sala pequeña que tenía una especie de abrevadero para caballos lleno de agua sucia.

-¿Alguno de los dos tiene dinero?

-Creo que —respondió el irlandés— lo recordaría mejor si tuviese la amabilidad de obsequiarme con un vaso de Jameson.

Y Ana Livia aún se enfureció más y le agarró de las solapas y le introdujo en el abrevadero. Joyce trataba de zafarse en un ejercicio imposible ya que la mujer tenía un gran poderío y con un solo brazo le mantenía con la cabeza sumergida en el agua. Con el otro me agarraba a mí.

-¿Pagarás tú la cuenta, tarado?

-Señora...

No me dejó siquiera terminar la frase. Antes de poder darme cuenta tenía la cabeza sumergida en el agua sucia al lado de la de Joyce. Éste tenía los ojos cerrados para no dañarlos aún más (o ésa era al menos mi impresión). De vez en cuando, tenía la buena de Anna Livia la amabilidad de sacar nuestras cabezas del agua para dejarnos respirar. Una de aquellas veces pude escuchar la única palabra inteligible que salía de su boca purulenta:

-¡Dineeeeeeeeero!

Y me sumergía otra vez y recordaba los veranos en Bucarest y las reuniones en el círculo Junimea y los coches de caballos y las damas engalanadas. Fue una noche cuando Veronica me hizo la gran pregunta: ¿me cambiarías por la inmortalidad?

Y Anna Livia volvió a sacar mi cabeza y sus cabellos eran ralos y encrespados y sobre su labio lucía una gran verruga negra y otra vez la gran pregunta: ¿pagarás la

cuenta, Eminescu? Y abrí los ojos en el fondo del mar profundo y ya Joyce había muerto y sus ojos estaban vacíos y su mente seca otra vez esperando el siguiente funeral, ansiando su próximo despertar. Se deshizo Anna Livia de Joyce y ya flotaba y no había fondo en la pequeña bañera y cerré los ojos y la vi de nuevo en el fondo del mar, abriendo los brazos y llamándome sin voz. Estaban sus cabellos teñidos de tránsito y expiación, blancos como la luna muerta y me miró de nuevo y quise dejarme caer en sus brazos y nadar y flotar hasta ella. ¿La cambiaría por la inmortalidad? Estaban sus ojos secos y su piel agrietada por el agua y el tiempo y sus manos agrias y frías. Quiero un hijo de cinco epístolas de cinco soles y cinco miedos y que junto a tu cadáver marchito tu nombre suene como la gran madre Anna Livia Plurabelle sobre la que todos los deseos descansan y todas las horas concluyen, cántame ahora Veronica y entrégame tus besos y no me permitas ya más existir fuera de tus abrazos cerrados y fríos y callados y cálidos y cercanos y ajenos y ajados y que en mi locura aún recuerde tu nombre sereno Veronica Plurabelle y sí como dijo Penélope, claro que te cambié tus besos secos por mis palabras inmortales y goloso dije sí, cambiaría la inmortalidad por tus besos inmortales y te sentí cerca mientras el cadáver del irlandés aún flotaba cercano a nosotros en rumbo calmado y me atreví a tocar la muerte a palparte y sentirte de nuevo ante el espejo de la biblioteca del avaro que escribe versos callados y del borracho que escribe mujeres entre largos cabellos ahogadas que se fingían diosas que se fingían mujeres que se fingían solas y calladas para no escuchar su propia alma que dice basta no llores princesa no llores santa no llores Veronica no llores ya más Livia tu cuenta será al fin pagada y bésame otra vez y déjame despertar en tus brazos de loco y que se escuchen de nuevo los coros y

se alcen de nuevo las gaviotas en el mar que indican tierra y me dicen quédate hoy, mañana la inmortalidad y mañana la paz y mañana la locura y el tiempo y abrazos mil y te escribiré cinco cartas sólo a tí, una que diga te quiero, otra que diga te deseo, otra que diga te adoro, otra te añoro y la última, la menos sincera y la más tierna, que diga te abandono hoy por ser tú y no yo y yacer en esta tumba de agua rodeada de fantasmas en una biblioteca olvidada y fría y ya no siento en mi cuello las manos de Livia ni en mi rostro las heridas ni en mis brazos las agujas de las inyecciones de mercurio ni en mi mente la sangre arder por no estar ya más contigo por no sentir de nuevo tus cabellos sobre mi rostro y no sentir más tus besos cansados y esperé la respuesta a mi última carta y vencí de nuevo, caído en un sanatorio hundido en mi mente cansada y bebí toda la noche junto a un hombre resucitado, mesías del tiempo cansado y de mitos y bellas diosas que son taberneras odiosas y desesperación y caos y lucha que se vuelve mujer en tu rostro y sólo hay dos palabras que ya no puedo pronunciar y son así no me abandones más, ya no quiero caminar solo hacia la locura y deseo de tu mano escapar de esta biblioteca y despertar y volver de nuevo a abrazarte y sentirte en ese mar vacío de sol y tiempo y muerte y cenizas cansadas me dicen tus ojos fijos y fríos y ahora sé que el irlandés de alguna manera tenía razón porque no hay nada más literario que una taberna en una biblioteca ni nada más retórico que un siete sueños porque es el siete el número que todo lo contiene y todo lo siente y todos los sueños busca y ninguno encuentra en tus labios secos de santa tacaña que busca el corazón de un hombre llamado Miguel de Cervantes y otro llamado Saramago asesinado por tus labios por tus ojos y tu muerte que un día miré en el espejo del tiempo y en un cuadro de un maestro italiano encerrado en la botella de una biblioteca y otro irlandés

que pregunta quién será el siguiente en atormentarme
Veronica quién será ya siento que muero ya siento que
floto y que mis ojos se cierran con los tuyos y me
pregunto qué será mañana qué será siempre qué será del
pasado y de los amigos que juntos dejamos pasar y de
las ciudades que juntos dejamos de visitar y de las
noches que desgraciados dejamos en vela y los libros
que dejamos de leer por escuchar nuestras propias
palabras exhaustas ya y perdidas en la sinrazón y el
desasosiego caído.

Y abrió los ojos el irlandés y mil estrellas contemplé
y mil pecados y mil libros más por escribir y comprendí
la razón de todos los sueños y deseé no despertar jamás
ni encontrar la salida ni regresar a un mundo en el que
ya no estaba ella, la que desprecié y a la mujer que dejé
escrito que jamás quise y cambié por la inmortalidad. Ya
me ahogo y siento pena y un dolor más allá de esta
muerte que me espera cambiada y tus cabellos, mi
Veronica, crecen y crecen y son ahora ríos que me
llevan a esos tiempos en los que las palabras eran más
importantes que el tiempo porque eran tiempo y
eternidad y vida y fracasos mil en vestidos de miel y
fresas frescas. Ya mi lengua se corta y me cuesta
respirar. ¿Por qué me siento vivir mientras muero? ¿Por
qué te siento ahora eterna cuando yo mismo te volví
humana? ¿Por qué te cambié por la inmortalidad
cuando la única esencia de mi ser estaba en tus besos
fríos? ¿Por qué elegir la muerte? ¿Por qué morir en esta
biblioteca? ¿Por qué ya no quiero más respirar y ya no
lucho contra sus manos de diosa que me agarran?

Y entonces despertar y ya no estabas más muerta,
sonrió Joyce, sonrió Eminescu. Abriste la boca y tus
labios eran ahora resecos y tus uñas afiliadas y tus
colmillos salientes y tus pechos violentos y tu mirada
fiera.

-Ven, Mihai –dijiste y dirás y dijo y diría-. Mil noches más y mil caricias y mil abrazos.

Y te seguí y te abracé y clavaste tus uñas en mi espalda mojada y traté de gritar pero sólo había silencio en la noche callada de los tiempos. Y me abrazaste aún más fuerte y aún más callado deseé gritar y rugir y engullir cada uno de tus cabellos de los que te agarré sin vida pero enérgico. Grita también, mujer de mil rostros, grita también Veronica y grita también Anna Livia y Nora e Isabel de gruesos cabellos rubios y pinceladas airoosas... grita Livia y recuerda mis versos:

Ardo vivo en dolor, cual viejo Nesos,
O Hércules con telas venenosas;
Mi fuego no se extingue ni con toda
El agua del mar

que me llena ahora con tu abrazo y sonríe Joyce que ya va a encontrarse con Nora y me mira vicioso mientras hunde sus uñas en mi costado y tira y desgarra mis músculos que ya no sangran y le pido callado morir y le pido callado sufrir y le pido callado perdón por haber buscado la inmortalidad fuera de tus labios y le pido callado perdón, siempre perdón a la niña que ahora me desgarra sin miedo ni contemplaciones y hunde también sus colmillos en mi cuello y muerde serena y no digiere, porque la carne humana se traga y no se mastica y la siento y me siento entrar en sus carnes y caer en su estómago y nada en esa agua humana y volver de nuevo a nacer y nadar y volver y nadar y flotar y nadar intensos... ¡Arráncame la piel entera ahora, Veronica! Pero me ahogo ya y no puedo gritar como Penélope. Morir, dijo alguien, es algo parecido a soñar y soñar algo similar a estar despierto y ya muero un poco más y me asfixio y duermo y sueño y buscaré despertar en otro sueño porque confío en que al otro lado otro bibliotecario me espera y otro irlandés y otro pecado. Me siento fuerte, irlandés, me siento fuerte por

haberme traicionado y llenado mis días de gula y delito
y mil palabras que quise consumir en una: perdón.

Y muero en ti y en tus entrañas infecundas de mujer.
Buscamos un día juntos la inmortalidad y hallé yo mis
perdones y tus confesiones y burlas y palabras
quemadas en cenizas y tiempo y una chimenea. Alguien
la ha encendido últimamente, aún la leña crepita sincera
y tímida. Aún me queda un momento por respirar, antes
de morir.

Ya muero.

Antes de volver a despertar, muerto desollado
muerto respira una vez más poeta muerto que yace ya.

Perdón.

Ya muero.

Ya.

Muerto.

CAPÍTULO VI

Sexto sueño: Trafalgar

Intervienen: Mihai Eminescu, Friedrich Holderling,
Benito Pérez Galdós, Jack

Y a despertado mientras unos marineros gritan y elevan mi cuerpo y mi alma que no es mía ya. ¿Qué fue de mi sirena? No hace tanto me encontraba entre sus brazos y sus labios rozaban mi cuerpo, no hace tanto podía sentir su tacto frío bajo el mar. Intento mirar pero ya sólo hay sol y viento y los gritos de los marineros con bayonetas. Me han rescatado, me han rescatado. ¿Dónde estoy esta vez? Siento que elevan mi cuerpo y lo sacan de las aguas. No puedo casi escuchar, no puedo casi sentir los nudos de la red que me atrapa como a un pez. Me depositan en el suelo y mi cabeza se golpea, ¿despierto un poco más o duermo de nuevo? Escupo agua sobre la cubierta de madera. Mis ropas están mojadas y ellos me hablan pero mis oídos están tapados. ¿Dónde ha quedado mi sirena mi Veronica mi diosa de cabos cansados? Con dificultad consigo por fin respirar quedo, respirar. Me late el pecho con un dolor profundo. ¿Aún estarán las partes de mi cuerpo que se llevó Veronica? Duele más y trato de abrir los ojos pero sólo existe el azul inmenso del mar. ¿Por qué me rescatasteis, odiosos marinos?

-¿De dónde vienes? —preguntó alguien alejado.

Me golpean sin pensarlo. Mi rostro quiere caer de nuevo al gran azul y quiero volver.

Regresar otra vez a sus brazos.

No entiendo a los hombres del mar, seres aguerridos y medio locos, ¿quién soy yo para llamar loco al viento?

Y uno de los marineros me trajo una gran jarra de agua que devoré como el irlandés disipó su botella de whiskey.

-No abuses, amigo... podrías morir.

No puede dejar de sonreír el muerto ante la idea trivial de la vida.

Y me alzaron rápidos y pude tenerme en pie y al fin abrí los ojos y supe que, de alguna manera, había vivido.

-¡Viste como un inglés! —gritó uno de ellos-. Vamos, naufrago, ¡responde!

Y de nuevo me golpearon y de nuevo quise estar otra vez muerto. Unos cinco hombres me rodeaban, todos ellos vestidos con uniforme de guerra. Uno de ellos me apuntaba con una especie de bayoneta bastante gastada.

-Rumano —respondí no sin suerte.

Se miraron con extrañeza y cuchichearon un momento. No era difícil adivinar.

-Entonces, marinero... ¡podrás vivir!

Se miraron y sonrieron antes de relajarse y bajar las armas. Se trataba de un barco de guerra español (la bandera no dejaba lugar a dudas), probablemente un galeón aunque no adivinaba a distinguirlo desde el interior. Un perro labrador de color dorado se acercó a mis pies y comenzó a oisquearme. Tenía la trufa algo mojada y movía constantemente el rabo.

-¿Dónde estoy? —pregunté una vez repuesto.

-A bordo del Santa Ana, de ciento doce cañones —respondió un hombre desde la lejanía,- al mando del capitán de navío José de Gardoqui.

Desde el fondo surgió un hombre de ojos blancos que llevaba un bastón de roble y vestía traje tweed marrón.

-¡El ciego Tiresias! —exclamaron los marineros antes de echar a correr.

El ciego no se asustó y caminó hasta mí con dificultad, mientras el can corría pegado a sus pies.

-Estos marineros temen hasta el viento y están llenos de supersticiones -respondió el ciego mientras acariciaba al perro-. ¿Conoce mi nombre? Soy Benito Pérez Galdós, escritor y autor de los Episodios Nacionales... ¿Sabe? Los marineros dicen que llevar a un hombre ciego a bordo es señal de mala suerte. ¿Sabe otra cosa? Perderán. Por cierto, no es un galeón, no... es un navío en línea. Créame, Eminescu, esto es muy importante para nuestra historia.

-¡A sus puestos! -gritó alguien.

Y se hizo el silencio en una actividad frenética y por doquier corrían marinos y soldados que afinaban sus fusiles para la batalla.

-Trafalgar, Eminescu -dijo el ciego-. ¡Ingleses contra españoles! La última gran batalla marítima de la historia. A partir de hoy, sólo máquinas y torpeza.

PEREZA

-Durante la batalla sólo se puede escuchar el silencio -comenzó el escritor-. Las maniobras de los barcos duran horas y horas y el corazón de los marinos late cada vez más fuerte. El silencio es el peor amigo del marino: una intensa quietud es el preludio de la muerte. Es fundamental que nadie hable para así escuchar las órdenes. Sólo silencio y cañones durante la batalla, poeta. Sólo silencio esperando una bala que silba.

Caminábamos por cubierta mientras ayudaba al escritor ciego a mantenerse en pie. El can nos acompañaba unos pasos más adelante, como mostrándonos el camino.

-Vayamos a mi camarote, rumano. Le esperaba.

Y sonó el primer cañón y una primera bala, que pasó a unos escasos veinte metros de nuestras cabezas, rompió el bullicio general.

-Ha comenzado, viejo bardo. No se detenga. ¿Quiere usted morir?

De entre sus blancos ojos se escapaba un leve destello.

-Esta batalla, amigo rumano... constituye el último eco de lo que fue la grandeza española. Más allá... sólo silencio y recuerdos.

Caminaba despacio y tranquilo como el que ya no teme a la muerte, como el que nunca la ha temido.

-Noventa y siete hombres morirán hoy en este barco. Vinieron a su tumba escuchando falsas promesas y alimentando una alianza con los mentirosos franceses. Esos hombres ya estaban muertos cuando llegaron aquí, pero aún no lo sabían. Vamos, Eminescu.

Y entramos en una pequeña estancia llena de libros y decorada con maderas nobles. Multitud de planos prendaban las paredes de un ilustre acento a agua salada. Había también trofeos varios y una tabla con un sable.

-Me volví ciego escribiendo –dijo Galdós-. Ahora ya sólo me queda escuchar el estrépito de los cañones repetidos.

Aún pensaba en mi sirena, sepultada en el silencioso mar.

-Los marinos guardan silencio y esperan la muerte. Los ingleses se acercan en línea recta. Su flota es menos potente pero mucho más rápida. Los franceses nos han abandonado. Será la peor derrota de la armada española. El fin de nuestro viejo tiempo y el comienzo de una nueva era para nuestro país: veintiuno de octubre de mil ochocientos cinco. Nelson nos destrozará, pero en su empeño perderá también la vida. ¿Se imagina un final más glorioso, Eminescu? Imagínese un escritor que muera entregado a su tarea, ¿qué opinión le merece? Yo se lo diré: ¡la más perenne gloria!

Palpaba los libros y los mapas y se movía con cierta fluidez pero con dificultad y se paseaba por la sala

constantemente mientras hablaba, seguido de cerca por los ojos palpitantes del perro.

-No, no siempre fui ciego. En otra época escribía en cafés y derrochaba y creaba y mis obras fueron las más leídas de mi tiempo... como las suyas lo serán algún día, Eminescu. ¿Sabes cuál ha sido mi premio? La más absoluta ceguera. Encerrado en mi propia obra escuchando silbar las balas, para observar una y otra vez la muerte de mi país. Yo soy el autor de la gloria en tiempos de decadencia, el narrador de un mundo que pasó y que ya nunca nadie más querría recordar. Nuestra nación olvidará los triunfos, sí... pero nunca olvidará mis obras.

Y una bala penetró en la habitación y me lancé al suelo. Galdós se rió, mientras el perro permanecía también impertérrito.

-No tema, Mihai. Seremos rescatados por el navío Rayo... curioso nombre para un barco tan lento en comparación con los de los ingleses. Al menos... eso dice mi libro.

Galdós se sentó y se apoyó en su mano izquierda, recordando al retrato de otro famoso español, Jovellanos. Su voz era profunda y su estilo grave y afectado. Lucía un tupido bigote y llevaba una pequeña corbata negra.

-Me mostré descuidado pero también sutil – prosiguió algo cansado mientras en el exterior se preludiaba el enfrentamiento-. No había tiempo para reescribir y cuidar el estilo... eso lo dejo para otros poetas como usted. Tenía que terminar el capítulo y directamente a imprenta, directamente al público que, como hoy, estaba ansioso por entrar en batalla. Yo fui el cronista de una época pasada pero nunca fui lo que me llamaron. Yo no tengo la culpa, no tengo la culpa.

Y casi sentí las lágrimas que ya no podían brotar del rostro seco del ciego.

-Cientos hay que me han imitado y que nada han comprendido, haciendo de eso que llaman “crónica” una forma de literatura. ¿Y a quién diablos creen que imitan? En mis personajes latía un corazón... y es ésa mi única lección y la única que han olvidado. Hoy morirán cien hombres en este navío, ¿tendrán sus muertes algún sentido? De no ser por los libros, por las novelas, esos cien hombres habrían muerto en vano. Su vida sólo tendrá sentido para ser escrita. ¿Cree que a algún político le importará el nombre de los fallecidos? ¡Sólo un número, amigo mío, sólo un número en una ficha de defunciones! Yo le di a España una razón para seguir adelante y le hablé de esas gentes que murieron entregando sus vidas no a España... ¿a quién le importaba la idea de una nación? Entregaron sus vidas a sus corazones y lucharon por sus mujeres y por sus hijos y por su tierra.

Y recordé que yo también en tiempos había sido poeta de la nación y que, de alguna manera, se me habría de convertir en la voz de unificación de una Rumanía eternamente fraccionada por montañas de viento rojo.

-¡La tierra, amigo mío! La tierra lo es todo y es precisamente aquí, en el mar, donde perdimos nuestra más ofuscada batalla y entregamos nuestra tierra. Orgullosos y fascinados por nuestra propia obra, poeta. Ni siquiera en nuestra derrota nos rendimos. ¿Recuerdas Zaragoza?

Lo negué con un gesto.

-Otra bella derrota, otra lengua viva para cantar a un pueblo que nunca se rindió. Orgullosa, alzó sus estrellas y galones y se defendió de los franceses con los dientes y palos y piedras y el odio de mil naciones juntas.

El escritor transitaba entre la tristeza y la alegría con una curiosa facilidad. Tan pronto aceleraba las frases como adoptaba un tono reflexivo. Había conocido a algunos españoles a lo largo de mi vida, no muy

diferentes a los rumanos. En aquel tiempo aún conservaban una especie de halito de dignidad, recuerdos de un gran imperio perdido. El perro le miraba ensimismado, como si no existiese en el mundo hombre más grande, como si comprendiese las palabras del ciego.

-Los imperios se pierden y se ganan, escritor –le respondí.

-Pero no los corazones, Eminescu. ¿Por qué eligió precisamente la poesía y la crónica para recordar a las gentes la gran verdad? Porque sólo existe el corazón.

Y dudé: cuán diferentes géneros, cuán diferentes formas de entender el mundo. Durante años escribí sobre la vida social y política del país y fueron aquellos artículos los que convirtieron mi poesía en una fórmula entendible para el pueblo. En las calles me encontraba con gentes que recitaban mis poesías sin leer, a gentes que me felicitaban y a otros que escupían lamentos sobre mis palabras. ¿Entendían aquellas gentes sencillas mis poesías? ¿Qué podía llegar a comprender un campesino sobre el origen de las musas o los cantos de una sirena?

-Llegará el día –continuó el español-, en el que incluso nuestras palabras sean olvidadas. Pocas personas serán capaces de buscar entre nuestros textos alguna verdad que creerán comprender y hablarán de esta batalla como un error político y como el último hecho histórico del gran Imperio Español. Recordarán los hechos transformados pero ya no recurrirán a la única gran verdad sobre este día. Serán palabras vacías porque cien personas morirán hoy en el Santa Ana con cien nombres y cien familias. Y a nadie le importará esto y nadie narrará sus batallas y nadie contará sus desdichas porque sólo existirá una novela llamada “Trafalgar” y en esa novela, por siempre, existirá la verdad. Eso, señor Eminescu, es literatura.

Otros le imitaron pero ninguno murió ciego, otros le perdonaron y otros le robaron. Aquel hombre tan seguro de sus palabras recordaba tiempos de gloria y guerras mientras vivía una y otra vez aquella su más bella hazaña.

-Estoy viejo, amigo mío. Mi pluma no ve ni mis ojos escriben palabras de aliento para las cien familias del Santa Ana.

Y extrajo de entre los volúmenes de la biblioteca uno fino y mal encuadrado titulado: Trafalgar. Y con sus ojos ciegos leyó ya cansado:

“Una bala atravesó el corazón de Bartolomé en una de las primeras ráfagas del ejército inglés. Ya habían sobrepasado nuestras formaciones, dispuestas en forma de media luna.

-Bartolomé ha muerto, Eminescu. ¿Sabe qué sintió?

“Pensó en su padre, que también había luchado contra los ingleses. De niño solía golpearle y correr para alcanzarle. A Bartolomé le gustaba aquella especie de juego con el viejo, que nunca llegaba a sacudirle con la suficiente fuerza ni a lastimarle.

-Hoy Bartolomé vive –concluyó cerrando el libro-. Y Galdós ha muerto.

Hablabía como escribía: rápido y seguro, con paso firme y a veces precipitado, como queriendo correr más que la propia batalla, como queriendo buscar el final sabido en cada página y en cada página encontrar un final nuevo.

-También yo en mis tiempos tuve una sirena, Eminescu. La mía era inglesa, o eso decía ella aunque había nacido en España. Aún la recuerda, aún recuerdo sus cartas y sus pequeñas confesiones literarias. ¡Lástima que haya sido también escritora! No hay nada peor que pasar las noches con el quehacer de la mañana. Pasábamos veladas enteras hablando de libros y

poemas. Ella fue en su día una buena escritora, pero los celos inevitables surgen...

-¿Le envidiaba?

-¡No, claro que no! Ella era condesa o algo parecido. Creo que el sonido de los cañones me ha privado también de algo de memoria. Escribió novelas y sobre viajes y escribió artículos también. Fue una mujer notable en su tiempo con una gran ventaja: haber nacido en una familia pudiente.

Y otro cañonazo perforó el barco, partiendo maderas en mil pedazos. Los marineros gritaban rompiendo formaciones y órdenes en el comienzo de una batalla perdida desde el comienzo.

-Han muerto diez en el estallido y quince más morirán dos minutos más tarde –dijo sin alterarse demasiado-. ¿Le había dicho que ella era condesa? No importa. Lo mejor de una condesa escritora es que no tiene que escribir para vivir. Yo en cambio, míreme, en otros tiempos fui un gran escritor que vendía cientos de libros en la Plaza Mayor de Madrid. Todos esperaban una nueva entrega y cada mes se veía por doquier a niños y mayores siguiendo las aventuras nacionales escritas por su ciudadano más ilustre: Benito Pérez Galdós. Pasaba yo sin hacer ruido por mi Fontana y allí me recibían con un aplauso y también ella, sí... también ella me esperaba y me felicitaba por mi nueva entrega. ¿Le había dicho que era condesa? ¡Qué aires se traía la señora, Dios mío! Cuando no estábamos de acuerdo en algo no dudaba la buena dama en recriminarme mi bajo estrato social y, ya de paso, conmemorarme el suyo. ¡Qué suerte nacer noble! De haber sido así, no me habría quedado ciego de tanto escribir... si bien es cierto que escribía en tabernas y no en un buen estudio como los que poseen los hijos de ilustre cuna.

El barco entero tembló, esta vez más fuerte. Los cañonazos se sucedían por doquier mientras escritor y perro permanecían ajenos a la batalla.

-No tema, amigo mío. Pues la condesa, no contenta con un escritor de éxito... ¡alternaba con otros caballeros! No quiero decir con esto que yo sea un caballero, nada de eso. Eran más jóvenes y más apuestos... pero siempre volvía a mí. Lo sé, Eminescu, no me lo diga: ¿cómo un simple escritor podría mantener a semejante dama? Yo se lo diré, amigo... yo se lo diré.

Las maderas del barco crujían más y más, amenazando con dar con nuestros huesos en el fondo del mar. No me hubiese sido desagradable la idea.

Mi sirena esperaba.

-¡Con palabras! —rugió el mar y bramó Galdós-. Siempre terminaba por perdonar a la condesa y sus deslices. ¿Se imagina la cantidad de tentaciones que tiene que soportar a lo largo de su vida toda una condesa? Sí, amigo... indescriptibles, ¡indescriptibles!

Los marineros huían mientras algunos militares que se encontraban a bordo cargaban sus fusiles. Cada vez que disparaba, el Santa Ana temblaba y crujía.

-Ya no hay silencio, Eminescu. Ya no luchan por su patria ni por sus familias: pelean ahora por salvar su vida.

Y Galdós se tambaleó hasta que llegó a un pequeño sable colgado, a modo de recuerdo, en la pared. Lo descolgó y lo tomó en mano.

-¡Arriba Zaragoza! —gritaba mientras blandía el sable y propinaba espadazos a diestro y siniestro-. ¡Que no digan que no existió un pueblo que no luchó hasta la muerte! ¡Recordarán ahora tu nombre!

En uno de aquellos ataques estuvo a punto de cortarme la oreja con la espada, pero sin embargo no me atreví a detener a aquel hombre furioso y efusivo.

-Lo que daría por volver a la batalla, Eminescu... ¡Lo que daría! Ahora estoy ciego y no puedo escribir. Ellos dicen: Galdós se ha vuelto perezoso, Galdós ya no escribe, Galdós ha muerto... pero Galdós está más vivo que nunca en un barco llamado Santa Ana, en una batalla llamada Trafalgar. ¡Oh, si me vieran ahora mi condesa luchando contra los ingleses en alta mar!, ¿cree que entonces no se olvidaría de los jóvenes y no volvería a los brazos del autor?

Y clavó el sable rompiendo varios libros. Volaron papeles.

-Todas vuelven, amigo Eminescu, todas regresan a los únicos dioses que aún quedamos en la Tierra. Somos débiles y caprichosos, pobres y cansados, ciegos y miserables..., pero sólo una palabra y hasta la más vil condesa volvería sin dudarlo a nuestros brazos.

Y el último de los cañonazos destrozó el palo mayor. El barco estaba perdido.

-¿Qué piensa, poeta? ¿Cree que nos abordarán? A esos ingleses poco les importan las viejas tradiciones marítimas. No, no quieren siquiera nuestros corazones, sólo nuestro imperio. ¿Puede imaginar algo más vil? De ser nosotros habríamos atacado y sometido a la tripulación y algún marino se habría pasado de la raya y habría matado, sí... como buen hijo de España y de su tierra. Muchos de los que hoy lucharon aquí relatarán esta batalla no como ellos la vivieron, porque no sería verdad, sino como yo la conté mil veces y una sola. Hablarán de los miserables ingleses y su táctica cobarde y se rendirán a mis palabras como se rendirá al fin su querida sirena.

Nunca había escuchado un barco crujir de aquella manera, como si una de nuestras extremidades se partiera en dos. El barco tambaleaba y parecía venirse abajo, mientras una gran nube de pólvora y plomo se cernía sobre nosotros.

-Los ingleses nos aplastarán.

Galdós se mantenía en pie mientras el barco luchaba por no venirse abajo. Cuando perdimos el palo de mesana, ya nadie creía en la victoria. Galdós encendió entonces un cigarrillo.

-¿Sabe joven? En Madrid me hicieron un monumento. Fue vergonzoso tener que ser alzado para palpar mi propio rostro. Pero los aplausos, Eminescu... ¡los aplausos! Yo en mi juventud soñaba con ser pintor, allá en las islas. ¡Qué luz, amigo mío, qué luz más fulgurante! ¿Le había dicho que el perro se llama Jack? Luego fui a Madrid y mis sueños se terminaron... también mi dinero. Todos creen que un escritor es rico, al menos un autor que vende libros... porque otros hay en esta profesión que ni venden libros ni gastan dinero. Jack y yo, porque mi perro se llamaba Jack, por cierto: es un whiskey americano, caminábamos por las calles de Madrid y no había día en el que alguien no me pidiese dinero. ¡Mirad, es Galdós! Y Jack y yo nos mostrábamos amables y confiados hasta que los buenos hombres no dudaban en pedirnos unas monedas para pasar el día. Yo le preguntaba a mi perro, ya que un can es siempre buen consejero sobre la conveniencia de un acto tan generoso.

Y el suelo tembló allá en Cádiz cuando nos elevamos y di con mi cuerpo en la tierra mientras el español se mantenía perfectamente erguido.

-¡Levántese, hombre! No sea ridículo, Eminescu... Pues como le iba diciendo: dos ladridos significaban que no, un ladrido que sí. La verdad es que Jack casi nunca ladraba, así que solía optar por dar a las gentes el dinero y me llené de deudas. ¿Se imagina a Benito Pérez Galdós embargado y acuciado por semejante simpleza? Ellos a cambio me contaban historias que llenaban mis novelas de luz y verdad. Era algo así como pagar a un confidente.

El perro le miraba con atención, y es que los canes siempre saben cuando se habla de ellos.

-Jack me decía que no me preocupase, que tendríamos para comer. ¿Sabe? Los perros no siempre dan buenos consejos, a menos que seas un loco que habla con ellos. Jack me miraba y jugaba un poco. En realidad le puse Jack por la condesa, creía que le agradaría un buen nombre inglés, pero la condesa hubiese deseado un Perrito más pequeño, porque Jack es grande y fuerte, y tira de la correa como un verdadero toro. Me gusta Jack porque es noble y los perros porque son todo lo contrario a las personas: afectuosos y siempre fieles. ¿Los ve? Ahora los marineros escapan y se tiran por la borda. ¿Se da cuenta de la estupidez que esto supone? Se ahogarán o serán engullidos por algún dragón marino o serán alcanzados por algún cañonazo. Lo lógico, lo que haría un perro, es permanecer junto a su amo y esperar la lucha y abalanzarse con sus colmillos sobre el oponente. ¡Qué ridícula es la raza humana y qué ridículos los escritores, Eminescu!

Los conocía también. En todas partes del mundo los seres humanos eran iguales. Galdós sonrió un momento más.

-Cuando me entierren –dije al fin-, que sea cerca del mar que nunca he visto en vida y sólo he soñado. Que me entierren en un bosque tranquilo cercano a aguas claras.

-¿Los conoce? Sí –prosiguió algo terco, algo vencido, algo triste y algo obstinado-. En mi vida sólo he tenido un editor. ¡Qué hombre, Dios mío! Terminamos en los tribunales y aún así esa rata se negaba a pagar lo que me correspondía según el mísero contrato.

-Que me sepulten en la tierra mojada de las islas.

-Desde entonces decidí no volver a entregar mis escritos a ninguna de esas comadrejas. No crea que tomé solo la decisión, no. Jack esta vez sí que ladró dos

veces de forma eficiente y clara. Entonces Jack, ¿estamos seguros de esto? Y mi buen amigo volvió a ladrar dos veces. Le pregunté también a la condesa, pero ya sabe cómo son estas cosas, nunca se puede hablar de negocios con una mujer. Ella me dijo que me olvidase de semejante locura y que trabajase con los editores, ¿cómo vendería entonces mis libros? Yo le dije que lo haría por entregas, por suscripciones.

-En un bosque con tres grandes figuras eternas.

-Ella, claro está que es mujer, me dijo que no se podía vivir con un hombre y el asunto hubiese terminado mal de no haber intervenido mi perro, que volvió a ladrar dos veces. ¿Puede imaginar la obstinación del animal? ¡Tres veces ladró el can! ¡Dos veces y tres veces me dio la razón!

-Cerca del viento húmedo que roza las rocas existió una sepultura que reza: "Mihai Eminescu. 15 de enero de 1850 - 15 de junio de 1889"

-Desde entonces Jack y yo sobrevivimos y buscamos en los periódicos historias que contar. Es para lo único que sirven los diarios. Caminamos también por la ciudad y conseguimos alguna historia a cambio de unas pocas monedas. ¡Y son cientos, amigo mío! A las gentes les pasan cosas inverosímiles. Fíjese que el otro día conocí a un hombre que hablaba con su perro y le preguntaba sobre su vida profesional. ¿Ha visto usted a semejante loco? Jack calló esta vez, pero sé que cuando calla también me da la razón. ¡Cuánto quiero a este perro, Eminescu!

-¿Moriré loco?

Ya no habría más silencio: los marineros gritaban y escapaban del fuego, que se había apoderado de la nave. Me fijé entonces en uno que huía con el cuchillo en la boca y dos maletas, corriendo y tratando de mantener el equilibrio.

-Ese morirá, Eminescu. Pero nosotros no. Está escrito en mi libro.

-¿Trafalgar? -le pregunté.

Y el perro ladró una vez.

Y al momento el marinero se topó con una bala que cerró sus ojos aún abiertos y el mar rugió de nuevo y los cañonazos venían por babor y doblaban por estribor y los marineros gritaban sin cesar:

-¡Nos han derrotado! El barco se hunde.

-¡Han alcanzado el casco!

-Los ingleses se han hecho con la contienda, amigo

-concluyó el escritor.

Dudé. Aquella situación no tenía salvación y hasta el mismo autor lo sabía.

-Vivirás -repitió sin proponérselo el español.

Y el barco entero se giró y se partió en dos. Galdós se incorporó y atusó su vestimenta como si estuviese a punto de acudir a recibir un premio.

-Vamos, Jack. Es hora de salir de aquí.

Y el buen perro, un labrador juguetón de unos dos años de edad, saltó de repente poniéndose a dos patas junto a su amo, que le acarició el lomo cordial.

-¿Creía que no era verdad, Eminescu? -me preguntó sonriente mientras el perro no ladraba dos veces sino una-. ¿Es verdad, Jack? Entonces este buen hombre creía que estaba loco como él. ¡Cielo santo!

Y Jack comenzó a dar pequeños lametones en las mejillas del escritor, que se había agachado para jugar con el perro.

Y el barco se dispuso a naufragar y caer al fono del mar con toda la tripulación.

-¿Moriremos, Jack? -y el perro no dio un ladrido sino dos y los escritores sonrieron no dos sino mil veces mientras las paredes se venían abajo como si estuviesen echas de cartón. No temí, porque el perro había hablado y estaba tranquilo, moviendo el rabo y jugando con su

dueño. Una de las paredes se desprendió del resto de la estructura y juntos los tres conseguimos, no sin ciertas dificultades, llegar hasta el exterior de la nave. En posición casi vertical, el perro se desembarazó de nosotros y nos esperó unos metros más adelante.

-Sígale, Eminescu -dijo Galdós entre los bigotes-. Es el más inteligente de los tres. ¿Sabe? Si recupero la vista pienso escribir una nueva versión de Trafalgar: dos locos guiados por un perro a bordo del Santa Ana. ¿Le parece una buena historia?

Y caminamos en dirección opuesta a los cadáveres que se precipitaban por doquier. Llegamos hasta el extremo... ¿babor, estribor o popa? Poco importa. Pudimos entonces ver el mar agitado en aquella triste mañana para la flota española.

-La más cruel derrota, Jack -decía mientras se sostenía con la espada que utilizaba a modo de bastón-. Mira, chiquitín: allí muere ahora mismo Nelson, el gran Nelson. Lo peor de todo no ha sido la derrota, sino haberles dado un héroe. Los hombres ganan batallas, pero en las guerras sólo vencen los héroes.

Y el perro ladró una vez.

El ciego Galdós se movía con una agilidad inusitada. Caminaba sin dudar, guiado por los pequeños ladridos del perro, que parecía a su vez estar más jugando que salvando las vidas de tres hombres (y es que me permito incluir a Jack entre la raza humana).

-Una, dos y... ¡Tres! -gritó Galdós.

Y animal y amo saltaron sobre un bote que, mágicamente, pasaba por allí en aquel justo momento.

-¿Sabe por qué estaba ahí ese bote, poeta? -y el escritor me obsequió con una sonora y teatral carcajada antes de proseguir-. ¡Porque Galdós lo ha escrito! Vamos, salte y no tenga miedo. ¿O quiere escuchar dos ladridos cuando le pregunte a Jack si vivirá el rumano?

Salté al bote y Galdós cogió los remos. En medio de la batalla, sus ojos grises parecían resplandecer de nuevo mientras acariciaba la cabeza de nuestro gran salvador.

-¡Todas mis novelas cambiaría por día de luz, Jack! Por volver al trabajo y vencer a esta cruel pereza que me atenaza.

Remaba ya el escritor nacido en las Islas Canarias mientras silbaban balas y cañonazos y gritos y algún cadáver flotaba. Remaba contento como un adolescente y remaba como la primera vez que un niño toma los remos, olvidando por un momento que aquella misma tarde le esperaba un turbio plato de vegetales.

-¡Vamos, Jack! ¡Cantemos!

Y el perro elevó y juntó el morro y aulló fuertemente en medio de la batalla. Galdós remaba y cantaba a la vez con una voz terrible de marinero. No pude dejar de contemplar por última vez aquel espectáculo grandioso: barcos hundidos y llamas y cadáveres y sangre que parecía como aceite en el profundo mar salado. Avanzábamos lentamente en aquel océano de sangre e insultos. Ya no se escuchaban las órdenes ni había silencio alguno que permitiera escuchar la ley del mar. Sólo hombres luchando por sus vidas que nadaban y trataban de aferrarse a nuestra barca. Galdós los golpeaba con el filo de la espada mientras dejaba un remo un momento y lo volvía a tomar al vuelo. Ya no parecía el viejo Tiresias que contemplé al salir del mar, sino todo un pirata bravío que había recuperado su juventud.

-Lo que más deseo en el mundo es volver a escribir, Eminescu. Ya no me dejan mis ojos. Una vez o dos lo intenté al dictado. ¡Qué horror! No podía ver mis letras y cuando me leían lo que había dictado era terrible. Demasiado lento, demasiado estúpido. Una novela está escrita para ser leída, no para ser recitada.

Y el perro ladró entonces dos veces mientras un moribundo se precipitó a la barca. Galdós lo rechazó con un golpe fuerte de remo que le rompió la mandíbula, precipitándose de nuevo hacia el mar.

-¿Cómo que no, Jack? Verá, Eminescu. A veces Jack y yo tenemos grandes discusiones literarias porque es un perro tozudo y no quiere entender.

Y Jack ladró dos veces más.

-¿Ve lo que le digo? Así no hay quien escriba ni piense... con un asesor que te lleva la contraria en todo. ¡Dios mío qué desgracia!

Y el perro aulló de nuevo y Galdós otra vez tomó los remos y cantó hasta que nos alejamos ya definitivamente de la batalla.

-¿Sabe? Anoche soñé con un bosque y tres grandes figuras que me llevaban al cielo. Le pregunté a Jack, porque Jack es capaz de hablar en mis sueños con voz de niño, y me dijo que me olvidara, que no era mi sueño, que el sueño había sido suyo. Desde entonces supe que vendría usted a visitarnos. Jack le esperaba desde la mañana.

Volví de repente a la habitación sin poder despertar. ¿Quién era ese hombre postrado en la cama esperando la llegada del lunes? Y sentí de nuevo recordar el gusto a mermelada fresca.

-¿Sabe? De no ser por la pereza que me embargó me hubiese vuelto loco como usted. Ahora ya no escribo, Eminescu, ahora ya no puedo vivir.

Y sus brazos perdieron la fuerza de antaño y dejó de remar un poco más y Jack entornó los ojos y se tumbó triste esperando a su amo. Abandonó Galdós por fin los remos y, a lo lejos, pude ver la orilla cercana.

-Tengo sueño —sentenció el español antes de tumbarse y disponer su cabeza sobre los brazos-. ¿Me avisará al despertar? ¿Me avisará cuando despierte del sueño?

Una fina capa de niebla cubría el mar, que se sentenciaba ya. Al fondo, una especie de colina me esperaba, mientras perro y amo ya dormitaban.

-Tengo sueño –repitió Galdós con los ojos cerrados al lado de su can-. Duerme, Jack... mañana despertaremos en Zaragoza. Será un día largo.

*Nunca pensé que fuese a morir.
Siempre joven, envuelto en este manto,
mi mirada soñaba con la estrella
de la soledad.*

Envuelto en niebla, alguien me hacía gestos desde la otra orilla. Tomé los remos y con dificultad progresé lentamente mientras las aguas se tornaban cada vez más espesas. El cielo estaba cubierto por gaviotas, un gran cielo azul que presagiaba el final de la gran ficción que fue este sueño.

Dicen los libros: el poeta Mihai Eminescu nunca contempló el mar, sólo en sueños.

Sólo al final de sus días.

Sobre la colina... en la que sería enterrado.

*¿Volveré luminoso como el pájaro
Fénix volverá?*

Ya me acerco a la orilla despacio, navegando entre aguas que dejan atrás cañones y violencias.

Deslizo mi mano sobre las aguas y extraño el viento que me acaricia.

Mis dos anfitriones duermen plácidos y mis ojos se cierran antes de encalar en la orilla.

Despertando de nuevo.

CAPÍTULO VII

Sueño séptimo: Targu Jiu

Intervienen: Mihai Eminescu, Friedrich Holderlin y otros

Anoche me soñé enfermo en un gran hospital rodeado de locos y medicinas que devoraban mi mente entera.

Escucho a lo lejos el cantar sereno de los cuervos que visten de blanco.

HOLDERLIN: Al final del camino, los muertos callan, Eminescu.

EMINESCU: ¿Conoces el misterio de un autor que entregó siete papeles a siete personajes? A uno de ellos le llamó el Pobre y le hizo pobre y a otro le llamó Rico y colmó su hacienda de riquezas y piedras preciosas.

HOLDERLIN: Y a otro le llamó Rey y le dio el poder de decisión sobre sus súbditos.

EMINESCU: Y a otro Labrador y aró la tierra y a otro Niño y a otro Discreción.

HOLDERLIN: Y llamó al Autor Calderón de la Barca, español inmortal autor de “El Gran Teatro del Mundo”.

Ya callaban los cuervos escuchando en silencio a los dos personajes, reunidos en comunión y auto sacramental.

HOLDERLIN: Y pocos versos transcurrieron antes de que el autor hiciese que todos ellos muriesen de las más diversas formas: ahorcó al Niño y al Rico, porque no está el mundo preparado para ricos entre pobres ni para niños que verdades digan.

EMINESCU: Y a la Discreción le cortó las extremidades y repartió sus trozos entre el pueblo, como hiciera Dios con el Leviatán.

HOLDERLIN: Y los cuervos sacaron los ojos al Labrador.

EMINESCU: Y la Hermosura se ahogó y se tornó sirena purulenta.

Y decenas de autores anónimos vestidos de locos se personaron en aquel bosque de tres esculturas y tronaron al unísono.

CORO: Y entonces... El mundo es Mundo.

Dicen que en tiempos de ira
un gran mago se tornó
rey y pobre y labrador y rico
y siete personajes creó
dando al Autor un único fin:
ser verdugo y víctima
de su propia ficción.

El Pobre entonces ahorcado,
la Discreción desmembrada
y el Rico ahorcado.

La Belleza ahogada.
Y también el niño ahorcado
sonrió sincero antes de morir.
Y los cuervos ahora callan
preparando ya el gran festín.

Y dijo el Autor:

AUTOR: Que sean así mis palabras y así sea mi muerte: que me saquen los ojos y me corten las piernas... y que mis extremidades entreguen al vulgo para que así puedan saciarse de sangre noble. Que finalmente me ahoguen y que mi cuerpo jamás sea encontrado, viviendo siempre en lo más profundo del ancho océano.

CORO: Estamos en Targu Jiu ante la obra de alguien que no fue poeta ni prosista ni autor. Tres pruebas esperan al poeta y periodista y autor y tres fuegos de ira

le atormentan. Al final, sólo el gran autor decidirá tu futuro y sólo el gran autor trocará tus palabras en inmortales o perecederas.

HOLDERLIN: Es ésta tu última prueba.

CORO: Es éste el gran final del Teatro del Mundo.

Eminescu ya canta y ya baila la danza de la muerte. Los autores caminan a su lado y cuchichean ante la atenta mirada de los cuervos. Es Targu Jiu un lugar en Rumanía, país de nacimiento de nuestro autor.

CORO (mientras caminan): Y es Targu Jiu el lugar donde el artista decidió plantear las tres pruebas antes de iniciar el camino hacia la inmortalidad.

La gran manada de cuervos vuela de árbol en árbol acompañando al cortejo. Holderlin viste una gran capa negra al estilo español y Eminescu levita marrón con un lazo rojo en el cuello. Ya los restos del sanatorio han pasado y su rostro luce juvenil como el de antaño.

HOLDERLIN: Hoy te espera elegir, Eminescu. Ya hemos llegado: "La Mesa del Silencio".

Ante Eminescu se erigía una tosca construcción con doce pequeños asientos y una gran mesa circular de piedra.

CORO: Sobre la que todos los asuntos se discuten, sobre la que toda la humanidad mora y en la que sólo los dioses podrán sentarse a deliberar. Sólo los más grandes a esta mesa se sientan, sólo los elegidos para deliberar.

Y doce sombras sin rostro se acomodaron en la mesa diáfana: Medea se sentó a la mesa y su creador, Eurípides, permaneció de pie escoltándola, justo detrás; la sombra de un rey sin ojos se sentó custodiada por Sófocles; una sombra imperial y cruel regentada por un romano llamado Suetonio también tomó su puesto; a Orestes le guardaba Esquilo; una bestia con piel de lobo y cabeza humana era salvaguardada por Ovidio mientras Virgilio guardaba por el alma de Eneas; Sísifo

y Ulises tomaron asiento altivos, Homero vigilaba; Jenofonte se acomodó y su misma sombra le sirvió de escudo; a su lado estaba el gran César, rondado por Plutarco de cerca; Lisístrata y Aristófanes; y, por último, el gran Sócrates y el autor de su último gran banquete, Platón.

CORO: Doce personajes juzgarán tus modos, poeta.
¿Cuál es tu nombre?

EMINESCU: Mihai Eminescu.

EDIPO (rascándose los ojos con una daga):
¿Profesión?

EMINESCU: Escritor, poeta, periodista.

En ese momento, el rostro de Holderlin se trocó amargo y dubitativo

EMINESCU: En mis tiempos, amigos todos... le es difícil a un escritor vivir tan sólo de su inspiración y sus versos. Como mis predecesores, también me he visto obligado a obrar sin pensar en mi reputación o en la inmortalidad. He hecho cosas viles e inciertas y no siempre he sido fiel a mis personajes y mis versos...

HOLDERLIN: Bien sabido es, hermanos, que nuestras letras son para personas y en el mundo hay nuevas formas y vientos, y son a veces crueles con el mundo de las letras y a veces viles y mezquinas, siendo la peor de todas ellas la que conocemos por periodismo. También nuestro poeta aquí juzgado intervino en asuntos políticos como el mismo Platón y también César y Edipo. ¿Merecen ser ellos recordados por sus crueles e indignos actos o también por su valía y adecuación a los conceptos literarios? Eminescu pecó como todos pecamos y puso su pluma al servicio de los poderosos, sí... pero también escribió algunos de los más bellos poemas de su tiempo. Juzguen ustedes, amigos míos, con justicia y equidad, juzguen con amabilidad al que en su tiempo, fue el poeta más famoso de toda Rumanía no por sus artículos sino por sus

versos y poesías, por sus canciones y sus sentimientos profundos, por su pluma suave y dulce, por el deseo de literatura que le volvió loco.

CALÍGULA: ¿Su más famosa obra?

EMINESCU: "El lucero o La Estrella de la Mañana", "Sólo tengo un deseo más" y "Las Cinco Epístolas".

CORO: *Veo cómo pasa tu alma cándida por el espacio;
míro luego la arcilla que queda... blanca y fría,
con su largo vestido tendida en el ataúd,
míro tu sonrisa que aún permanece viva -
y pregunto a mi alma herida por las dudas,
¿por qué te has muerto, ángel de pálido rostro?
¿acaso no eras tú joven, no eras tú hermosa?
¿acaso te has ido a extinguir una estrella radiante?*

HOLDERLIN: ¿Y para qué?... ¿Acaso no es el todo locura?

¿Por qué tu muerte, mi ángel, tuvo que ser?
¿Acaso hay sentido en el mundo? Y tú, rostro sonriente,
¿sólo has vivido para así poder morir?

LISÍSTRATA: ¿Crees en Dios, Eminescu?

EMINESCU: Si existe algún sentido, es retorcido y ateo,
pues en tu pálida frente no está escrito Dios.

Por un momento los personajes deliberaron tranquilos, convencidos por las palabras del poeta al recitar parte de su poema "Está muerta", escrito en mil ochocientos setenta y uno. La mente del poeta estaba dispuesta y los sueños habían dejado paso a la más clara conciencia.

SÍSIFO: ¿Cuál es el precio de la inmortalidad, poeta?

EMINESCU: La locura y el perdón y el sueño que dice que todo es teatro y que sólo en los sueños existen los versos certeros y los muertos vivos. Porque no hay otro lugar en el que el poeta Eminescu quisiera reposar, porque no hay otro lugar en el que el hombre Eminescu

quisiera morir. Hoy nazco y para este día que hoy se cierne naci.

Todos miraban de soslayo a Sócrates, el gran filósofo que siempre hacía las más intrincadas preguntas. Callaba por el momento mientras su gran autor, Platón, tenía dispuesta la mano sobre su espalda.

JENOFONTE: ¿Tu mejor personaje?

EMINESCU: En mi juventud leía la Anábasis y me decía: ¡qué gran personaje Jenofonte, huido del Hades de Asia! Ya entonces miraba mi alma y la de mi espejo hoy aquí presente, Holderlin. También él se volvió loco y décadas pasaron antes de que el sabio pudiera recuperar sus bellas palabras. Fueron años oscuros y tristes, años en un sanatorio esperando la mermelada y la miel del lunes. Allí me convertí en protagonista de mi propio sueño y recorrió bibliotecas y caminé entre batallas de barcos y también viví junto a un hombre loco que cambió mi cadáver por otro que aquí ahora se encuentra. Es ésta la historia de mi vida cambiada, porque un poeta no tiene más vida que la de su gran personaje: el propio poeta.

CORO: Soñé mi nombre pero también lo he olvidado. Tengo la sensación de haber estado una vida entera viajando pero hay locos que aún me recuerdan encerrado en una biblioteca en la que me espera un terrible hombre con bastón que me maltrata una y otra vez, torturado por mil dagas ardiendo.

ORESTES: ¿Crees merecer la inmortalidad?

CORO: No pudo entonces el poeta hablar. ¿Qué hombre la merece?

EMINESCU: Sólo los artistas, sólo los dioses.

El jurado comenzó a formar pequeños coros discutiendo las repuestas del rumano. Eminescu estaba tranquilo, acariciado por una leve brisa que daba a su rostro un aspecto algo juvenil, algo cansado, algo serio. Miraban los personajes a Sócrates, que solía hacer la

pregunta definitiva. Sin embargo, éste guardaba un respetuoso y autocomplaciente silencio.

CÉSAR: ¿Por qué escribes?

EMINESCU: Alguien dijo una vez que sólo se puede ser escritor si no se puede hacer ninguna otra cosa en la vida. Desde mi juventud, no hay nada más que palabras al contemplar el arroyo y sus aguas cristalinas; no hay viento sino para ser contado; no hay Sol sino para iluminar mis cuadernos y no hay amor sino para encontrar mi musa.

OVIDIO: Mi bestia no puede hablar, poeta. Espero que me disculpes si soy yo mismo quien te plantea la pregunta.

HOLDERLIN: Pregunta, amigo mío.

OVIDIO: ¿Amaste a La Musa?

EMINESCU: La amé tan profundo como puede amar un hombre. La amé con egoísmo del amante que ya no quiere verla escapar y la encerraría en una cueva sin luz para ser así el único en disfrutar de su belleza y verdad. La amé con devoción y cada día le entregaba mis horas y mi melancolía y mi alma entera para evitar que me abandonase. Ella se marchó un día y yo perdí mi cordura.

Los asistentes estaban convencidos por las palabras de Eminescu. Cuando ya estaban a punto de dar su aquiescencia, fue el gran Sócrates quien tomó la palabra y esto fue lo que dijo:

SÓCRATES: ¿Quién es tu autor preferido?

Eminescu dudó unos momentos y miró al cielo y miró a los locos ahora convertidos en cuervos.

SÓCRATES: Sólo una respuesta sirve en este reino, mi hermano.

Aguardaron un momento y Eminescu recordó el principio del sueño y el olor a pipa quemada. De alguna manera, conocía al creador.

EMINESCU: Es mi autor preferido el que sueños crea de humo y viento fresco que acaricia mi mente. No es autor de bellos poemas ni finos versos, es autor de pesadillas y locuras y convierte a los escritores en locos y a los locos en cuervos. Es aquél que ya no se mira en el espejo porque le repugna su imagen, es aquél que mil noches pasó en pesadillas y mil días describiendo fantasmas. Es su nombre Martín Cid y es autor de este libro, es arrogante y pendenciero y vil y malhablado pero es éste su reino y es ésta su creación. Ahora estoy encerrado en su espejo y soy su personaje cautivo. De él depende mi locura y mi libertad y de él depende mi final, es por ello que mi alma encomiendo como personaje al autor, como es obligación del personaje y como es por debido respeto.

Sócrates sonrió y movió la cabeza con gesto afirmativo. Holderlin tomó del hombro a Eminescu y le rogó que le siguiese.

-Lo has conseguido –dijo-. Has superado la primera prueba, pero aún te quedan otras dos. Vamos, amigo mío. Caminemos.

Y las sombras poco a poco se esfumaron para volver a habitar entre los árboles y las esquinas del bosque. Caminamos tranquilos, escuchando el cantar de los cuervos que vacilaban de rama en rama mientras tronaban su canción. En otros tiempos los oídos del poeta hubiesen intentado separarse de su cabeza. Sin embargo, aquellos sueños y los tiempos en la biblioteca le habían cambiado. Más que intentar escapar de su locura, Eminescu jugaba ahora con ella, se mostraba amable y contemplativo, como no queriendo escapar de aquel sueño que le tenía atrapado.

-¿Qué fue de la mermelada? –preguntó Holderlin.

-Ya nada sabe a mermelada. Eran sólo los efectos de los fármacos.

-Vamos, Eminescu, casi hemos llegado.

Una magnífica puerta de piedra de unos siete metros de anchura y seis de altura se erigía ante nosotros. En los pilares, unos símbolos.

-Vienen aquí los amantes a buscarse, Eminescu. ¿Amaste alguna vez de verdad, poeta?

No sabía cómo explicarlo, pero Veronica le había visitado en todos aquellos extraños sueños que le habían acontecido. Tuvo que pensar tranquilo en su amor y en la propia literatura. ¿Era demasiado orgulloso como para reconocerlo o estaba equivocado?

-Cuando comencé, me dije que no habría pasión humana que llenase mi corazón, que no habría mujer en la tierra que pudiese sustituir la grandeza de las palabras escritas por otros seres más grandes. Sin embargo, el tiempo ha pasado y recuerdo cada vez más aquella noche en la que sellé mi destino, frente a un cuadro de Tiziano.

-Sólo lo imaginas, Eminescu. Ella se marchó y tú la dejaste ir para así poder quedarte con el recuerdo. Es eso lo que llamamos musa y lo que los poetas llaman melancolía y lo que tanto buscan y lo que, a menudo, tan fácil se encuentra. Vamos, poeta, atravesá la puerta. Ya el final se acerca.

No dudó el poeta en disponerse justo en frente y no dudó en esperar un momento antes de franquearla. Esperó y saboreó el viento cortante y algo frío.

-Se acerca el invierno —dijo otra vez yo.

-Más allá de este lugar, ya no te puedo acompañar —respondió mi amigo y compañero Holderlin-. Ahora tu camino sigue sólo.

Sonreímos y continué mi camino. Ni siquiera tenía la sensación de seguir necesitando al hombre que fue mi ejemplo en vida o al menos, durante estos sueños. No nos dimos las manos ni hubo esfuerzos ni rezos. Sólo silencio y soplo de viento que se llevó a mi mentor confuso.

Despacio, atravesé la puerta inventada. Los cuervos callan.

Sólo una brisa callada.

Sólo silencio y verde y un espacio en blanco.

El bosque continuaba más allá y nada parecía impedirme el paso. ¿Dónde estaba Veronica? Los cuervos me miraban con sus ojos separados y veloces, cerrándose de lado.

Silencio.

Despacio, pude divisar cómo desde el fondo una figura femenina se acercaba lentamente. No quise separarme de la estructura que esperaba mi segunda prueba mientras ella avanzaba. Sin embargo, algo había cambiado. Veronica, o la que creí Veronica, lucía largos cabellos negros como Anna Livia. Mientras más se acercaba, notaba que caminaba como en las aguas, casi deslizándose serena y mirándome templada. No, no era ella pero había algo familiar en toda aquella expresión. Entonces la vi, ya cercana a mí, y la reconocí: La Musa.

-Eminescu -dijo con siete voces en una, siete ecos y siete palabras y siete mujeres que pronunciaron mi nombre a la vez. No podía dejar de mirar sus ojos verdes y marrones y azules y rojos y titanio y cobalto y muerte.

Dispuso su mano tranquila sobre mis labios y dio vueltas y vueltas en torno a mí, girando rápida y tranquila, mirándome siempre directamente a los ojos, mirando sosegada y amenazadora. La Musa vestía una larga túnica griega llamada quitón y su rostro era joven y viejo y contenía todas las edades de los hombres.

Y Καλλιόπη con bella voz dijo: Calíope. Y comprendí que ya había comenzado: me miro un momento más y los cuervos callan y huele a éter y a medicinas.

Y Κλειώ me tendió la mano para tomar mi pulso. Clío vestía de blanco como las enfermeras, Κλειώ olía a rosas silvestres.

Erato me besó despacio y Ερατώ me besó fría y seca y recordé los besos de mi Veronica en el mar azul profundo y silencioso, donde no hay palabras, donde no hay tiempo.

Me sentí colmado cuando Euterpe me susurró su nombre: Ευτέρπη. Y respiré despacio a pesar de la mordaza.

Una bella voz, casi una melodía para una Melpómene de mil voces de locos que ya callan, sólo una estila su canto primero: Μελπομένη.

Y Πολυμνία me llama con otras mil voces más apagadas. Y Polimnia cantó con los sonidos de siete locos todos.

Antes de ver a θάλλω florecer en un mar de espinas. Ευτέρπη, mi sirena.

Y bailar una danza callada junto a mi Tersíope. Τερψιχόρη me mueve ahora para intentar reanimarme.

Y mirar el cielo azul de Urania. Οὐρανία pintó la habitación de blanco para mí, para poder contemplar el cielo cada día y ver la luz celestial y escuchar mis versos.

La Musa eran siete en una sola mujer que danzaba y cantaba y componía versos y palabras y en un silencio de siete notas compuse mil versos más, los más perfectos del poeta, los más galanes y olvidados.

-Eminescu –repitieron las voces, repitió La Musa.

Ya me ahogaba en su presencia y siete voces que presionaban mi cuello y siete voces y siete pecados cuando al fin lo comprendí:

Tres veces hablará La Musa antes de morir y tres veces repetirá su nombre: Muerte.

Noté despacio cómo mis huesos se quebraban al escuchar mi nombre y sentí despacio cómo la vida que en otro tiempo fue real se escapaba. ¿Era aquella

sensación la muerte? La Musa miraba y el pánico se apoderaba de mi ser en un intenso dolor de relámpagos desterrados mientras Tersíope tomaba la cuerda del arpa y me apretaba el cuello y la musas cantaron todas a una ahogado, ahogado y ya no hay tiempo mientras se hinchan mis ojos y me rebelan el rostro del avaro y del loco ahorcado por una mujer que aprieta con fuerza y el ser ya no lucha mientras quiere morir y ríen las mujeres de largos cabellos dorados y negros y rojos que son todas a una la mujer Veronica.

Y dijo el susurro: somos todas, no somos ninguna.

Polimnia se acerca con gesto serio y perfora mis oídos con bellas palabras que un día fueron mías, que un día ya no fueron porque mi cuerpo se escapa y ya no puedo escuchar el silencio de las montañas ni los gritos de los campesinos que ven morir a sus hijos. Han llegado los lobos y toman escopetas y acuden al monte a matar y no los escucho mientras cada vez la musa grita más fuerte y sangran mis tímpanos y sangran mis sentidos todos mientras las musas ríen y cantan.

Y dijo el susurro: somos las que todo lo tienen.

Clío me muestra los libros del poeta Eminescu que un día fueron míos y golpea mis rodillas hasta romperlas en mil pedazos y caen fragmentos sobre su rostro maltrecho son mis libros son sus libros ahora porque La Musa todo lo quiere y porque La Musa todo lo que ha dado retiene y quita y ahora camino sin rodillas con mis piernas hinchadas y amoratadas y sangrantes que se desintegran y golpea más fuerte esa musa de la historia que un día contó que el poeta murió en un sanatorio.

Y dijo el susurro: somos las que todo quieren.

Son las escamas de Talía alegres y cómicas como sirena de otro texto en otro espacio inventado en un barco y quiso el poeta ver el mar y la musa se burló de sus pretextos y ambiciones y prometió besos y muerte y poemas callados y miró un momento más antes de

desaparecer golosa y volver a su máscara y golpear mi rostro que ya no siento en el dolor extremo de la vida que se escapa y vuelve a amenazarme con su cola y sus cantos.

Y dijo el susurro: somos las que todos desean.

Urania alzó mi rostro para ver el cielo por última vez y arrancó mis cabellos despacio y clavó sus uñas en mi talento hasta llegar al cráneo que se hundió porque son garras como compases y cielos y las estrellas que se pliegan en mi firmamento de garfios y compases y cálculos y fríos avatares que rascan ahora con sus uñas afiladas y frías en lo más hondo de mi aliento y ya no duele el resto y ya no duele la voluntad que desaparece.

Y dijo el susurro: somos las que todos los deseos cumplen.

Erato besó mis labios y mordió y clavó sus colmillos en mi rostro y tiro y tiró hasta desgarrar mis labios y mi carne toda se vuelve nieve y cae ya sangre sobre el rostro helado de los páramos abiertos y solitarios porque el poeta ya no puede gritar que viene el lobo y la mujer corre a salvar a sus hijos pero el poeta calla y grita desde el interior mientras la musa le besa y acaricia su rostro y come.

Y dijo el susurro: somos las que todos los apetitos codician.

Y otra musa más me dijo su nombre y era éste Euterpe y tocaba la flauta y chirriaban mis oídos otra vez y grita la madre y aúllan los campesinos que no verán la luz del día porque han llegado los lobos.

Y dijo el susurro: somos las que todas las ambiciones codician.

Melpómene me recordó el sabor de la sangre en mis labios y me arrancó la lengua de un mordisco suave y tierno antes de escupirla me ahogo y ella me golpea porque un día dejé mi reino por la inmortalidad y ahora merezco este castigo de mil vientres desgarrados y

cóleras y frío intenso y creo que la nieve cae y me moja cuando no hay cabellos en la tierra que seca mis entrañas.

Y dijo el susurro: somos poesía.

Y Calíope tomó su estilete y lo hundió en mi estómago para abrir paso e introducir su mano y al fin extraer mi corazón despiadado sediento de muerte.

Y dijo el susurro: somos La Muerte.

Y, al fin, habló La Musa con mi corazón en la mano:
-Eminescu.

Se derrumbó el cuerpo del poeta en la tierra y el verde prado. ¿Dónde están tus hijos, mi patria? ¿Dónde tus corazones desgarrados? Llegaron los lobos y sesgaron los frutos de tus entrañas y secaron la tierra. Ya no lloran tus hijos exiliados, ya no llora el poeta en su lecho frente al mar ni buscan los locos las palabras ni cantan.

Alguien dijo que el final es un nuevo comienzo y se alzó el poeta que ahora no necesitaba sus piernas para caminar ni su lengua para hablar ni sus labios para cantar poemas al viento. Se desliza a través del bosque y los cuervos blancos son una comitiva de almas en pena que acompañan al poeta en su último viaje: la inmortalidad.

Una gigantesca escalera propone al poeta su último aliento. ¿Aceptas? Ya no duda el poeta que sonríe y olvida que hubo un tiempo en el que fue lunes y esperaba mermelada y miel seca. ¿Acaso es hoy lunes? Son todos los tiempos y ninguno y La Musa llora sobre el cadáver del poeta. Es avara la inmortalidad y es lujuriosa y miran codiciosos el cortejo de locos al que acude a convertirse ya en dios y afilan sus dientes y aprietan sus puños y blanden armas de Odio, armas de

IRA

mientras callan los cobardes ante la imperecedera alma que enfila ya la última escalera al cielo. Aúllan los hijos cansados de esperar palabras, aúllan los lobos mientras devoran al niño, aúllan porque ya vive el poeta y aúlla el cielo porque ya su alma recibe joven. Viene solo a los cielos, viene sólo al banquete mientras en otro tiempo y en otro espacio su cuerpo muere y su alma resucita cada noche con cada palabra de cada libro de un poeta llamado Mihai. ¿Es esto morir?

-Esto es la vida, poeta –dijo La Musa entre sollozos.

Una última prueba separa al poeta de los altares, un último escalón me lleva al cielo y me susurra palabras. Alguien abre el libro, alguien abre ahora este texto que termina y empieza. ¿Cuál fue tu pecado, poeta loco? Fueron todos porque fueron todas las pasiones y todas las huellas del camino y todos los poetas y todas las puertas cerradas.

Los cuervos golpean la gran escalera con sus pequeñas garras y se topan con la piedra en su vuelo. No, los mediocres no pueden derribarla, son los parias, son los tacaños que ya no pueden leer libros.

-Los lobos, han llegado los lobos.

Y los cuervos perdieron las alas y cayeron al suelo de nuevo, aún más dementes, lobos en manada turbada. El poeta mismo les quitó las alas. Piensan que son cuervos de nuevo, blancos pájaros de espuma garabateando absurdos en el fondo del mar callado. Hay silencio y los lobos gritan y mueven sus pezuñas imaginándose gaviotas buscando tierra. ¿Qué buscáis locos? Ni la mayor de las iras podrá callar su ascensión. La Musa los mira con desprecio, también con lástima y la ternura de la madre que calla la verdad: mi hijo ha muerto, han llegado ahora los lobos y los locos se miran. No son ya locos sino lobos y sus extremidades están cubiertas de hebras y son sus dientes afilados con las uñas de La

Musa. Intentan hablar entre ellos pero sólo el poeta tiene voz alzada en mil tiempos silentes.

-Los lobos, han llegado los lobos –gritó La Musa mientras el poeta se fluía hasta la escalera.

Pero los lobos buscan al niño que imaginó el poeta y tropiezan unos con otros y sus dientes se clavan. Qué mediocres, qué humano. Lloran ahora los locos y con sus patas ocultan la vergüenza de sus ojos: ¿dónde están tus poemas, mediocre animal enfermo?

La Musa se despide del poeta alzado, al lado del cuerpo sin vida del poeta vivo.

Ya el poeta vive, ya abre los ojos y me mira, ya callan los locos y su ira aumenta y el libro se cierra para despertar de nuevo, en un sanatorio. Abre los ojos, poeta. Mira tu obra y ríe junto a avaros y locos y mujeres santas y batallas y caballeros andantes y espejos que te miran y locos que callan.

El poeta se dispone ante la gran escalera que los hombres bautizaron como columna del infinito en la tierra y los lobos aúllan desde abajo e intentan atrapar al poeta. Clavan sus colmillos en sus piernas y se desgarran un poco más porque no pueden alcanzarlo. Arriman sus dientes y rugen desde la zona más baja de la escalera de piedra, intentando aferrarse con sus uñas a la estructura que sólo los muertos consiguen alcanzar. Ya no pueden dañar al poeta las bestias y gruñen y braman y rugen y la ira les consume cuando sus garras se quiebran y ahora se muerden los unos a los otros.

-Los lobos, los lobos –silba de nuevo La Musa.

Y de entre las sombras surgen los autores y sus personajes trocados también en cazadores, los mismos que habían montado juicio público al poeta. Llevan lanzas y espadas y los lobos miran y enseñan los dientes que sangran y La Musa mira a los dos grupos, uno frente al otro. Los poetas y sátiro y comediantes y autores

todos llevan túnicas y escudos. Los mediocres, desnudos, sólo tienen su ira.

-Asciende y no mires atrás, poeta -continuó La Musa.

Y alzaron los cazadores sus armas y aullaron los lobos que se abalanzaron sobre los cazadores que se precipitaron hacia los lobos y la sangre corrió frenética cuando Sócrates clavó su espada y sesgó la nuez del primero de ellos. Salpica la sangre las blancas túnicas y se esparce en la columna y la cabeza del lobo cae al suelo. Aún respira la bestia e intenta levantarse.

-Que muera despacio, como deben morir los mediocres.

Y el lobo clavó los dientes en el estómago del emperador y ya no siente dolor el poeta que asciende peldaño a peldaño y se desgarra las uñas que clava en la fría roca y se desgarra las vísceras del emperador que muere y el lobo brama en su victoria de sangre e ira y otro más hunde el cuchillo en el interior y lo mueve hasta perforar su carne de bestia que se gira y se precipita sobre el hombre y hunde sus colmillos en su cuello en su último aliento de bestia infame y mueren hombre y animal en bello combate y otro más toma al lobo con sus propias manos y lo estrella contra la roca y le abre los dientes y parte la mandíbula inferior del animal que chilla y cae al suelo pero aún puede caminar y golpear con su cabeza al hombre con todas sus fuerzas contra la roca que el poeta asciende, un peldaño más y resbala.

-Cuidado, poeta -susurra La Musa frente al cadáver de Eminescu.

Tiembla la tierra y los lobos caen, y los lobos mueren uno tras otro porque son rápidos los cuchillos que se clavan y cortan pezuñas y testas y los lobos tratan de escapar y los humanos rodean al último de los lobos. La Musa se acerca a los cazadores que sonríen,

ensangrentados como las garras del poeta que se aferran a la piedra y miran al cielo. Alzaron de nuevo las armas los cazadores y el último lobo asustado que se asienta sobre las patas traseras y recuerda un libro y a un perro llamado Jack y en señal de derrota alza la pata delantera izquierda pidiendo clemencia. Y habló La Musa:

-¡Cazadores, que la sangre del último lobo bañe mis pechos!

Culmina el poeta su ascensión, ya muerto ya dios y los cazadores miran a La Musa con deseo y odio y lujuria e ira y pasión y gula. Desgarran las pieles del animal aún vivo que grita. Ojos de sangre y clavan sus dientes en los músculos del lobo que gime y llora como sólo llora un animal desollado vivo. Crujen extremidades y rompen sus patas para que no se mueva más el animal que aún respira. Comen bestias y devoran la carne del animal aún vivo, desgarrando con las manos la última piel seca, cayendo sangre en las gargantas de los cazadores, poetas y amantes.

Se acerca ahora La Musa a los sabios y habla:

-¡Parad! Dejad que sufra y se desangre. Dejad que sienta el sabor de la muerte, el sabor de La Musa.

Y dejaron al lobo morir y se precipitaron hacia La Musa que ya sonríe serena, deseosa. Aún mana la sangre en las manos de los hombres que la miran con ambición y codicia y apetito.

Y en otro tiempo, en una biblioteca donde habita un avaro bibliotecario vive el libro y el avaro sonríe. Cuenta el libro la historia de la muerte de un gran poeta en siete sueños mezquinos y locos.

La Musa ahora se complace entre los hombres todos.

Y el avaro abre el libro que lleva por título “Los Siete Pecados de Eminescu”.

Y La Musa gime un poco más.

Y el avaro comienza a leer el volumen con ojos lascivos:

“Palabras y humo. Anoche soñé con un gran bosque rodeado de cuervos que devoraban mi mente entera. Soñé mi nombre pero también lo he olvidado. Tengo la sensación de haber estado una vida entera viajando pero hay locos que aún me recuerdan encerrado en una biblioteca en la que me espera un terrible hombre con bastón que me maltrata una y otra vez, torturado por mil dagas ardiendo.

La Musa calla, se perfila viciosa y se desliza entre los cazadores.

-Un libro más –dijo el avaro-, único e irreemplazable. El avaro sonríe y La Musa gime y grita envuelta en sangre y sudor.

Eminescu ha muerto y el poeta respira ya el aire de los dioses.

La pesadilla ha terminado y el último de los hombres yace consumido en la verde pradera manchada de sangre y sexos.

La Musa estaba encinta.

Y nacerá de su vientre un hombre que compondrá versos distinguidos. Ya no habrá lobos que amenacen al niño, ya no habrá bestias que sus noches atormenten, ni siete pesadillas que sus palabras callen.

Hoy es quince de enero. Hoy nace el poeta que ya mira desde lo alto y escribe soplos en el viento.

El avaro cierra el libro y lo dispone sobre una estantería. Es la biblioteca inmensa y un nuevo tesoro acude a sus redes.

-Hoy nace un poeta –sonríe el bibliotecario mientras La Musa llora y se retuerce de dolor. ¡Cómo duelen los afilados dientes que luchan por escapar! En el interior, el niño ya grita y gime y llora. Es pequeño pero golpean con fuerza sus pequeñas piernas. Crecerá y volverá a conocer a una mujer llamada Veronica y volverá a

escribir. Los hombres se acercan y se postran ante La Musa que aúlla y del interior se precipita un niño que La Musa acuna entre sus brazos y sonríe y alza el rostro y mira a los mil padres manchados de sangre y eleva al niño a los cielos y concluye:

-Se llamará Eminescu en honor del gran poeta que ya respira entre

palabras y
libros y frases
y bibliotecas malditas
y hombres que gritan
y musas ensangrentadas
y caballeros y espadas y
humo,
siempre humo.